RELIGIOS
MORESTICA

DICIEMBRE

4

Sol: 7,21; pas. mer. 12,5; pón. 16,48
Luna: 8,12 a 17,57
Cuarto creciente: el día 11

SÁBADO

Stos. Pedro Crisólogo, ob. y cf.; Annón, Marutas, Bernardo, obs.

APOSTOLADO DE LA ORACION
PRIMER GRADO

INTENCION GENERAL PARA FEBRERO
El despertar del espíritu cristiano.

ORACION COTIDIANA PARA ESTE MES

¡Oh Jesus mio! por medio del Corazon inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente dia, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazon.

Os las ofrezco en especial, á fin de que despierten los que duermen el sueño de la indiferencia y tomen parte en los combates de Dios.

PROPÓSITO

Perfeccionarnos en las prácticas diarias de piedad y celo de las almas.

PATRONO DE MES

Sábado, 1.º de Febrero.—Los Santos Ignacio y Cecilio, obs. y mrs.—Amor de Dios.

Máxima. «Estar sin Jesus es grave infierno, y estar con Jesus dulce paraíso.»
(Kempis.)

DIMENSIONES DE LAS OLAS

La seccion de hidrografía de Washington hizo observaciones acerca de la tan debatida cuestión de las dimensiones de las olas. De las observaciones practicadas resulta que las grandes olas ordinarias del Atlántico alcanzan una altura media de 9 metros, en tanto que las levantadas por las fuertes tempestades llegan a 12 metros, habiéndose medido algunas que alcanzaron 14,50. Las olas mayores suelen alcanzar longitudes de 150 y 180 metros, con períodos de diez a doce segundos. Como cosa excepcional ha podido señalarse una de 800 metros con período de 23 segundos. En general, cuanto más larga es una ola, tanto menor es la relación de su altura a su longitud.

SEGUNDO GRADO: DECENA DEL ROSARIO

XV.—QUINTO MISTERIO GLORIOSO

La Coronacion de María Santísima

FRUTO: *Confianza en María.*

TERCER GRADO: COMUNION REPARADORA

Semanal: El.....(Indulg. plen.)
Mensual: El dia del patrono de mes. (Indulg. plen.)
General: El dia ..... á las ..... (Indulg. plen.)
Ejercicios de la tarde: El dia..... á las .....

Sr. D......

.....

*Cel. del coro*_____ *D.*.....

calle .....

540861

Ay tienes mi corazon con
cadena y Sallabe habiendo
mete te dentro q. tu Sola meno
te Cabes

ADGVO

Maria Concepcion

Concepcion

Dominguez

Soy gran el uso de

Felicita Carbajal

Soy de Faustina

Domingues

Soy de Felicita Cartagena

IDEA DE UNA RELIGIOSA MORTIFICADA,

segun se representa en el cuadro que hai en la Sala capitular del Convento de las S.tas Descalzas R.s de Madrid; y en el de Capuchinas del Desierto de penitencia de Granada.

LA RELIGIOSA MORTIFICADA.

EXPLICACION

DEL QUADRO QUE LA PRESENTA

CON SUS INSCRIPCIONES

TOMADAS DE LA SAGRADA ESCRITURA:

Á QUE SE AÑADE

EL MANUAL DEL ALMA RELIGIOSA,

Que es un compendio de sus mas principales obligaciones, para aliento y estímulo de las almas que se consagraron á Dios, y desean hacer felizmente su carrera:

COMPUESTO TODO

POR EL P. Fr. MANUEL DE ESPINOSA, de la Regular Observancia de San Francisco, Difinidor y Padre de la Provincia de Aragon, Teólogo Consultor de la Real Junta de la Concepcion, y Predicador de S. M.

CON LICENCIA.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO JULIAN PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

AÑO DE 1799.

PRÓLOGO.

Habiendo llegado á las manos de una Religiosa del convento de las Señoras Descalzas Reales de esta Corte el quadro de la Capuchina crucificada, así como se lo proponen para meditar las del convento de Jesus María, desierto de Penitencia de Granada, me rogó que para consuelo de su alma, y para alentarse al desempeño de lo que habia prometido á Dios por medio de su profesion solemne, tuviera á bien hacerla una explicacion de cada una de las inscripciones ó letras que estan respectivamente distribuidas en el quadro. Yo entré con mucho gusto en esta empresa, que me pareció asunto de pocas palabras; pero metido en ella, conocí que eran menester muchas para explicar con la debida dignidad y con la conveniente extension las de la

sagrada Escritura que ofrece la estampa de la Religiosa; y que indispensablemente me habia de alargar mas de lo que pensé en el principio, formando un libro, aunque manual, de lo que creí quedaria comprehendido en un pequeño quaderno. No por esto me ha pesado el haber condescendido con los buenos deseos de la Religiosa, porque tengo obligacion de contribuir en quanto pueda á su adelantamiento espiritual; y espero con la gracia del Señor que ha de servir á este efecto el presente tratado.

Con el mismo objeto me pareció añadir el Manual del alma religiosa, que llamo así porque comprehende los principales deberes que ha de traer siempre entre manos, por decirlo así, para cumplirlos exâctamente. Para esta obra he tenido presente el tratadito del Alma religiosa elevada á la perfeccion, tomando á la letra algunos de sus puntos, y extendiendo ó compen-

diando otros, segun he juzgado conveniente. Igualmente he tenido á la vista la Moral de la cruz que escribió el P. Texier, la Religiosa ilustrada del P. Ansalone, el Directorio de S. Francisco de Sales, y otros autores que han escrito sobre esta materia; y que yo he ceñido para dar un prontuario que pueda traerse en las manos sin peso, y leerse sin fastidio.

Y aunque lo he formado así por una determinada Religiosa, ofreciéndole en él como un recuerdo que le presente sus obligaciones, como un despertador que la excite del sueño de nuestra debilidad, y como un estímulo que la empeñe cada dia mas en ser toda de su Dios, deseo que se extienda y sirva de la misma manera á otras almas: y si ha de ser así, el Señor por una de aquellas providencias que toma en conseqüencia del infinito amor que tiene por sus almas, y especialmente por las que sacó de los peligros del

mundo, y llamó al estado religioso, dispondrá que vea la luz pública este tratado: así lo espero, y que rueguen á Dios por la salud de mi alma aquellas á cuyas manos llegare la presente obrita.

ÍNDICE

DE LOS TITULOS CONTENIDOS

EN ESTOS DOS TRATADOS.

Explicacion del quadro y sus inscripciones. 3
Sobre la cabeza. *Suspendium elegit &c.* 6
En la vista. *Averte oculos meos.* 9
En el oido. *Loquere Domine.* 13
En la boca. *Pone, Domine, custodiam.* 18
En la diestra. *Luceat lux vestra.* 23
En la siniestra. *Confige timore tuo.* 36
En el lado derecho. *Sint lumbi vestri.* 40
En el siniestro. *Vermis eorum.* 49
En el pie derecho. *Viam mandatorum.* 59
En el siniestro. *Perfice gressus meos.* 65
En medio del globo. *Periit mundus.* 75
Sobre el pecho. *Caro mea requiescet in spe.* 78

MANUAL DEL ALMA RELIGIOSA.

I..... *De la vida interior.* 90
II..... *De la muerte mística.* 93
III..... *Del amor á la cruz.* 98
IV..... *De la imágen de Jesuchristo.* 112
V..... *De los votos solemnes.* 121
VI..... *De la obediencia.* 125
VII..... *De las ventajas de la obediencia.* 130
VIII..... *De la pobreza.* 134
IX..... *De la castidad.* 139
X..... *De la clausura.* 144

XI.....	*Del dia que entró en religion.*	147
XII.....	*Del dia en que profesó.*	150
XIII.....	*De la Regla y Constituciones.*	154
XIV.....	*Del oficio divino.*	158
XV.....	*De la oracion.*	164
XVI.....	*De la freqüencia de Sacramentos.*	167
XVII.....	*De la confesion sacramental.*	170
XVIII.....	*Medios para excitarse al dolor.*	174
XIX.....	*De la excelencia de la comunion.*	177
XX.....	*De la comunion freqüente.*	179
XXI.....	*De la preparacion á la comunion.*	182
XXII.....	*Propiedades de verdadera virtud.*	185
XXIII.....	*De la fidelidad á la gracia.*	189
XXIV.....	*Del deseo y cuidado de la perfeccion.*	191
XXV.....	*De la fuente de las imperfecciones.*	195
XXVI.....	*De las cosas pequeñas.*	201
XXVII.....	*De la tibieza.*	205
XXVIII...	*Sequedades en el servicio de Dios.*	208
XXIX.....	*De los escrúpulos.*	211
XXX.....	*De las tentaciones.*	217
XXXI.....	*De los empleos de comunidad.*	220
XXXII.....	*Del trato con sus hermanas.*	225
XXXIII...	*De la visita con las enfermas.*	233
XXXIV....	*Del porte consigo misma.*	238
XXXV.....	*Disipacion ó desvanecimiento.*	253
XXXVI....	*De la presencia de Dios.*	256
XXXVII...	*Del exâmen de la conciencia.*	259
XXXVIII.	*Retiro de cada mes y de cada año.*	264
XXXIX....	*Preparacion á la buena muerte.*	278
XL.....	*Del pensamiento del cielo.*	287

LA RELIGIOSA

MORTIFICADA.

El quadro de la Religiosa mortificada la propone en una cruz que se afianza ó estriba sobre un globo, que significa el mundo, y las letras son estas:

Sobre la cabeza. *Suspendium elegit anima mea. Christo confixa sum cruci, cuius mihi digno pondere maiores dat delicias quo maior dolor angit.*

Vista..... *Averte oculos meos ne videant vanitatem; ipsi enim deprædati sunt animam meam.*

Oido..... *Loquere Domine, quia audit servus tuus. Vocabis me, et ego respondebo tibi.*

Boca..... *Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis.*

Mano diestra, trayendo en ella una an-

torcha. *Luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum &c.*

Siniestra.... *Confige timore tuo carnes meas: à iudiciis enim tuis timui.*

Lado derecho. *Sint lumbi vestri præcincti. Lumbos enim præcingimus cum carnis luxuriam per continentiam coarctamus.*

Lado siniestro, pintado el gusano de la conciencia. *Vermis eorum non morietur in æternum: bona enim timentium ibi timere ubi culpa non est.*

Pie derecho. *Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum.*

Pie siniestro con grillos. *Perfice gressus meos in semitis tuis, ut non moveantur vestigia mea.*

En medio del globo que trae el alma debaxo los pies. *Periit mundus et concupiscentia eius.*

Sobre el pecho. *Caro mea requiescet in spe.*

EXPLICACION.

En todas las sagradas letras se nos propone el desprecio y la fuga del mundo como una condicion, no solo importante, sino absolutamente necesaria para servir á Dios, que nos ha criado para sí: el servicio de estos dos señores, Dios y el mundo, es irreconciliable, como manifiesta el Evangelio; y San Agustin decia, que no puede subir el edificio del amor de Dios, si no se pone por cimiento el desprecio del mundo. Quando fuimos admitidos en la santa Iglesia por el bautismo, prometimos solemnemente huir de él, y renunciamos todo comercio con sus pompas y vanidades, y así quedamos obligados y atados por nuestra misma palabra; pero una persona religiosa dobló esta obligacion, ligándose de nuevo por una promesa especial y solemne con que se consagró á Dios para ser toda suya. Parece que David miraba con la luz profética esta consagracion de las almas á Dios, diciendo que despues de su Madre ven-

drian muchas almas llenas de gozo á presentarse á Dios en su templo; esto es, despues que la Madre presentó á su Hijo en el templo de Jerusalen, y lo ofreció al Señor, como estaba escrito en su ley, para que dispusiera de él, se habian de presentar, traidas del mismo Señor, muchas personas de ambos sexôs en su santo templo, despreciando el mundo, ofreciéndose á Dios, y poniendo, como Jesuchristo, á la frente del libro de su vida una resolucion solemne de hacer siempre la voluntad de su Criador.

Para dar á entender que despreciamos una cosa que no nos merece atencion, ni le hacemos caso, acostumbramos á decir, que la traemos debaxo de los pies: por eso esta Religiosa del quadro pone los suyos sobre el globo que significa el mundo. Así vió San Juan aquella muger misteriosa, que traia debaxo los pies la luna, como que estaba libre de sus mutaciones, y era superior á sus inconstancias. Pero la significacion de la pintura no se limita al desprecio de este mundo material y visi-

ble, á la separacion de la compañía de la conversacion de las gentes: esta separacion, este desprecio puede ser efecto de las pasiones, como lo fue en ciertos filósofos; y esta Religiosa pone debaxo de sus pies el mundo, y va á crucificar su carne, porque ha elegido á Christo por esposo; y los que son de Jesuchristo crucificaron su carne con los vicios y apetitos.

Nuestros sentidos exteriores son las puertas por donde se introducen hasta el alma todos los objetos, todas las especies dañosas que turban la paz, y desconciertan todo el órden de la casa interior. Conociendo esta Religiosa el peligro, cuida de asegurar las cerraduras de esas puertas, poniendo su llave á cada una, para que libre el corazon de visitas, de objetos, de conversaciones, de negocios, espere en silencio y en paz la visita de Dios, que le ha escogido para su morada, y se ocupe en bendecirle, alabarle, y darle gloria. Estas llaves, que conservan y aseguran las cerraduras de las puertas del alma, estan expresadas en las inscripciones que toma la Religiosa

mortificada, y de que usa respectivamente, como voy á decir.

SOBRE SU CABEZA.

Suspendium elegit anima mea. Christo confixa sum cruci, cuius miki digno pondere maiores dat delicias quo maior dolor angit.

Mi alma eligió este estado de mortificacion. Yo estoy fixa con Jesuchristo en la cruz, y su preciosa carga me hace mas dichosa quanto mas me mortifica.

Esta criatura que se puso sobre el mundo huyendo de él, estableció su morada en la soledad, adonde la llamaba Dios para hablar al corazon: buscaba en la soledad á su amado, á quien no encontró por las calles y plazas del mundo; buscaba á Jesuchristo, y este crucificado, como decia San Pablo: y sabiendo que las almas que son de Jesuchristo crucificaron su carne con los vicios y concupiscencias, mirando como una cosa afrentosa é indigna, que el hi-

jo esté gozando, quando el Padre está padeciendo, quiso acompañarle en la cruz, y crucificarse con él, muriendo al mundo, y haciendo que el mundo muera para ella.

Tomó su cruz, sin la qual no podia seguir á Jesuchristo, ni ser suya, ni agradarle. ¿Pero cómo podrá seguir el camino con tan pesada carga? Juntándola á la del esposo que ofrece el descanso. ¿Y si el peso de esa cruz mortifica y oprime hasta abrir llagas sobre sus hombros? No hay cosa mas dulce que contarlas como Eulalia, y ver que por ellas se forma en nosotros el retrato y la imágen del amado. Esta es la consideracion que hacia á los siervos de Dios tan preciosos y tan apetecibles los trabajos. Dulces fueron á Estéban las piedras del torrente disparadas contra él: en estos efectos le siguen é imitan todas las almas justas, dice la Iglesia: por eso decia Santa Teresa de Jesus, ó padecer, ó morir: Juan de la Cruz, padecer, y ser despreciado por mi Dios: Magdalena de Pazzis, no morir, sino padecer; y San Bernardo, no quiero vi-

vir sin heridas, sin dolores, sin penas, viendo á mi amado cargado de ellas: *Nolo vivere sine vulnere, cum te videam vulneratum.* ¡Y quán fiel es el Señor con las almas que le buscan por este camino! ¡cómo las conduce, las alivia, y dilata su corazon! Escrito está, que segun la multitud de los dolores vinieron despues las abundantes consolaciones, que alegraron el alma. David lo experimentó, y por eso decia: Probad y vereis quan suave es el Señor: lo experimentaron los Mártires llenos de gozo en medio de las tribulaciones, y cada dia lo experimentan los justos. Un recado que Dios envia á su corazon por el ministerio del ángel: decid al justo, que va bien, que yo premiaré sus fatigas, que cogerá con un singular gozo lo que sembró con un amargo llanto: una sola gota de la celestial consolacion, un afecto, una paz, una dulzura que siente por un rato en la oracion, en la comunion, en la leccion de un libro espiritual, en la conversacion del cielo, en las mismas funciones de su oficio, todo esto recompensa con exce-

so, y aun hace olvidar todos los dolores.

Estas son porciones del dulcísimo alimento con que Dios sustenta las almas, las hace descansar en el camino, y las fortalece para continuarlo hasta llegar al monte como á Elías. ¿Y qué importa que resten todavia muchas jornadas, si esta Religiosa trae su viático, y el Señor va con ella? Otras veces mira con los ojos de la fe el descanso que la espera, y á esta vista desaparecen ó pierden su fuerza todas las mortificaciones presentes, y ella dice con San Pablo: No vale nada, no merece el nombre de trabajo quanto se padece acá comparado con la gloria que nos espera, y que Dios nos tiene preparada.

VISTA.

Averte oculos meos ne videant vanitatem; ipsi enim deprædati sunt animam meam.

Apartad mis ojos para que no se fixen, y me perviertan por la vanidad; porque ellos han cautivado mi alma.

Grande beneficio es el de la vista corporal, por la qual gozamos de la luz: reconozcamos su precio por la privacion de él, ya quando vemos en este trabajo á nuestro próximo, ya quando nosotros mismos nos hallamos en un quarto obscuro, ó quando caminamos entre las tinieblas de la noche palpando sombras y horrores, y sin saber donde sentarémos el pie con seguridad.

Tomando el Angel San Rafael forma humana, se presentó al ciego Tobías, y le saludó con aquellas palabras: El gozo del Señor sea siempre contigo; á que respondió el anciano: ¿Qué gozo podré tener yo sentado en las tinieblas, y sin ver la luz del cielo? Y aquel ciego que excitó la compasion de Jesus en el camino de Jericó, preguntándole: ¿Qué quieres que haga contigo? respondió: Señor, que vea la luz.

¡Pero quántas veces abusamos de este don, que habiéndosenos dado para mirar nuestra patria, que es el cielo, le empleamos en la tierra, dexando vaguear libremente la vista, fixándola sin precau-

cion en qualquiera objeto, y no desviándola desde que conocemos el peligro! La Escritura dice que entró la muerte por las ventanas; y sin duda significa las de la vista, pues estas fueron la causa de nuestra ruina en el paraiso: quando la primera muger miró el árbol prohibido, vió que su fruto era agradable á los ojos, y de aquí se excitó su deseo, á que se siguió el empeño de tomarle contra el órden de Dios.

Por eso crucifica sus ojos esta Religiosa, y pide á Dios que los aparte de la vanidad, quiere decir, del mundo, que todo él es vanidad de vanidades, como dixo el Sabio: y así como los rayos del sol excitan los vapores de la tierra, y al paso que se acercan á él, se inflaman mas, y se forman nubes y tempestades, así los rayos de la vista, atrayendo los objetos por especies, las inflaman y causan funestas borrascas en la parte superior del alma. No pide esta Religiosa á Dios que la cierre los ojos, sino que los desvie, que los aparte del mal, y que los conserve abiertos para el bien. ¿Y quánto bien promueve en

nosotros la vista si usamos debidamente de ella? San Martin Obispo Turonense siempre la dirigia al cielo: San Ignacio de Loyola hacia lo mismo, y quanto mas miraba aquella patria, mas vil y despreciable le parecia la tierra: muchos siervos de Dios no apartaban sus ojos de aquel palacio, ni quando andaban por las calles acertaban á mirar á otra parte: los solitarios pasaban las noches en esta contemplacion; y David hallaba materia para esto no solo en los cielos, obra de las manos del Altísimo, que publica su gloria, sino en la luna y en los astros, que él miraba como un maravilloso adorno del mismo cielo, y juntamente como antorchas que alumbran al mundo: *Quoniam videbo cælos tuos &c.*

Este es el uso que nuestra Religiosa quiere hacer de sus ojos, haciendo útil la vista de todos los seres criados, y sirviéndose de ellos como de unas gradas para subir con el corazon al ser eterno: si mira al mundo, nada busca del mundo: busca á su Dios, y le halla en todas las criaturas: le halla en la tierra, que se mantiene por su imperio; en el

dia, que persevera por su órden; en las aguas, que corren á su centro; en las plantas, que se levantan de la tierra; en las aves, que se remontan y desaparecen á nuestra vista; en las estrellas, que lucen perpetuamente; en los cielos, que anuncian su grandeza: todas estas criaturas la dicen que ame á su Dios, y la muestran el palacio en que habita el que está por su ser infinito, por su presencia y por su poder sin límites en todas las cosas.

OIDO.

Loquere Domine, quia audit servus tuus.
Vocabis me, et ego respondebo tibi.
Hablad, Señor, que vuestra sierva oye vuestras palabras. Me llamais, y yo responderé, y obedeceré vuestra voz.

Toda la felicidad de una alma consiste en que Dios la llame, y ella responda, que es lo que encierran en pocas palabras el Profeta Samuel y el inocente Job. David decia á los de su pueblo: Si escucháreis en este dia la voz del Señor, no endurezcais vuestros co-

razones: cada voz de Dios es un rayo del sol de justicia, y á la fuerza suave de este rayo, como á la del sol material, no se endurecen sino los corazones de barro, y se ablandan los de cera. Jesuchristo dixo en cierta ocasion: Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan; esto es, obedecen á Dios, que les habla por ella. La oyó Abrahan, y salió de su patria: la oyó Noé, y fabricó el arca: la oyó Saulo, y postrado dixo: ¿Qué quereis que yo haga? Y hablando David á una criatura á quien Dios llamaba á la perfeccion, la dice así: Oye hija mia, mira y atiende, inclina tus oidos, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y se agradará de tu resolucion el supremo Rey, que es tu Dios y Señor.

La voz de Dios que se oye no se ha de dexar caer en la tierra, sino recogerla, esconderla y meditarla. La madre de Samuel recogia las palabras de su hijo: David escondia en su corazon las de Dios: María Santísima guardaba las de Jesuchristo, y las conferia y meditaba, dice el Evangelio. La palabra

de Dios se compara á la espada de dos filos, que corta y penetra hasta lo mas íntimo del ama, como dice San Pablo; y se compara tambien á aquella saeta, que llama de salud el Profeta Eliseo. S. Agustin sintió esta flecha que le habia herido el corazon, y decia con mucha gracia, que Dios usa de dos saetas para ganarnos, una del temor, y otra del amor, y que quien no fuere herido de ellas, no alcanzará la verdadera salud.

Hay almas que huyen de este divino flechero, y temiendo ser heridas de sus saetas, recibir sentimientos de salud y deseos de conversion, se apartan de la palabra de Dios escrita en los libros espirituales, anunciada por los ministros del Evangelio, ó tratada por la conversacion del varon justo: otras almas parece que desean ser heridas, y lo son en efecto; pero arrancan luego del corazon esta flecha que les incomoda, no retienen esta saludable herida, no conservan los santos movimientos que han recibido de Dios; porque convierten su oido á escuchar las fábulas del

mundo y del amor propio que detestaba David.

Pero esta Religiosa ruega como Samuel al Señor que le hable, protesta una, y muchas veces sus deseos de oir las palabras que proceden de la boca de Dios: Dios, que desea mas que ella misma su salud, oye sus ruegos, concede sus peticiones, la envia estas palabras, disparadas como saetas que penetran su corazon, y la dexan herida. Ella conserva estas heridas de amor, y lejos de arrancar la flecha, la tiene allí, y con ella los santos movimientos que ha recibido de Dios, como lo hicieron Santa Rita de Casia y Santa Teresa de Jesus, hallando en sus heridas un manantial fecundo de gracias. Aquí es donde se verifica lo que decia Job: Vos me llamaréis, y yo responderé. Dios la llama, la manifiesta los beneficios con que la ha distinguido, las gracias que la ha hecho, los cuidados que ha tomado por ella, la paciencia con que la esperó, la bondad con que la ha recibido, la misericordia con que la ha perdonado, los auxîlios con que la ha fortalecido, los

riesgos de que la ha apartado, el amor que la ha tenido, la recompensa que la guarda: así la llama Dios, y ella responde penetrada de dolor á la vista de sus ingratitudes; de confusion con la consideracion de sus culpas; de humildad, viéndose tan miserable; de aliento, oyendo las palabras del mas tierno de todos los padres; de propósitos de sacrificarlo todo para corresponder al sumo bien; de resolucion para entrar en las empresas mas arduas, en las acciones mas costosas, en los caminos mas duros y ásperos, por las palabras que la dirige Dios, como decia David: *Propter verba labiorum tuorum &c.*

Allí queda á los pies de su amado como Magdalena, escuchando siempre sus palabras: palabras que llenan de gozo su oido, y pasan hasta sus huesos con el mismo efecto que se prometia aquel Rey penitente: *Auditui meo dabis gaudium et lætitiam &c.*; porque es evidente lo que dixo el Sabio, que en la conversacion de Dios no hay amargura ni fastidio, ó cansancio en su trato, sino satisfaccion, paz y alegria. Pa-

ra escuchar esta voz del Señor no hay lugar mas oportuno que la soledad. No me detengo en hablar sobre esto, porque dixe lo bastante en la oracion sobre la *Renovacion de la vida por medio de los exercicios espirituales del retiro*, impresa en Barcelona el año de 1788.

BOCA GUARDADA CON UN CANDADO.

Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis.
Poned, Señor, guarda á mi boca, y un candado sobre mis labios.

Quien conoce los peligros de ofender á Dios por la lengua, ó porque tiene una funesta experiencia de las caidas, ó porque ha visto los riesgos pintados con viveza en la Epístola de Santiago, se persuade á que en este punto no hay precaucion que esté por demas. Pero como todo don perfecto desciende del Padre de las lumbres, como se desvelan en vano las centinelas para guardar la ciudad, si Dios no la guarda; esta Religiosa pide á Dios, como

David, un portero para su boca. Este ha de ser el temor de Dios, que abre ó cierra la boca segun conviene. La cierra al enemigo de su Señor, y la abre al amigo. La importancia de esta custodia hace que el alma repita la súplica en diferentes términos, como encareciendo la necesidad; y así pide una puerta de circunstancia, que podemos llamar un candado, y se presenta con él sobre sus labios, significando por esta cerradura material, otra cerradura espiritual que ha menester para guardar su corazon.

Apenas hay hombre que necesite de consejos é instrucciones para que nadie le quite sus bienes temporales: todos saben esconder y guardar baxo de una ó muchas llaves la alhaja, el dinero, el tesoro: pasan revista á las puertas, exâminan las cerraduras, y no omiten diligencia ni cuidado para asegurar su posesion. Nosotros traemos nuestro tesoro en el corazon: la boca es la puerta; y esta puerta está muy mal sin llave que asegure el tesoro que está dentro. Los extractos mas preciosos, los bálsamos mas finos, las confecciones de aromas,

todo esto se conserva estando encerrado, y se exhala y se pierde estando descubierto. El autor de aquella obrita: *El Alma Religiosa elevada á la perfeccion*, dice así: Vos hablais, y os distraeis: vos hablais, y la gracia calla: vos hablais, y no escuchais á Dios que os habla. Quanto menos hableis á las criaturas, hablará Dios mas á vuestro corazon. Pocas veces hablareis mucho, sin hallar despues mucho que reprehenderos. Dios mio, tantas personas nos enseñan el arte de hablar; ¿quién nos enseñará el de callar? Aquel que calló en todas las humillaciones, y que no abrió su boca sino para glorificar al Padre. Hablad Vos, verdad eterna, y que callen todas las criaturas.

Si no hay tiempo en la vida en que no estemos obligados á emplear la lengua en glorificar á Dios, porque no hay tiempo en que no sea verdad que de Dios hemos recibido el don de la palabra, y que su gloria es el fin único, por el qual nos ha favorecido con este mismo don, hablemos siempre de Dios, ó hablemos con

Dios. Hablemos de Dios: todas nuestras palabras, todos nuestros pensamientos, todas nuestras acciones deben ser suyas, ademas de los derechos que tiene sobre ellas en qualidad de Criador y dueño absoluto; el reconocimiento solo exîge este sacrificio continuo de alabanzas: las gracias sin número que recibimos cada dia nos imponen necesariamente esta ley: las que esperamos son para nosotros un nuevo motivo de ser fieles en ofrecérselas. Hablemos de Dios: consagremos nuestra lengua á la relacion de sus maravillas; convidemos á las aves y á los vivientes á que le alaben, como hacia San Francisco; excitemos á todas las criaturas á que le bendigan, como hacian aquellos tres mancebos en el horno de Babilonia; reconvengámonos á nosotros mismos con la memoria de sus beneficios, como hacia David.

¡Qué conversaciones tan agradables á Dios! contar, en quanto alcanzamos, sus beneficios, referir sus misericordias, dar la gloria á su providencia, gemir sobre los ultrajes que recibe de los pecadores, exhortarnos á servirle con fi-

delidad, unir nuestras potencias con nuestra alma para glorificar su santo nombre; porque el Señor es el que perdona todos nuestros pecados, el que nos cura de todos nuestros males, el que nos libra de la muerte del pecado, el que nos rodea con su infinita bondad y misericordia, el que colma todos nuestros deseos con abundantes bienes, y nos restituye nuestro primer lustre y esplendor, como al águila su juventud, como decia David en el Salmo 102.

Hablemos con Dios: su conversacion nos recompensará ventajosamente de la de las criaturas: ella es dulce, es pacífica, es santa, es consoladora, jamas nos causará ni arrepentimientos ni escrúpulos. Hagámonos una ley inviolable de guardar silencio en todos los tiempos y en todos los lugares en que nuestra Regla y Constituciones lo prescriben. Silencio en el coro: no hemos de turbar las alabanzas de Dios por nuestras infidelidades. Silencio en los empleos: no perdamos el mérito por divertirnos con las criaturas. Silencio en el refectorio: el buen órden y la edifi-

cacion lo piden así. Silencio en todos los tiempos y lugares en que se manda especialmente: así evitaremos muchos defectos, y mereceremos muchas gracias. En la vida de un grande Santo se dice, que despues que la campana hacia la señal para el silencio, era mas fácil sacar la sangre de sus venas, que una palabra de su boca.

MANO DIESTRA TRAYENDO EN ELLA UNA ANTORCHA.

Luceat lux vestra coram hominibus, ut videant &c.

Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que viendo vuestras buenas obras alaben por ellas al Padre celestial.

El reyno del cielo es semejante á un tesoro oculto en el campo, que habiéndole hallado el hombre, le reserva y esconde para que no se le quiten. Esto quiere decir, que las buenas obras, que son el tesoro con que se compra el cielo, se han de ocultar temiendo que

nos las robe el mundo, ó nos prive del mérito por sus vanas alabanzas. Esta vida, dice San Gregorio, es un viage que hacemos como peregrinos á la patria: nuestros enemigos son unos ladrones, que estan acechando nuestros pasos, y sin duda tiene gana de ser despojado el que trae en la mano su tesoro por el camino.

Sin embargo, nuestra Religiosa mortificada trae en su diestra una antorcha. Si consultamos con la sagrada Escritura la significacion de esta antorcha, encontraremos muchos misterios dignos de nuestra meditacion. Nosotros éramos tinieblas, como dice San Pablo, quando estábamos sujetos al pecado, entregados á nuestras pasiones, atados con sus cadenas, y sirviendo al enemigo de Dios y de nuestra verdadera salud; pero en medio de estas tinieblas nació la luz, que venia á alumbrar á los que estaban sentados en las sombras de la muerte, y á dirigir sus pasos por el camino de la paz. Esta luz es el Verbo divino: luz verdadera, que alumbra á todo hombre que viene al mundo, como dice S. Juan;

y que tomando nuestra naturaleza apareció en la tierra verdadero Dios y verdadero Hombre ; y no solo se apropió el nombre de los astros que nos alumbran, sino que se llamó la luz del mundo, que disipando nuestras tinieblas, dándonos en el santo bautismo los hábitos sobrenaturales de la fe, de la esperanza y de la caridad, nos traxo á su luz, como dice San Leon, ó nos hizo luz en él mismo, como se explica San Pablo: *Eratis enim aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino.*

Y para testimonio de que somos hijos de la luz, ya en el acto mismo del sagrado bautismo nos pusieron una antorcha en las manos, encargándonos que conserváramos la luz que se nos daba, resplandeciendo en la presencia de Dios por las virtudes correspondientes á la religion christiana, y delante de nuestro próximo por los buenos exemplos, que le sirvan de edificacion y de aliento. Uno y otro encargó el Salvador á sus discípulos en aquellas palabras: *Resplandezca vuestra luz, vean los hombres vuestras buenas obras.*

Lo primero se hace glorificando nosotros al Señor, y trayéndole con nosotros mismos, como dice San Pablo: lo segundo haciendo de nuestras obras un despertador que obligue á los hombres á glorificarle.

Todo esto significó la antorcha que nos pusieron en la mano quando entramos en la Iglesia por la puerta del bautismo. En la antorcha hay tres cosas, luz, fuego y cera: por el fuego, que es superior entre los elementos, se significa la divinidad, que es sobre todas las cosas criadas: por la cera, fabricada de lo mejor de las flores por la industria de las abejitas puras, se significa la humanidad de Jesuchristo, formada por la virtud del Espíritu Santo, de la sangre preciosísima de María Vírgen: por la luz se significa la fe que profesamos, la fe que nos ha dado nuestro Salvador y Maestro: tomar la antorcha en las manos es aplicarnos sus méritos, es decir en un idioma imperceptible á los sentidos exteriores: así como esta antorcha luce en mi mano, quiero que la fe de Jesuchristo luzca en mi corazon: así co-

mo esta antorcha arde, deseo que sea ardiente en mi alma el deseo de todas las virtudes: así como esta luz sube al cielo, deseo que mi oracion, unida á los méritos de mi Redentor, suba hasta su trono: así como los navegantes tienen cerca del puerto un farol lleno de luces, que entre las tinieblas de la noche les muestra el camino; yo quiero dirigir todos los pasos, todas las acciones de esta carrera mortal á la honra y gloria de mi Dios, significado en esta luz: así como los excavadores que trabajan en sacar los metales de la tierra, introducidos en las cavernas profundas, conservan con todo cuidado la luz, porque nada pueden hacer si esta les falta; yo conservaré con el auxîlio de Dios esta luz de la fe, esta gracia de Jesuchristo, sin la qual nada puedo hacer de bueno, nada puedo adquirir de mérito en este mundo de tinieblas. Estos son los deseos, los afectos, los propósitos que excita en nuestro corazon la memoria de esta antorcha; memoria que nos renueva el Señor por su sagrada boca en diferentes lugares del Evangelio, y es-

pecialmente quando con toda expresion manda á sus discípulos, y á nosotros en ellos, que traigamos antorchas en las manos.

¿Qué cosa mas propia, mas importante, mas necesaria que esta luz en las manos, que á un mismo tiempo testifica que nuestro corazon arde en el deseo de la gloria y de la alabanza de Dios; y que nuestras obras sirven de edificacion á nuestros hermanos? Unos á otros nos debemos este buen exemplo: somos hijos de un mismo Padre, comprados á un mismo precio, herederos de la misma recompensa. Debemos ser buen olor de Jesuchristo por la imitacion de sus virtudes en todo tiempo, en todo lugar, en todos los destinos, como decia el Apóstol. No nos ha puesto el Padre en el número de su familia para escandalizarnos, para destruirnos recíprocamente, sino para amarnos como él nos amó, para sufrirnos, para traer unos la carga de los otros, para ayudarnos y excitarnos por la rectitud de las obras y por su práctica constante. Así llenaremos nuestros deberes; es-

to es, lo que nos manda la ley de Jesuchristo, dice San Pablo.

La regla de precaucion que debemos observar sobre esto es la que señala San Gregorio. El alma debe dirigir su intencion á agradar á Dios, á quien únicamente se debe toda la honra y la gloria, como á nosotros la humillacion. Ni de la obra buena pensemos recoger algun fruto vano de satisfaccion propia: lo primero, porque ¿qué accion nuestra carece de defectos? ¿Qué obra no sabe al frágil barro de que somos formados? Lo segundo, porque si hay alguna cosa buena en nosotros, la hemos recibido de Dios; y siendo toda suya, seria mucha presuncion querer lucir con ella, y gloriarnos en su uso como si fuera nuestra: él ha cuidado de radicarnos en este conocimiento tan necesario, repitiendo nuestra imposibilidad para lo bueno en mil lugares de la sagrada Escritura. Sus Profetas al mismo tiempo que recibian abundantes luces, descubrian con ellas su propia insuficiencia, y le decian: Salvadme, y seré salvo: convertidme, y me convertiré: abrid mis

labios, y cantaré vuestras alabanzas. Vos solo sois el autor de todas las buenas obras que hago. Fue detestable la ignorancia y la soberbia de aquellos hombres que atribuian la grandeza, la abundancia y la felicidad á su ingenio, á su poder, á la destreza de su mano: *Manus nostra excelsa, et non Dominus fecit hæc omnia.* No reyna Adonías quando Dios no entra en sus proyectos: no se concluye el edificio de una casa quando Dios no trabaja con los artífices.

¿De qué puede gloriarse la criatura que oye de la boca del mismo Señor: *Nada podeis hacer sin mí?* ¿Qué puede hacer para su curacion aquel infeliz que está cubierto de heridas, tendido y medio muerto en el camino que va de Jerusalen á Jericó? Nada, si no le socorre una mano caritativa. ¿Qué puede hacer por su salud aquel miserable paralítico á quien la prolixa experiencia de treinta y ocho años tiene bien desengañado? Nada, si no se le acerca y le levanta algun corazon piadoso. Esta es la imágen de nuestra situacion en la vida sobrenatural. Nada podemos sin Dios: ja-

mas iremos por nosotros mismos á la práctica del bien: ninguno va al Padre celestial sino por su Hijo Jesuchristo: ninguno se acerca al Hijo si no le conduce el Padre, como dice el Evangelio. Radicados pues en este conocimiento, hemos de dar con fidelidad á Dios los frutos de la viña ó del árbol, que él mismo plantó y cultivó: hemos de volverle enteramente los aumentos del caudal que nos dió para negociar: hemos de seguir trabajando en la obra que se nos ha encargado, sin hacer caso ni de los desprecios, ni de las alabanzas del mundo. Presentar en sus plazas nuestras obras para que las vea, será una temeraria imprudencia: ocultarlas todas, á título del peligro que nos puede resultar, será una criminal cobardia.

Algunas almas poseidas de un nimio temor andan fugitivas, como si fueran delinqüentes, buscando los senos mas retirados para hacer sus exercicios espirituales; y si por casualidad son vistas de otra persona, se alteran, y quizá dexan la ocupacion santa en que estaban, privando así á las demas del buen

exemplo, y á sí mismas del mérito de la obra. Para hablar con claridad en este punto, digo: que apruebo la reserva y el retiro en los exercicios extraordinarios: elíjanse para esto aquellos lugares y tiempos de mas soledad y silencio; pero si estando en este empleo sucediere que entra, y las ve así ocupadas otra persona de la casa, no por eso han de turbarse, ni interrumpir su exercicio, ni privarse de continuarlo otro dia en la misma hora, segun el método de vida que les hubiere señalado su director; antes deben decir con San Bernardo, quando los pensamientos impertinentes le asaltaban, y pretendian cortar el hilo de su oracion: *Por vosotros no vine al coro, ni por vosotros saldré de él.*

En quanto á los exercicios ordinarios de la Religion, como son pagar á Dios en comunidad el tributo del oficio divino, asistir al santo sacrificio del altar, dar culto á Jesuchristo en el augusto Sacramento, exâminar su conciencia, prepararse para la sagrada comunion, detenerse despues de ella para

dar gracias; todo esto debe hacerse con silencio, modestia, recogimiento de sentidos, y aplicacion de la mente. Yo no puedo ni debo omitir lo que es de mi obligacion, porque no me vean empleado en estas obras. Yo no puedo ni debo hacer esas obras sin recogimiento y sin modestia, porque las criaturas no adviertan mi compostura: ellas y yo estamos obligadas igualmente á hacer esto, y á hacerlo bien.

Pero si notan en mí este silencio, este recogimiento, esta abstraccion, ¿no será conveniente quitar el motivo? No por cierto: quítense las singularidades, los movimientos extravagantes, los gestos, los suspiros, todo lo que turba é incomoda, todo lo que excita la atencion de las otras, y causa efectos poco saludables en quien lo hace, y en quien lo advierte; pero la compostura, la devocion, la custodia de los sentidos, el fervor en pronunciar las palabras quando estamos cantando las alabanzas de Dios; esto es un tributo general, que todos le debemos. Dirás que esa nota es con admiracion de muchas, que censuran ese fer-

vor, ese recogimiento que parece singular. No es buena señal esta admiracion, como decia el Venerable Padre Murillo en su Escala espiritual, para la perfeccion evangélica. Nadie admira que el arquitecto levante un edificio, que el carpintero labre un leño, que el sastre forme un vestido, porque esos son sus oficios; pues el oficio del alma religiosa es aspirar á la perfeccion por la práctica de las virtudes, es seguir á Jesuchristo pasando por medio de Tiro y de Sidon sin hacer caso de los dictámenes, de las admiraciones, ni de los dichos de las criaturas.

¿Y qué hará esa alma si se siente despues combatida de pensamientos de vanidad por sus obras? Este viento de la vanidad fácilmente apagará esa antorcha si no somos cuidadosos. Decia bien aquella muger al Rey David, que sus parientes intentaban extinguir una sola centella que le habia quedado, y era un hijo que tenia. ¡De quántas maneras prueba nuestro enemigo á extinguir en nosotros esta antorcha de las buenas obras! Pero si el que trae una

luz por la calle en la obscuridad de la noche, sabe preservarla del viento, cubriéndola en un cerco de cristal ó de otra materia para que no se apague, ¿no sabremos nosotros defender esta antorcha del viento de la vanidad? Observemos aquí que al que ha de andar por la noche en pasos peligrosos, no le es el viento motivo para dexarse la luz en casa, sino que le sirve de aviso para llevarla defendida; así no se han de dexar las buenas obras por temor del ayre de la vanidad; pero se han de defender con el cerco de la intencion y direccion á Dios, como dice San Gregorio.

Finalmente, entréguese el alma al desempeño de las obligaciones que contraxo con su Dios: siga la gracia que la llama y la conduce; y así ó no sentirá la tentacion, ó la sentirá para aumento de su mérito. La tentacion que nos alcanza en el cumplimiento de nuestros deberes, nunca tiene mucha fuerza; y si la tiene, son superiores los auxîlios que Dios nos envia. No nos dexará perecer el que nos manda caminar, decia San Agustin. La tentacion halló á David

donde no debia estar, y le venció: halló á Joseph donde Dios le habia puesto, y salió victorioso. Vamos nosotros como Abrahan al lugar, al destino, al empleo á que Dios nos llama: hagamos allí lo que nos pide, y será empeño suyo no dexarnos caer en la tentacion. Si él nos pone en el camino, es consiguiente que dirija nuestros pasos; y que siguiendo su direccion, hollemos el áspid y el basilisco sin recibir algun daño.

MANO SINIESTRA.

Confige timore tuo carnes meas: à judiciis enim tuis timui.

Traspasad mi carne con vuestro temor santo, porque he temido vuestros juicios.

Esta alma lo espera todo de su Dios, pero lo teme todo de sí misma: ha depositado su confianza en el Señor, que crió el cielo y la tierra, y que le tiene prometida su proteccion y sus auxîlios: por esta parte está segura, como lo estaba el Apóstol; pero no lo está por la

suya. ¿De qué seguridad puede lisonjearse, si un Profeta que se creia inmutable, fue turbado, y un Apóstol que se juzgaba con un valor muy ventajoso al de sus compañeros para defender á su Maestro, le negó tres veces muy poco despues de sus públicas protestas? Así no hay que confiar ni en nuestras resoluciones, ni en nuestros propósitos, ni en nuestras obras, aun quando la práctica constante de algunos años nos pretenda persuadir que no cambiaremos de sentimientos. Nuestros enemigos son nuestros domésticos, y para vencer los extraños se han de sujetar antes los propios; así como para dar la batalla de una nave á otra, primero se atan muy bien los esclavos.

Nuestra Religiosa, que conoce quan peligrosos son los asaltos de este enemigo doméstico, que es la carne, pide á Dios que la sujete, ó que la crucifique con los clavos de su temor santo. Este temor no es, dice San Hilario, un simple movimiento de terror, que quebranta la naturaleza; pero es un terror en la razon ilustrada por la divina luz, que

se adquiere por la observancia de los mandamientos de Dios, por las acciones de una vida inocente y pura, y por el conocimiento de la verdad. Feliz el alma que vive penetrada de este temor; porque mirando á Dios sin cesar con un temblor mezclado de amor, tiene un medio seguro para hacerse cada dia mas sabia, para guardar sus sentidos, para fomentar la paz de su corazon, para pasar de una á otra virtud, para subir á la cumbre de la santidad hasta ver á Dios en Sion.

¡Quántas veces nos habla la Escritura sagrada de la necesidad y de la utilidad del temor de Dios! Este es el que conserva el alma en la humildad sólida y en la vigilancia christiana. La conserva en la humildad, porque sabe que el bien que tiene no es suyo, porque ignora si es digna de amor ó de odio; y quando por revelacion divina entendiera que estaba en gracia, no por eso tendria seguridad de que habia de permanecer en ella. Por eso David, aunque oye de la boca de Natan que Dios perdonó su pecado, se aflige, y castiga su

cuerpo: lo mismo que la Magdalena, que tenia la dicha de oir al Salvor aquellas dulcísimas palabras: „Se le perdona la multitud de sus delitos, porque amó mucho", no por eso cesa en su llanto, ni se excusa de abrazar la penitencia. Estas y otras santas resoluciones inspira el temor de Dios al alma, no para confundirla, sino para humillarla y mantenerla en aquel rubor saludable con que está en presencia de su padre el hijo que le fue desobediente, que cometió muchas y graves travesuras, que aunque tiene experiencias de su bondad, y sabe que le ha perdonado, vive siempre con un temor, que le trae humillado y cuidadoso de no repetir los agravios.

Este cuidado sobre sus obras, esta vigilancia christiana es el segundo efecto del temor de Dios, que sostiene al alma contra la tibieza; porque ¿cómo ha de echarse á dormir, sabiendo que tiene enemigos, y que estos no duermen? ¿Cómo no velará sobre sí misma, si sabe que desfallecieron los propósitos que parecian mas firmes? ¿Cómo no temerá todo lo que ofende á su Dios, por

mas pequeño que parezca, si sabe que lo poco lleva lo mucho, y que las ligeras indisposiciones son el principio de las mas graves enfermedades? Con este temor santo estan como compañeros todos los bienes en el alma, decia Tobías: la complacencia, el gozo, la paz del corazon, la esperanza de la vida eterna, y el consuelo en la hora de la muerte. Al que teme á Dios, todo le sucederá bien en los últimos periodos de la vida.

LADO DERECHO.

Sint lumbi vestri præcincti. Lumbos enim præcingimus cum carnis luxuriam per continentiam coarctamus.

Ceñid vuestro cuerpo: entonces le ceñimos verdaderamente quando por una santa continencia sujetamos las pasiones.

Las palabras que toma aquí esta Religiosa son las mismas con que el Apóstol San Pablo exhortaba á los Romanos. Hermanos mios, les decia, nosotros somos deudores, pero no á la car-

ne, de manera que tengamos alguna obligacion de vivir segun ella; antes os digo, que si viviéreis como quiere la carne, moriréis eternamente; pero si mortificáreis las acciones y pretensiones de la carne, sujetándola al espíritu, viviréis. Esta mortificacion encontramos en los libros santos; ellos la encargan freqüentemente, y proponiéndola en instrucciones y en exemplos, cierran la puerta á los pretextos de nuestra ignorancia, y á las dificultades de nuestro amor propio.

Jesuchristo es nuestro Reparador y Salvador: igualmente es nuestro Legislador y Maestro. Nos ha justificado, y nos ha enseñado. Este es el compendio de su moral y de su doctrina: que negando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente: en la impiedad se significa el pecado, en los deseos mundanos se significan las pasiones, y en la negacion de uno y de otro se asegura el vivir aquí con sobriedad, con justicia y con piedad. Por estas palabras comprehende San Pablo todas las pasiones que pueden hacernos perder la gracia que he-

mos recibido, y las encierra en tres clases. La primera de aquellas que nos apartan de la fidelidad á Dios, y de los deberes de la Religion, que estamos obligados á pagarle; y á estas pasiones quiere que opongamos la piedad christiana: *Pie vivamus.* La segunda es de aquellas que nos impiden dar á nuestro próximo todo lo que la caridad nos manda; y estas pasiones las hemos de sujetar por el mismo nivel de lo que queremos para nosotros: *Juste vivamus.* La tercera clase es de aquellas que nos llevan á la vagueacion, á la ociosidad, á la pérdida del tiempo por la vista, por el oido, por la lengua, y quiere que mortifiquemos estas pasiones por la templanza y por la sobriedad christiana y religiosa: *Sobrie vivamus.* Todas las demas pasiones de amor, deseo, ira, tristeza, temor, envidia se reducen á estas tres clases, y estas son las pasiones que Jesuchristo nos manda mortificar, asistiéndonos su gracia en la empresa.

De todos los enemigos de nuestra salud ninguno hay tan temible como

nuestras propias pasiones. El mundo nos presentará sus pompas y vanidades; pero si las pasiones estan sujetas, nada podrá conseguir de nosotros, como no ha conseguido de tantos justos por esta misma razon. El demonio podrá turbar nuestra fantasía, y excitar nuestros humores; pero no nos obligará al consentimiento: este perro puede ladrar, puede solicitarnos, dice San Agustin y San Gregorio; pero si la pasion no está de su parte, será el dragon que dice la Escritura, formado para burlar sus furias, para hacer inútiles en nosotros sus sugestiones y sus silbos. Finalmente, si la carne tiene algun poder sobre nosotros, es quando por una condescendencia y una blandura indiscreta la hemos dexado salir con sus inclinaciones sin reprehenderla ni sujetarla; así como en una familia es cierto que no tienen poder los hijos sobre el padre, ni se vuelven contra él, sino porque no los sujetó y castigó en la primera edad; pero habiéndoles dexado entonces hacer lo que querian, ya no puede doblarles, ni traerles al partido de la razon quando son mayores.

Poco importan las mortificaciones exteriores, dice San Bernardo, ayunos, silicios, disciplinas, estaciones si no se mortifica la propia voluntad. Esto será un cuerpo sin alma. Bastantes testimonios nos presentan nuestros libros canónicos, de que no agradan á Dios estas austeridades puramente exteriores. Si los directores de las almas las han concedido, ó las han mandado alguna vez, segun les ha parecido necesario ó conveniente, su principal cuidado ha sido vencer y mortificar el hombre interior, quebrantando la voluntad propia, como hacia el Padre San Francisco con sus discípulos; y en la vida de San Felipe Neri hay tantas y tan varias pruebas á este efecto, que por ellas se conoce el juicio que formaba aquel gran maestro de espíritus de la importancia de la mortificacion interior: pocas veces mandaba á sus encargados penitencias ruidosas, que lastiman ó despedazan el cuerpo, y freqüentemente les obligaba á decir alguna palabra ridícula, ó á hacer alguna cosa extravagante con que fuesen burlados y escarnecidos de las gentes.

Era extremada su vigilancia, y nada perdonaba por humillarlos hasta que les veia tan serenos en las injurias como en las alabanzas.

Los Doctores místicos, explicando la manera de sujetar y mortificar las pasiones, nos ofrecen algunas reglas que pueden servirnos de gobierno. La primera es quitarlas por una accion heroyca todas las fuerzas para rebelarse, haciendo propósito de sujetar esta ó aquella pasion, que nos combate mas de continuo, y con mas porfia. La segunda regla es resistirlas, y obrar siempre contra ellas, como el padre que quiere rendir y doblar un hijo, que desde los primeros años muestra un espíritu de orgullo y de dominacion. Este padre toma siempre el partido contrario: apenas habla el hijo, le corta la palabra, oponiéndose á ella, humillándole en presencia de los domésticos, y haciéndole ver que en nada tiene razon.

La tercera regla es consultar con varones espirituales, porque si tenemos necesidad de medicina, la tenemos igualmente de direccion para aplicarla. Quan-

do nos sentimos enfermos, deseamos la mas pronta curacion; y aunque sabemos donde está la botica que tiene los remedios, no enviamos á buscarlos; lo que hacemos es llamar al médico, para que informado del mal que padecemos, determine entre varias medicinas aquella que conviene en el caso, pues á él pertenece por su profesion este discernimiento. Y en efecto, ó por la relacion que le hacemos de nuestra dolencia, ó por los síntomas que él advierte, ó por las preguntas que nos hace, ó por todo junto, forma su concepto, y trata de nuestra curacion.

La quarta regla es rehusarlas alguna vez lo permitido, para que no se arrojen con vehemencia á lo prohibido: ellas, dice Casiano, parecen á los niños, que en concediéndoles lo que piden, luego piden otra cosa, y nunca estan contentos. Eso decia San Francisco al novicio que apetecia el Salterio de David, ó el libro de los Salmos: Hermano, no importa mucho concederte el Salterio; pero mañana pedirás una Biblia entera, y luego querrás un estante de libros.

Todos los desórdenes tienen unos pequeños principios, por los quales se introducen poco á poco. Las pasiones se parecen á los rios impetuosos, que en su orígen no son mas que un arroyo manso y humilde; pero entrando en él, y juntando sus aguas otros arroyos tambien pequeños, se aumentan sus fuerzas y su violencia; y el que era un rio pacífico en cierta proporcion, de allí á una legua de distancia ya es un torrente precipitado, que todo lo arrastra, y lleva tras sí.

¡Grande paz, grande consuelo para el alma despues de luchar con sus pasiones! si no las destruye y arruina, porque esto no es posible, las desarma, las vence, y las tiene en prisiones, por decirlo así, atadas al carro triunfal de la razon: y habituada á combatir y vencer al oso y al leon, como el pastorcillo David, no hay despues gigante que la asuste ni acobarde.

La figura del cíngulo tan misterioso entre los antiguos, y de que habló Jesuchristo en su Evangelio, significa esta misma mortificacion de las pasiones,

como explica San Gregorio; y los diferentes pasos que damos, y destinos que tenemos en esta vida mortal, nos previenen que no debemos dexar de la mano la mortificacion: siempre traemos la mortificacion de Jesuchristo en nuestro cuerpo, decia San Pablo: se ciñen y recogen sus vestidos los que van de camino, así como apareció el Angel San Rafael á Tobías. Los que han de trabajar, llevando carga sobre sus hombros, como los Sacerdotes que traian la arca de la alianza, los que han de ganar su vida en el campo como el jornalero, los que han de pelear como el soldado, los que han de servir á otro como el criado y el enfermero, y finalmente los que han de andar ó pasar un rio, como hizo San Pedro.

Todo esto somos nosotros en un sentido moral, caminantes, peregrinos, que seguimos las jornadas hasta llegar á nuestra patria; trabajadores, que traemos la carga de nuestro cuerpo, que es un vaso de pesado barro, en el que está el tesoro precioso que podemos perder facilmente; jornaleros, que salimos

á cultivar esta viña que se nos ha entregado, y sobre que se nos ha de tomar una cuenta rigurosa; soldados enviados al campo de batalla, donde es preciso vencer ó morir; siervos para observar lo que manda nuestro amo, y ponerlo luego en execucion; y finalmente tenemos que navegar, que pasar el mar peligroso de este mundo: y para conservar entre tantos riesgos la vida de la fe y de la gracia, para no tropezar en el camino, para hacerlo con expedicion, para adelantar la obra, para manejar la espada y vencer muestros contrarios es menester estar ceñidos: *Sint lumbi vestri præcincti.*

LADO SINIESTRO, PINTADO EL GUSANO DE LA CONCIENCIA.

Vermis eorum non morietur in æternum: bona enim timentium ibi timere ubi culpa non est.

No morirá jamas su gusano. Verdaderamente es loable el temer aun donde no hay culpa.

Las primeras palabras parece que

hablan del gusano de la conciencia, que atormenta á los condenados, que es su mas cruel verdugo, y que jamas morirá; pero en este sentido no pueden convenir á nuestra Religiosa, que en todo desea y busca el agrado y beneplácito divino, ni ella las toma sino para manifestar los cuidados, los rezelos que la afligen, pensando allá en su corazon si acertará á servir á su Dios, si le disgustará; porque aunque lo espera todo de su bondad, como ya dixe, lo teme todo de sí misma, conociendo su debilidad y su miseria. Esto es conforme á aquellas letrillas penetrantes que suelen cantar por las calles los Misioneros apostólicos, que comienzan así:

Un cuidado sin cesar
Me atormenta noche y dia,
Ay Jesus del alma mia!
Si me tengo de salvar &c.

Luego este gusano de la conciencia que trae nuestra Religiosa en su lado siniestro, es un despertador que la hace exâminar sus obras, para que temiendo que se mezcle la culpa en ella, como temia Job, se maneje con mucha precau-

cion y prudencia, que es el consejo de San Pablo. Este temor no la hace cobarde, sino cuidadosa; no turbada, sino vigilante, como queria Jesuchristo á sus discípulos. Él reduxo todas sus instrucciones á dos obligaciones esenciales, en que se comprehenden y encierran otras muchas: *velad y orad*, para no caer en la tentacion. En estas dos palabras está como depositada toda la economía de la gracia, y de la libertad del hombre. La vida es una continua tentacion: nosotros no podemos vencer si no estamos en vela; ni es bastante la vigilancia si no juntamos á ella la oracion: *Vigilate et orate.* ¡Quán funesto fue á aquellas cinco vírgenes su breve sueño! En la media noche las dispierta un ruido extraordinario: van asustadas á buscar sus lámparas, que se apagaron porque les faltó el aceyte: es preciso salir á comprarle; pero en este tiempo puntualmente viene el esposo, que comunica sus gracias á las vírgenes sabias, y excluye de su compañía á las que se echaron á dormir sin cuidado.

¡Quán necesaria es la vigilancia chris-

tiana para hacer bien la obra de nuestra eterna salud! Mientras estamos en esta vida habitamos un pais enemigo donde todo es riesgos, como dice San Pablo, todo tentaciones, como dixo Job, todo lazos, como se manifestó á San Antonio Abad. Nuestros sentidos nos engañan, nuestro entendimiento nos deslumbra, nuestro propio corazon nos hace traicion. Pocos objetos hay en este pais que no tienten: el ayre de sus calles es contagioso, la conversacion de sus moradores es arriesgada, nosotros mismos somos nuestros mayores enemigos; ¿de qué precauciones, de qué armas no necesitamos para no ser vencidos? *Velad y orad.* La oracion nos alcanza del cielo los socorros que hemos menester para pelear, y la vigilancia nos pone en estado de usar valerosamente de estos socorros. Sube nuestra oracion hasta el trono, y desciende de él la misericordia de Dios, que se complace en aquellos que levantan sus manos puras al cielo, decia San Agustin.

Pero como nuestra Religiosa dice en sus letras, que el despertador de su con-

ciencia la hace temer culpa donde no la hay, y que es loable este temor, me parece conveniente explicar con mas extension estas palabras: ¿por qué es loable, por qué es útil al alma este temor? Porque es un temor saludable, que la empeña en el exâmen y arreglo de su vida, como á Job: sabiendo este que tenia sus cuentas con un Juez infinitamente ilustrado y sabio, se postraba en su presencia, y decia anegado en lágrimas: Quando yo fuera tan blanco como la nieve, quando la limpieza de mis manos llamase la atencion de todos, vos hallariais manchas en esta blancura, y mis vestidos, que me parecen tan limpios, tendrian á vuestra vista mil fealdades. ¡Ah! que yo no he de ser exâminado por otro hombre sino por vos, que averiguais con la mayor exâctitud el valor y el fondo de las cosas en el peso del santuario. Digo, que esta consideracion nos hace temer en todas las obras, y este temor nos hace aplicados y cuidadosos en su exâmen.

El temor tomado generalmente es un movimiento del corazon, por el qual

huimos y nos apartamos de los males conocidos; pero el temor de Dios es un don del Espíritu Santo, por el qual herido el pecador saludablemente con la consideracion de la divina justicia, se convierte á Dios: este temor nos acerca á Dios, y nos hace bienaventurados, porque á él se sigue la gracia puntual, ó la observancia fiel de los divinos mandamientos, como decia David: *Beatus vir qui timet Dominum &c.;* y aunque en los principios sea servil é imperfecto, que nace del amor de nosotros mismos; pero no se ha de despreciar, porque sirve maravillosamente para huir del pecado, y dispone á la justificacion, como dice el Concilio Tridentino, y Jesuchristo lo persuadió en el capítulo décimo por San Mateo, diciendo: No temais á aquellos que quitan la vida del cuerpo; pero temed al que puede condenar al fuego eterno el cuerpo y el alma.

¿Y cómo acertaremos nosotros miserables al primer golpe, por decirlo así, con este temor filial, este casto y santo temor, que nos hace huir del pe-

cado, aborrecer el pecado, mirar con un horror extremo al pecado por un puro amor de Dios? Decia uno de los Padres del yermo, que el temor tiene tres gradas para subir á la perfeccion, y son las tres causas que mueven al hombre á apartarse del pecado: la primera es el temor de siervo, que la fe descubre; esto es, el castigo que espera al transgresor: la segunda la esperanza del premio; esta es la del jornalero, que trabaja por el estipendio: la tercera es el amor de Dios, sumo bien, digno de ser amado y honrado por sí mismo. Comenzamos á huir del pecado por el temor de las penas: esta es la grada de los imperfectos. Damos otro paso, y ya nos apartamos del pecado, y peleamos contra él por la esperanza del premio; así decia David: Incliné mi corazon á observar tu ley santa por la retribucion que me espera: esta grada es de aprovechados. Finalmente acabamos por la caridad: tememos el pecado porque es ofensa de nuestro Padre, el mas amable, el mas tierno de todos los padres, nuestro criador, nuestro dueño,

nuestro bienhechor: decimos como Joseph en aquella ocasion tan delicada: ¿Cómo puedo yo resolverme á hacer este mal contra mi Señor? Decimos como San Policarpo: Ochenta años ha que le sirvo, y en todo este tiempo no he recibido sino innumerables testimonios de su amor. Decimos como David: ¿Qué me queda que apetecer en el cielo, y qué puedo yo amar en la tierra sino á vos? Mi corazon y mi carne desfallecen, no pueden resistir los vivísimos impulsos de vuestro amor, ¡ó Dios de mi corazon, ó Dios eterna herencia mia! Esta es la grada de los perfectos. Perfecionarán su santificacion en el temor de Dios, como dice San Pablo: este temor es el que asegura y salva; fundamento de la salud le llamó Tertuliano por aquellas palabras: Temiendo seremos salvos: el que anda solícito y cuidadoso estará seguro.

En efecto es una conseqüencia necesaria de este temor santo en el alma el exâminar su conciencia y arreglar su vida para caminar á la perfeccion. Como no consiste esta en obrar, sino en

obrar bien, ¿es preciso pasar revista por las obras, y exâminar si son buenas, si serán agradables á Dios, si podré yo esperar que las acepte? Si estamos convencidos de que las buenas obras son necesarias por el fin de la creacion, porque nuestra vida debe dar honor á aquel de quien la hemos recibido, que es Dios, y por la recompensa que esperamos, porque esta no se da sino á los que trabajan, ni se siega sino de lo que se ha sembrado, ni se recibe la corona sino despues de haber combatido, entendamos tambiën que esta bondad se toma del principio y del fin de la obra. El principio es la persona que la hace, el fin es la intencion que se propone. La persona debe ser buena; esto es, debe estar adornada de la gracia; sin esta no hay obras sobrenaturales, porque todo lo que es sobrenatural pide un socorro al mismo órden, y sin ese principio no hay en nosotros obra que pueda ser agradable á Dios: no son dignas de él las obras de temperamento, las obras de la pasion, las obras de la razon natural, sino las de la gracia. Estas son las

obras de los hijos de Dios, que agradan al Padre: *Qui ex Deo nati sunt.*

La intencion debe ser buena; esto es, no debemos proponernos otro fin que la gloria de Dios, por la qual ha criado el mismo Señor todas las cosas. El ofrecimiento que le hacemos desde el principio del dia de todas nuestras obras, es muy importante; pero no lo es menos el referirle entre dia algunas acciones particulares. El Profeta David no se cansaba de repetir esta direccion, que explicaba levantando al cielo unas veces sus ojos, y otras su alma.

Esta revista y exâmen de la conciencia se suele hacer en la noche antes de retirarse á tomar el descanso preciso del sueño: y sin duda es la mas proporcionada aquella hora, como que acabada ya la negociacion y el comercio del dia, parece consiguiente el tomarse las cuentas, registrando las partidas; esto es, todos los asientos que se han hecho en aquel libro que se ha de presentar en el juicio de Dios, pensamientos, palabras, obras, omisiones, exâminando esas obras por su principio y su fin, como

he dicho, llamando á esta residencia los sentidos exteriores, por los quales tienen entrada muchos defectos si se les dispensa en la mortificacion con que se determinó á sujetarlos el alma religiosa. Tambien debe tener lugar en esta cuenta la correspondencia á los beneficios particulares de Dios, y mas á los que recibió aquel dia, á las gracias, inspiraciones, llamamientos, exemplos, uso de las lecciones espirituales, de los santos sacramentos &c.

PIE DERECHO.

Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum.

Corrí por el camino de tus santos mandamientos quando dilataste mi corazon.

¿Y quién duda que Dios dilata y fortalece el corazon de una alma fiel para que no apetezca ni busque ni halle su consuelo ni su satisfaccion, sino en los mandamientos santos y en las palabras que proceden de la misma boca de Je-

suchristo? El Profeta David habia dicho que por la virtud de estas palabras se habia empeñado en seguir los caminos dificiles; es decir, que no habia aspereza ni dificultad que no le pareciese suave mediando las palabras del Señor; porque en realidad es suave todo para quien ama, como decia San Agustin; y cada dia nos lo enseña la experiencia en las almas que se dedicaron á servir á Dios, consagrándole todos sus afectos.

El Señor llenando sus almas de gozo y sus corazones de alegria, las empeña cada dia mas en la vida abstraida del mundo, y absorta en el cielo, el amor santo, que á la manera del fuego aumenta su llama con la nueva materia que se le aplica, no cesa de subir; y así como quanto es mas grande la llama del fuego elemental, triunfa mas presto de todos los estorbos, consume quanto se le opone, convierte en sí todo lo que se le aplica, y de ello mismo toma mas fuerza, mas rapidez para volar á su esfera, así el amor que procede del corazon que dilató Dios, ya no halla impedimentos para correr, no

hay trabas que le detengan, no hay criaturas que le debiliten, no hay respetos humanos que le espanten; antes bien todo le ayuda, todo contribuye, todo coopera á su bien, dice San Pablo, todo da celeridad á sus pasos, él corre sin cesar.

Como no hay cosa criada que satisfaga al alma enamorada de Dios y herida de sus flechas, nunca se fixa ni para su afecto en ningun bien criado, sino que con nuevos deseos corre siempre á su criador y bien eterno. Estos son los pies con que camina; porque como dice San Agustin, no se mueve el alma por los pies, sino por los afectos; y con estos corria el Profeta David, como dice en muchos lugares de sus Salmos: Corrí sediento por llegar á beber de aquellas aguas que pueden hartar mi deseo. En efecto el alma que ama á Dios, le busca en todo; nada le detiene: las criaturas son espejos donde mira sus atributos y perfecciones; y esta contemplacion la hace correr velocísimamente á su amado, pasando por estas cosas caducas sin tomar de ellas mas

de lo que es indispensable para su uso. Nada hay en el tabernáculo de la alianza ni mas veloz ni mas sutil que la carrera del amor; porque le es natural el ir á la cosa amada, así como á un cuerpo pesado el baxar con su movimiento velocísimo á buscar su centro; porque así como el cuerpo es llevado de su mismo peso, así tambien el alma es llevada del amor adonde quiera que sea llevada, como decia San Agustin en el libro de la Ciudad de Dios; y en sus Confesiones dice: Mi amor es mi peso, por él soy llevado adonde quiera que soy llevado.

Pero no se llega á esta velocidad sino despues de muchas diligencias, peticiones y suspiros. David se confesaba enfermo y casi difunto, y como tal pedia á Dios vida y salud, diciendo: Pegóse mi alma á la tierra, enfermó de su frio, y murió: dadme vida segun la teneis prometida. Hecha esta confesion, hace otra de la gracia que recibió de Dios, que le dió vida, dilatándole el corazon; y luego que se sintió así, corrió el camino de los mandamientos santos. La

dilatacion del corazon consiste en gustar de Dios, en poner en él toda su confianza, y quedar tan contento y seguro como David y Pablo.

Es gracia singularísima de Dios que en la observancia de la ley no nos angustie el temor de la pena, sino que nos ensanche el amor de la virtud. El temor estrecha y oprime el corazon; el amor le dilata de manera, que le hace no solo habitacion, sino paseo de Dios. Así dice en el Levítico: Habitaré con ellos, y pasearé entre ellos. Advierte, hija mia, dice San Gregorio al alma, advierte lo que te dice Dios: *Habitaré con ellos.* ¿Es posible que alguno habite un camarin muy angosto? Por eso añade: *Pasearé tambien entre ellos.* El sitio en que uno pasea necesariamente ha de ser una sala espaciosa. Pues tal es el alma que ama á Dios para el gusto del mismo Señor: para este es angosto el mundo, y esa alma es su casa de recreacion y de paseo.

Dilatado pues su corazon, corre buscando á Dios por el camino de sus mandamientos, de sus inspiraciones y de sus

gracias; y como el que corre en la carrera buscando el premio, se abstiene de todo lo que ve, y todo lo desprecia, ó no le hace caso, como dice San Pablo; así el que busca á Dios, no se detiene en el camino; sigue sin parar en su diligencia, como Magdalena quando buscaba á su Maestro. Y bien podemos añadir que este corazon así dilatado, no solo tiene pies para correr, sino alas para volar. ¿Quién me dará alas como de paloma, decia David, y volaré y descansaré? Dios es quien os las dará, pudiéramos responderle; y sin duda os las dió presto, porque le pediais en esto una cosa muy de su gusto, y vos mismo nos decis: Mirad como ya me alejé, huyendo del trato del mundo: mirad como tengo ya arreglada mi habitacion en la soledad: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*

Los justos que esperan en Dios serán vestidos de fortaleza, dice el Espíritu Santo, y se les darán alas con que volarán sin cansarse ni desfallecer. Alma mia, como eres criada para conocer, amar, desear y gozar á Dios, solo

Dios te bastará, y todo lo que no es Dios te será insuficiente y enfadoso. Si vuelas por el mundo, te sucederá lo mismo que á la paloma que envió Noe de la arca en tiempo del diluvio, que no hallarás donde sentar con seguridad el pie; y aunque procediendo con la mayor precaucion no toques con él mas que lo preciso en estas cosas criadas, tendrás que levantarlo luego conociendo que hay muchos peligros, como prevenia el Señor al Profeta Ezequiel, y como manifestó á San Antonio Abad. No estarás segura sino volviéndote á la arca como la paloma; esto es, buscando la cara de Dios, escondiéndote allí, y no separándote jamas de su divina presencia: *Tibi dixit cor meum, exquisivit te facies mea, faciem tuam Domine requiram.*

PIE SINIESTRO CON GRILLOS.

Perfice gressus meos in semitis tuis, ut non moveantur vestigia mea.

Perfeccionad mis pasos en vuestras sendas, para que mis huellas no declinen.

¿Cómo es que esta Religiosa teme ahora, si estaba poco ha tan valerosa y resuelta? Su pie derecho tenia expedicion para correr, y en efecto corre por el camino de los mandamientos de Dios: ¿y ahora pide llena de temor que no se muevan sus pies ó sus pasos, y pone grillos en el pie siniestro? ¿Y qué podrá hacer con un pie solo? ¿Por ventura se compone que el pie derecho siga el camino estando el siniestro aprisionado? Respondo que no solo se compone esto muy bien, sino que es preciso que sea así; y esta Religiosa sabe lo que hace y lo que pide.

En el pie derecho se significa la parte superior del alma; en el siniestro la parte inferior, que es el cuerpo: el primero simboliza la razon, y el segundo la pasion; y así se infiere con claridad, que para que el uno corra, ha de estar sujeto el otro: si el pie siniestro está libre, corre precipitado al mal, y lleva tras sí el otro pie. Todos los extravíos de los hombres, todos los escollos en que han quebrado, todos los precipicios en que han caido han sido efec-

tos de la libertad del pie siniestro; por eso, conociendo los siervos de Dios tan grande daño, temiendo tan funesto peligro, y desconfiando de sus propias fuerzas para el efecto de sujetar la rebeldia de las pasiones, han clamado á Dios como David: Perfeccionad mis pasos en vuestras sendas: dirigid mis pasos segun vuestros mandamientos, y no sea yo dominado de ningun género de injusticia. Si fueron rectos los pasos de David, vino de Dios, que fixó su pie: si fueron inocentes los de Job, el Señor le sujetó, y aumentó el peso de sus grillos para que no se moviera: *Aggravavit compedem meum:* si fueron hermosos los de la Santísima Vírgen, como dice la Iglesia, fue porque el Señor previno la entrada de esta hija del Príncipe en el mundo, y la mantuvo siempre en pie y á su diestra, como significó el Profeta.

Todos caemos al primer paso, y esta caida es por el pie siniestro, es por la pasion que se rebeló contra la razon en Adan; y de esta primera caida, aun despues de curados, quedamos tan quebran-

tados, que mientras nos dura la vida, en cada paso encontramos un tropiezo. El Apóstol San Pablo aseguraba que habia peligros en todas las condiciones y estados de la vida. Pues quando hay un camino escabroso y dificil, todo viagero huye de él, y echa por otra senda. El que se siente delicado y mal sano, excusa el viage, y si no puede dispensarse del viage, ni puede mejorar de camino, pregunta á los prácticos para saber como le hará menos peligroso, y mueve sus pies con mucho cuidado, mirando antes en donde ha de fixarlos.

Este es nuestro caso. El camino del mundo es muy fatal. San Juan dixo que su situacion es maligna; esto es, propia para perdernos: nosotros somos delicados; ¿pues cómo evitaremos nuestra fatiga y nuestro peligro? Excusando muchos viages que hacemos por este camino sin necesidad, muchos que hacemos por disipacion, muchos que hacemos porque nos cansamos de andar por las sendas de nuestra casa. Salió de la suya Dina, hizo un viage por curiosidad, y se perdió; pero aquella Muger fuer-

te no hizo otros viages que por las sendas de su casa, y el Espíritu Santo la llena de elogios. Muchos defectos evitaremos, evitando las salidas de nuestra habitacion, la vagueacion por los lugares públicos, las conversaciones largas con nuestros hermanos, la asistencia en aquellos concursos á que nos lleva la curiosidad. Cada uno sabe el viage que tiene que hacer, segun el estado en que Dios le ha puesto.

Pero si necesariamente hemos de caminar todos como viadores, hagamos este viage como el peregrino: prevengamos lo que es necesario para las jornadas, y lo que significan las prevenciones del que va peregrinando á su patria; el báculo de la confianza en Dios, la esclavina de la paciencia en las lluvias de la tribulacion, el vaso de la templanza en el uso de los bienes de esta vida, el calzado de la perseverancia constante que cierra la vida de los justos, el pasaporte de la profesion de la fe, que hace el consuelo en todos nuestros trabajos. No compremos lo que nos ha de servir de estorbo en el camino; mire-

mos como agenas todas las cosas que hemos de dexar: tratemos bien á todos, para que nadie nos impida el paso: no hagamos caso de los desprecios de los hombres, que duran poco: no nos detengamos mas que lo preciso en las posadas: pensemos continuamente en nuestra patria: á ella se dirigen nuestros pasos: á ella hemos de enviar nuestros deseos y nuestros suspiros.

Si las pasiones claman como las de Agustino, y nos quieren llevar á las sendas del mundo, á los precipicios de la diversion, de la conversacion, de todo lo que lisonjea los sentidos, entonces hemos de poner grillos en el pie siniestro para que no se mueva, y entrar con el derecho en las sendas de la justicia. Esta es la resolucion de nuestra Religiosa mortificada; pero dispuesta así, ¿qué aliento no debe tener para caminar? ¿Qué confianza de que el Señor estará con ella, y que la dará sus auxîlios? Fortalecida con esta confianza se arrojará al seno de su Padre celestial, y le dirá: Vos sois mi protector y mi refugio; en vos pondré toda mi esperanza;

vos sois mi guia y mi salud; ¿á quién temeré? Vos me cubrireis á la sombra de vuestras alas, y allí estaré segura de toda desgracia. Habeis mandado á vuestros ángeles que me asistan en todos los caminos que tengo que andar; y si ocurriere algun paso peligroso, me tomarán en sus manos para que no reciba daño: caminaré con serenidad sobre áspides y basiliscos, hollaré sin temor los leones y dragones: vos habeis prometido asistir en la tribulacion y sacar victoriosa al alma que ha depositado toda su confianza en vuestra infinita bondad, que conoce é invoca vuestro santo nombre.

Toda la sagrada Escritura, que es el testamento que habeis dexado á vuestros hijos, les asegura de esta herencia de asilo, de defensa, de proteccion que tienen en las entrañas de misericordia de su amabilísimo Padre. Vos habeis conducido al justo por los caminos rectos, le habeis mostrado vuestro reyno, le habeis dado la ciencia de los Santos, habeis hecho fructuosos sus trabajos, habeis consumado su obra. Vos ha-

beis asegurado á Moyses, que vuestro Angel le acompañaria y defenderia; habeis acreditado esta misma promesa en Tobías; habeis dicho á David que estais con los atribulados, y que les librareis de sus trabajos, sin mas motivo que vuestra bondad y su esperanza. Vos sois infinitamente bueno; ellos esperan en esa bondad, no es menester mas para que respiren, para que salgan de esa opresion: *Quoniam in me speravit, liberabo eum.* Si esperaran en el mundo, en la proteccion de los grandes, en el favor de los amigos, en las promesas de los hombres, gemirian sin remedio, y no verian las márgenes del mar de sus miserias, como sucedió al paralítico de la piscina; pero esperando en vos, serán libres: *Quoniam in me speravit, liberabo eum.* Si esperaran en su ingenio, en sus diligencias, en su poder, en la destreza de su mano, ellos conocerian por una funesta experiencia que habian perdido el mérito, quedando siempre en el mismo trabajo; pero esperando en vos, su ánimo se alegra, su corazon se dilata, y en medio de su situacion penosa

ven una luz, que les asegura que ha de aparecer luego el sol de justicia y de misericordia, que les librará con su presencia de tantos males: *Quoniam in me speravit, liberabo eum.*

Vos habeis hecho al rico y al pobre, al noble y al plebeyo, al Rey y al vasallo, al seglar y al religioso: vos dais la sucesion, los cargos y los oficios; y esa mano amorosa, que distingue nuestros estados y señala nuestros caminos, dirige tambien nuestros pasos: *Apud Dominum gressus hominis dirigentur.* Por ásperos, por dificiles, por peligrosos que sean esos caminos, nosotros los seguimos por voluntad vuestra: *Et viam ejus volet;* y vuestra omnipotente mano está empeñada en sostener nuestra flaqueza y debilidad, de manera que si tropezamos, no caemos; y si cayéremos, nuestra caida no será peligrosa, porque nos conservareis: *Cum ceciderit, non collidetur, quia Dominus supponit manum suam.* Vos sois nuestro camino, y nada faltó en el suyo á vuestros discípulos que enviasteis por el mundo.

Bien ilustrado de estos conocimien-

tos San Agustin, decia para aliento de las almas cobardes: No te dexará perecer quien te manda caminar: el padre rico, poderoso y amante de su hijo no le envia á un viage largo y molesto, sin darle todas las asistencias que ha menester para hacerlo felizmente hasta volver á su casa. Si hacemos reflexîon en los sucesos de nuestra vida, hallaremos en nosotros mismos la verdad y el efecto de estas promesas. Siempre que hemos confiado en la bondad de nuestro Dios, siempre que hemos cooperado á sus auxîlios, siempre que le hemos llamado Padre, siempre que hemos buscado y usado las armas que nos tiene señaladas para la batalla, hemos salido victoriosos. Siempre que nuestro pie ha querido torcerse y extraviarse, siempre que las pasiones, el mundo, las criaturas, los deleytes han pretendido sacarnos del camino recto, hemos sentido una voz que nos avisaba, una fuerza que nos detenia, un cordon que nos tiraba, y un impulso secreto que nos prevenia y enseñaba como debíamos permanecer firmes en el camino de sus mandamien-

tos y en el de nuestras particulares obligaciones, y poner grillos en el pie siniestro, sujetándole para que no se mueva, ó no se rebele, ó no siga sino los pasos del pie diestro, que es lo que muestra, y lo que pide á Dios esta Religiosa.

EN MEDIO DEL GLOBO QUE TRAE ESTA RELIGIOSA DEBAXO DE SUS PIES.

Periit mundus, et concupiscentia eius. Acabó el mundo, y todas las cosas de él para mí.

Esta Religiosa que todavia vive en el mundo, no vive ya para él: caminando en la carne, no milita sino segun el espíritu. Ella está crucificada para el mundo, y el mundo está crucificado para ella: vive donde ama, no donde anima: su vida está escondida con Jesuchristo en Dios, como decia San Pablo. Se renunció, se negó á sí misma para seguir á Jesuchristo. Por eso dice que acabó ya el mundo para ella: no solo las conversaciones, las vanidades, las di-

versiones, todas las cosas del grande mundo, sino las miras, los deseos, los contentos y quanto pertenece al mundo pequeño. Renunció sus miras, sus ideas, sus proyectos, su propio juicio; esto es, lo que pertenece al corazon. Renunció sus contentos, sus comodidades, sus satisfacciones; esto es, lo que pertenece á los sentidos.

En esta disposicion bien puede decir que acabó el mundo y todos sus deseos para ella. Habiendo buscado desde el principio la cruz como San Pablo, teniendo un grande aprecio y estimacion por ella, es preciso mirar al mundo con aquellos ojos con que él mira á la cruz, y huye de ella como de un leño, que le causa horror. Ved por que dice: el mundo acabó ya para mí, está muerto, está crucificado, que es un género de muerte la mas odiosa, la mas despreciable. Todo viviente vive en sus operaciones, y quando ellas cesan, pasa del estado de vivo al de muerto. Las operaciones del mundo vivo son los atractivos con que los objetos sensibles mueven y cautivan el corazon del hombre.

Pues quando estos objetos sensibles pierden todo su atractivo y eficacia para mover y sujetar el corazon, entonces muere el mundo respecto de él, así como muere un cuerpo quando pierde del todo el uso, exercicio y operacion de sus sentidos.

La cruz de Jesuchristo elevó esta alma sobre todo lo terreno y sensible, y desde allí mira con ignominia debaxo de sus pies muerto y crucificado al mundo con todos sus gustos y contentos, con todos sus aplausos y alabanzas, con todos sus bienes y tesoros, con todos sus obsequios y adulaciones: todo esto como cosa muerta ha perdido ya su fuerza y eficacia para atraer el corazon de esta Religiosa. Pero así como el mundo acabó para ella, ella acabó tambien para el mundo, que es lo que añade San Pablo: El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Entre dos muertos acabó todo comercio, aunque fuesen antes muy amigos, y esten despues juntos en un mismo sepulcro; ni pueden verse ni hablarse mutuamente, ni darse entre sí alguna mues-

tra de su antigua amistad; porque muertos los dos, cesa de una y otra parte la mutua correspondencia. Esto es lo que quiso dar á entender San Pablo con aquellas palabras, y lo mismo querrá decir esta Religiosa con las suyas: ni el mundo puede tenerme presa, ni yo á él; ni el mundo puede ofrecerme cosa que me mueva, ni yo mostrarle alguna aficion que le tenga: nada deseo, nada quiero de él; todo quanto es y se llama mundo acabó para mí.

SOBRE EL PECHO.

Caro mea requiescet in spe.
Mi carne descansará en la esperanza.

Aquí toma esta Religiosa las palabras del Salmo 15: Conservadme, Señor, porque siempre esperé en vos: repetidas veces dixe: Vos sois mi Dios, y no teneis necesidad de mis bienes; yo he sido bien distinguida en la porcion que me ha tocado: bendeciré al Señor, porque me dió discernimiento para hacer tan feliz eleccion: continuamen-

te le tengo delante de mis ojos, persuadida á que está siempre á mi diestra para sostenerme. Esto alegró mi corazon, me hizo cantar sus alabanzas con júbilo, y mirar la muerte como un apacible sueño, que espera mi resurreccion.

En efecto esta paz es el sueño de los escogidos de Dios: aquel sueño de que mandaba á las hijas de Jerusalen no despertaran á su amada: *Ne suscitetis.* Este sueño pacífico dormia David: en qualquiera parte, decia, dormiré con reposo; porque de tal modo me habeis confirmado en la esperanza puesta en vos, que nada podrá turbarme: *In pace in idipsum dormiant, et requiescant &c.* Esto mismo hacia la tranquilidad del Apóstol San Pablo: sé muy bien en quien he puesto mi esperanza, y vivo seguro: *Scio cui credidi.* Ni estos ni otros justos temian que alguno turbara aquella paz, interrumpiera aquel descanso, les despertara de aquel sueño; con mucha confianza dicen: El Señor me instruye con sus consejos, y cuida de mi conservacion: ¿de quién tengo que temer? *Dominus illuminatio mea, et sa-*

lus mea, quem timebo? Si Dios está á nuestro favor, ¿quién se atreverá, quién podrá hacernos daño? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* ¡No veis como descansan, como duermen en la esperanza, dice San Agustin!

Su bienaventuranza es interior, como se dice de aquella alma santa: *Omnis gloria ejus filiæ Regis ab intus.* En lo exterior se sufren mortificaciones, dolores, quebrantos; pero por todo esto hay una gran recompensa en el cielo, y se dexa sentir en el corazon de los que padecen, de aquellos que pueden decir: nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion obra la paciencia, que la paciencia produce la prueba, que la prueba engendra la esperanza, y que la esperanza, apoyada sobre estas virtudes, que han sido probadas por la paciencia, es firme, y jamas es confundida; porque como dice San Bernardo, derrama en nuestros corazones una certidumbre moral de que amamos á Dios, como los hijos deben amar á su padre, agradeciendo sus castigos, y aprobando su conducta paternal sobre no-

sotros, aunque parezca áspera y desabrida; ó bien en qualidad de hijos nos alegramos de ser semejantes á Jesuchristo crucificado, que es nuestro padre, por la participacion de sus dolores: *Spes non confundit, quia certitudinem infundit.*

Pero las palabras de nuestra Religiosa tienen mas que explicar; ella dice: Mi carne descansará en la esperanza. Si dixera que descansaria su alma, que descansaria su corazon, esto es lo mismo que acabamos de proponer en los sentimientos de los justos, que dicen á Dios: Por tí nos mortificamos todo el dia, y segun la multitud de los dolores, vienen tus consolaciones divinas á alegrar nuestras almas; pero la carne sujeta, mortificada, crucificada ¿cómo puede descansar? ¿No es preciso que ella se queje, que resista, que clame? ¿Y qué importa que clame, si no es oida? Si ella es débil, si es tarda, si está enferma, el espíritu está pronto; y este le dice: Hermano cuerpo, trabaja ahora, sufre, haz lo que te mandan, que despues descansarás, y me darás las gracias. Así hablaba el Padre San Francisco. Job se con-

solaba enmedio de sus dolores, de su lepra, de su abandono, diciendo: Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin he de resucitar, y he de verle en esta misma carne. Esta esperanza está depositada en mi corazon, y me tiene en una dulce paz.

¿Y quién duda que esta paz se comunica á la carne? Los cuerpos de los Santos fueron sepultados en paz, y la memoria de su nombre se conservará eternamente. El sentido literal de estas palabras es claro; pero tambien significan aquella paz que gozan los siervos de Dios despues que sujetaron sus pasiones, y murieron al mundo. Castigados y sujetos los hijos díscolos y rebeldes por un padre íntegro y ajustado, que se propuso la quietud y el buen órden de su casa, ¿no se comunica la paz á todos los domésticos de aquella familia? Luego dice muy bien nuestra Religiosa, que su carne descansará en la esperanza.

David pasa mas adelante, y hablando de los tabernáculos de Dios en el salmo 83 dice, que su corazon y aun

su carne se trasportaban de alegria siempre que pensaban en su Dios: sin embargo, el cuerpo de este ilustre penitente en nada era contemplado ni regalado; antes por el contrario le sujetaba con el freno de la mortificacion, le cubria de silicio, sellaba su boca para no hablar las conversaciones de los hombres, cerraba sus ojos para que no vieran la vanidad, mortificaba el gusto, mezclando su pan con ceniza, entraba en los caminos ásperos, quiero decir, en las prácticas que estremecen á este cuerpo; y en vez de estar la carne afligida, dice que se alegró: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* El gozo del corazon fue mas poderoso para extenderse y comunicarse al cuerpo de los justos, que las cruces, las tribulaciones y los tormentos para afligirlos. ¿Y qué abatimiento, qué cobardia, qué dolores, qué amarguras encontramos en los Mártires de Jesuchristo con unos cuerpos atormentados, despedazados, abrasados con tanta crueldad? Oigamos como hablan, como insultan á los tiranos, como miran las ascuas lo mismo

que si fueran flores, como caminan al lugar del suplicio lo mismo que si se acercaran á un apetecible convite: oigamos qué juicio forman de las piedras que les disparan: Estéban dice que son dulces; qué les parece de la cruz que les espera: Andres la saluda con las expresiones del amor mas tierno, y está impaciente por llegar á sus brazos; qué dicen del fuego que se preparó para atormentarles: Lorenzo entra en él, y le vence por otro fuego superior; qué sienten de aquellas heridas multiplicadas y penetrantes, que no se pueden mirar sin derramar lágrimas de dolor: Eulalia las cuenta con un extraordinario placer, considerándose por ellas semejante á su amado: *Delectat me hos apices legere.*

Destruido el reyno del mundo en los justos, trastornado el imperio de las pasiones, sujeto el apetito á la razon, establecido el reyno de Jesuchristo en sus corazones, unidos al sumo bien por un amor ardiente y triunfador de todos los obstáculos, no hay piedras que no sean dulces, mortificaciones que no sean regalos, tormentos que no sean precio-

sos, cruces que no sean deseables: el gozo del corazon aligera la pesadumbre del cuerpo, cura sus quebrantos, disipa sus penas, y le hace entrar al descanso, y aun á la alegria que produce la esperanza firme de ver á Dios: *Caro mea requiescet in spe. Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.*

Esta Religiosa, que buscó la cruz de su esposo, y en ella todas sus delicias; que apartó su vista de las vanidades del mundo; que inclinó sus oidos á la voz de la inspiracion divina; que puso una puerta de circunstancia en sus labios para no hablar las palabras de la tierra; que mostró en su diestra la antorcha del buen exemplo; que crucificó su carne, y no quiso arrancar los clavos en el tiempo de esta mortal vida; que mortificó y avasalló con las armas de la virtud de Dios sus pasiones; que puso grillos en sus pies, para que cautivo el cuerpo, pudiera correr su corazon, dilatado ya el camino de los mandamientos de Dios y el de su sagrado instituto; que holló, que despreció el mundo, que no quiso tener comercio con él, ni

quedarse con alguna reliquia suya ; que se contó como que el mundo habia acabado para ella, y ella para el mundo : esta Religiosa, digo , puede asegurar que su corazon descansa en paz. Esta es la moral de la cruz que Jesuchristo estableció desde aquella cátedra por principios contradictoriamente opuestos á la moral corrompida del mundo, y que el mismo Señor nos predica de una manera eloqüente ; porque como dice San Juan Chrisóstomo , la santa cruz levantada sobre el monte Calvario ha sido como una lámpara coronada de luz para disipar las tinieblas que cubrian todo el mundo. Las reglas de esta moral en compendio son estas:

I. Es preciso aborrecerse á sí mismo para amarse bien.

II. Es preciso cegarse para ver mejor.

III. Es preciso renunciar su libertad para ser libre.

IV. Es preciso dexar las riquezas para poseerlas.

V. Es preciso querer padecer para no padecer.

VI. Es preciso hacerse siempre guerra para vivir en paz.

VII. Es preciso grabar en sí la imágen de Jesuchristo crucificado para traer el caracter de Jesuchristo glorificado.

El quadro de la Religiosa mortificada ofrece la práctica de estas siete reglas de la moral de la cruz: y aunque he abreviado su explicacion porque se lea con mas facilidad, me ha parecido conveniente dar con separacion un Prontuario ó Manual, que levante las almas religiosas á la perfeccion por los exercicios de la vida interior, significada en la mortificacion exterior del cuerpo que presenta el quadro; y por la verdad nada importaria, de nada serviria todo ese aparato de cruz, de candados, de grillos y de otros instrumentos de sujecion corporal, sin la sujecion de la criatura interior, por la qual se establece en ella el reyno de Jesuchristo, que no es de este mundo, que la eleva á la gloriosa prerogativa de esposa suya, que la conduce en esta vida, y la corona en la eterna. Así sea.

MANUAL

DEL ALMA RELIGIOSA.

Almas religiosas, almas interiores, fieles esposas de Jesuchristo, recibid este prontuario de su mano: es un pequeño presente que os ofrezco; pero si Dios se digna acompañarlo con su gracia, podrá ser precioso para vosotras, podrá hacer nacer algun rayo de luz en vuestro espíritu, podrá producir algun sentimiento piadoso en vuestro corazon, podrá excitar algun remordimiento saludable en vuestra alma; y si produce estos deseables frutos, no será estéril para vosotras, y será de mucho consuelo para mí. Vosotras estais muertas al mundo, llamadas especialmente á la participacion de la cruz de Jesuchristo, destinadas á formar en vosotras una imágen viva del mismo Señor: esto es lo que le habeis ofrecido solemnemente en vuestra profesion: las obligaciones que os resultan

de ella no pueden ser mas estrechas; pero nada mas dulce, mas gustoso, mas capaz de daros la paz verdadera, que su desempeño: esto es lo que voy á deciros.

I. DE LA VIDA INTERIOR.

La vida interior consiste en las reflexîones continuas sobre nosotros mismos, en las elevaciones freqüentes del corazon á Dios, en el recogimiento interior del pensamiento y del corazon, en la mortificacion constante de los sentidos, en el desprendimiento absoluto de las cosas criadas, en la union íntima con Dios. En una palabra, la vida interior consiste en morir enteramente á nosotros mismos, para no vivir mas que de Dios y en Dios. Y para decirlo con mas claridad, la vida interior no es otra cosa que la continuacion de la vida de Jesuchristo en nosotros. Dichosa el alma que conoce toda la extension de esta grande máxîma, y mas dichosa la que la practica.

Quando hubieres conocido bien los

principios de la vida interior, las ocupaciones de la vida interior, las delicias de la vida interior, los atractivos divinos, los consuelos saludables, las prendas de la vida celestial que ella te procura, habrás comprehendido qual es la felicidad que se gusta en esta verdadera tierra prometida, á que Dios te llama, en que te espera, y en que te prepara sus gracias. ¿Y qué haces si rehusas entrar en este grande camino? ¿De qué sirve tu vida, si el espíritu interior no la anima y santifica?

Sin la vida interior jamas llenarás perfectamente tus obligaciones; la mayor parte de las cosas que haces, ó las harás sin objeto, ó por motivos humanos, y así serán obras sin fruto: así se pasará la vida; ¿pero cómo se pensará en la hora de la muerte?

Sin la vida interior jamas corresponderás fielmente á la gracia, jamas arribarás á la perfeccion; de manera que toda alma religiosa que renuncia la vida interior, renuncia la perfeccion á que por estado debe aspirar, vive fuera de sí, que es lo que llamamos locura, anda vagueando por las criaturas; y si no la

empeñan en seguirlas, la detienen ó la retardan para seguir á su Dios. ¡Dios mio! yo he vivido hasta aquí una vida natural, exterior y de los sentidos; pero esta no es vida de una alma llamada á un estado santo, empeñada por los vínculos mas solemnes, y de quien toda la conducta debe ser animada de un espíritu interior.

Toda la gloria de la hija del Rey viene del interior de su alma, dice el Espíritu Santo: las criaturas juzgan segun las apariencias: Dios penetra el fondo de los corazones. Yo quiero aplicarme á una vida interior, á una vida nueva; hacedme conocer, Dios mio, el vacío y la nada de todo lo demas. Nada hay sólido en este mundo sino vivir de la vida que nos dispone para la inmortal: *Omnis gloria eius filiæ Regis ab intus.*

Los principios de la vida interior son el recogimiento, el silencio, la docilidad á las luces del Espíritu Santo, y la abnegacion de nosotros mismos. Los estorbos para la vida interior son la disipacion, la conversacion demasiada con

las criaturas, la infidelidad á las gracias, las satisfacciones de los sentidos, y las reflexîones del amor propio. Las ilusiones tambien pueden ser peligrosas en la vida interior. Desconfia de tí misma, y no camines sino con humildad, prudencia y consejo. Considérate muerta al mundo, y no hallarás consuelo ni descanso sino en el trato interior con Dios en tu corazon.

II. DE LA MUERTE MÍSTICA.

Vosotros estais muertos, pero vuestra vida está escondida con Christo en Dios; así decia San Pablo á los Colosenses: esta es la vida de los justos en esta peregrinacion sobre la tierra; esta debe ser la vida de las personas religiosas, muertas en la estimacion del mundo, y vivas en el aprecio de Dios: vida parecida al oro que está en las entrañas de la tierra, y á la perla que está en el profundo del mar. El oro es precioso entre los metales, pero todo su precio y valor lo tiene oculto en una obscura mina. La perla es hermo-

sa entre las joyas ; pero toda su belleza está escondida en el seno de una tosca concha. Esta es la vida del alma religiosa , trabajos , tribulaciones , abatimientos , enfermedades : estos son los montes estériles que el mundo mira con desprecio y con horror ; pero allí dentro se conserva oculto el rico tesoro de la virtud. Mortificacion , abnegacion, retiro , abstraccion de todo lo temporal , esta es la concha dura que en nada parece apreciable ; pero allí dentro está escondida la perla de la vida interior del alma fiel.

La vida del mundo toda es exterior , porque se funda en la comodidad y en el regalo , en el esplendor y en la gloria pasagera , en la fama y en la honra : estos son los bienes que el mundo aprecia ; en ellos se manifiesta su vida , que unos aplauden , y otros envidian : nosotros hemos muerto á todo eso , á sus lucimientos , á sus aplausos y á sus regalos , y solo vivimos para el retiro , para la abnegacion , para la mortificacion y para el trabajo. Si la severidad de nuestro instituto nos vuelve

obscuros y sin estimacion á los ojos del mundo, todo eso es color de tierra, que nada importa: seamos lo que debemos á los ojos de Dios. No extrañeis, decia el alma santa, hablando á las hijas de Jerusalen, de ver mi semblante obscuro y denegrido, porque me ha tostado el sol; y debaxo de este color obscuro y feo se oculta lo precioso. Ninguno tan precioso ni tan perfecto como Jesuchristo, de quien dixo el Profeta que era hermoso sobre todos los hijos de los hombres; y el que era la preciosidad y la hermosura, la inocencia y la santidad, el resplandor y la gloria en sí mismo, se dexó ver el mas desfigurado por nosotros.

Este es nuestro divino exemplar: aquí se ha de esconder nuestra vida. Ya vendrá tiempo en que se dará una vuelta al torno, y se descubrirá un nuevo teatro. Quando apareciese Christo, que es vuestra vida, entonces aparecereis vosotros juntamente con él. Este es el consuelo que da San Pablo á aquellos que tenian su vida escondida. San Agustin la compara al invierno, en el qual

está cubierto el sol; los árboles, aunque vivos y arraigados en la tierra, pero en tiempo de invierno estan como muertos. Cayeron las hojas al rigor del frio, y ellos quedan enteramente desnudos y desaliñados, las ramas secas, la corteza dura, el tronco áspero; pero en llegando la primavera comienza el árbol que parecia muerto á dar con el calor de la estacion muestras de lo que tenia oculto; su vida, que estaba escondida en la raiz en lo mas hondo de la tierra, se va descubriendo en unos nuevos brotes que anuncian su virtud; presto se extienden y dilatan, nacen las hojas, aparecen las flores, y le coronan los frutos. ¡Qué diferencia del árbol por los tiempos! Antes agoviado del frio, endurecido del yelo, maltratado de los vientos, duro, seco, inflexîble como muerto, despues es blando, flexîble, frondoso, florido, fecundo.

Esto es lo mismo que pasa con los justos, que tienen su vida escondida con Christo. Mientras se hallan en este mundo estan de invierno: viven, es verdad; pero su vida está oculta en la raiz de

la caridad. Jesuchristo, sol de justicia, está oculto; entonces es el invierno; soplan los vientos de tentaciones, caen las escarchas de la tribulacion, vienen los trabajos, los dolores, los quebrantos, el exercicio de las criaturas, aprietan y oprimen de todas partes. ¿Y qué bonanza se pueden prometer hasta que se oiga aquella voz: *Iam enim hiems transiit?* Ya pasó el invierno? Ellos sufren sin dar muestras de sentimiento, no hablan mas que si estuvieran muertos; allá en la raiz en que viven hacen sacrificio á Dios de estas tribulaciones, y como decia el Profeta, se alegran por estos dias en que el Señor los humilló, por estos años en que vieron trabajos: *Lætati sumus pro diebus quibus nos humiliasti*; y esperan el feliz arribo de la primavera en que se descubra con toda la plenitud de sus rayos el sol de justicia Jesuchristo; entonces se manifestará con toda claridad la verdadera vida; entonces los árboles, que parecian muertos, se vestirán de hojas, que ya no han de caer; se adornarán de flores, que no se han de marchitar; se en-

riquecerán de frutos preciosos, que han de permanecer para siempre.

¡Quántas veces nos habla el Espíritu Santo de esta vida de los justos ó de esta muerte mística! ¡Con qué promesas tan repetidas y solemnes ofrece cambiar su suerte, desagraviarlos de las injurias que han sufrido, enxugar sus lágrimas, romper sus sacos groseros, renovar su juventud, introducirlos en el refrigerio, coronarlos de gloria! ¿Y por qué no moriremos al mundo en estos breves dias que somos sus moradores? A esta muerte está ligada la vida verdadera; así como á la vida de la carne se sigue la muerte infeliz, segun la doctrina del Apóstol. Nosotros estamos obligados á esta muerte que dice el Apóstol; esto es, á vivir como muertos al mundo, y traer nuestra vida escondida con Jesuchristo en Dios.

¿Y en qué se conocerá esta muerte y esta vida? En el amor á la cruz.

III. DEL AMOR Á LA CRUZ.

Escuchad la ciencia que debe arre-

glar vuestras costumbres: El que me hallare, hallará la vida, y recibirá la salud del Señor. Estas palabras, que en el sentido literal convienen á la Sabiduría, son muy propias de la cruz, que es la cátedra de la Sabiduría encarnada. Yo hablo de la cruz en el sentido que habla nuestro Salvador quando dice: *Tollat crucem suam;* esto es, ó de la cruz de las aflicciones que él nos envia para humillarnos, ó de la cruz de la mortificacion que nosotros tomamos para ajustar, en quanto podemos con su gracia, nuestra vida con la suya. Como quiera que sea, debemos amar y desear la cruz, y alegrarnos de haberla encontrado: lo primero, porque en la comunicacion de su cruz muestra Jesuchristo que nos ama con este amor singular con que ama á los predestinados: lo segundo, porque en la participacion de esta cruz hacemos nosotros ver que amamos á Jesuchristo con este amor sólido y verdadero con que le aman los escogidos. Estas son unas verdades que no ha revelado la carne ni la sangre, sino el espíritu de Dios; y quando Dios ha-

bla, es menester que escuchemos su voz.

I. El designio de Dios sobre el hombre no fue el conducirle á la participacion de su felicidad por el camino de las cruces y de los trabajos; pero previendo en la eternidad de sus consejos que la ingratitud y la malicia del primer hombre chocaria con las inclinaciones de su bondad, quiso hacernos comprar el reposo con el trabajo, y dexarnos gemir y suspirar sobre la tierra, como extrangeros y desterrados en ella, antes que lleguemos á nuestra patria celestial. Pero como es tan grande su bondad con nosotros, halló el medio de hacer que los efectos de su justa ira sean efectos de su misericordia, y que todos estos males de pena que padecemos, que no son males sino en la apariencia, sean principios fecundos de nuestra felicidad. Esto es lo que la Verdad por esencia nos enseña en el Evangelio quando dice, que son bienaventurados los pobres, que son bienaventurados los que lloran, que son bienaventurados los que padecen persecuciones.

De manera, que así como Jesuchris-

to, uniéndose á la cruz material, la ha transformado, y de una señal de muerte y de maldicion, ha hecho una señal de bendicion y de vida; así uniéndose á los dolores y á las penas por una carne paciente y mortal, las ha como divinizado; y esto, que era la herencia del pecado, se ha hecho la marca segura de su amor, el sello de sus grandezas, y el caracter verdadero que imprime sobre nosotros la perfecta semejanza con Jesuchristo. Es cierto que Dios enojado habia levantado la espada para acabar con el hombre; pero habiendo como una disputa entre la bondad y la justicia, la Sabiduría divina ordena que se quite la espada de las manos pesadas de la justicia, y que se entregue á las manos mas dulces del amor. Así este amor es el que se presenta armado de espadas y de flechas; él es el que hiere y crucifica á los hombres; él es el que reservando las caricias y las dulzuras para el cielo, exercita aquí sus inocentes rigores sobre sus favorecidos; y sabiendo que en el designio eterno de Dios es preciso ser crucificado para ser predes-

tinado, llama y prepara todos sus escogidos para la cruz.

San Pablo dice que á los que Dios predestinó, los ha llamado, pero no dice á qué: ciertamente que por estas palabras no se entiende la vocacion especial á la fe, porque esta es comun á los predestinados y á los réprobos; pero se entienden de otra vocacion particular que mira á los escogidos, y de que el mismo Apóstol habla en otra parte quando dice: Dios os ha escogido, no solo para que creais en él, sino para que padezcais por él, y participeis de sus dolores; y en esto consiste principalmente nuestra singular vocacion, como decia el Apóstol San Pedro. Este es el grande, el importante misterio de la cruz, que San Andres queria enseñar al Procónsul Egeas; esta es la alta é incomparable sabiduría que predicaba San Pablo, y que decia estaba escondida para los grandes y para los sabios del siglo. El conocimiento de estas verdades es el que ha dado á todos los Santos la estimacion, el amor y los deseos por la cruz. Estas son las raras y

preciosas luces que han hecho que los justos, lejos de turbarse como nosotros á la vista de la cruz, la han buscado á imitacion de Santa Teresa, la han deseado como San Andres, y habiéndola encontrado, la han dado sus brazos.

Ellos la han traido con Jesuchristo, que siendo el primero y el exemplar de los predestinados, eligió sufrir para entrar en su gloria. Este amado Salvador estaba aun en el seno inmortal de su Padre, donde nada faltaba á su eterna y necesaria felicidad, y sin embargo suspiraba por el seno de la cruz, que miraba como lugar en que debia hallar su consumacion en qualidad de Salvador de los hombres; la miraba como lugar de su exâltacion y de la de todos sus predestinados. Así que descendió del cielo al seno de su Madre, saluda la cruz, no la pierde de vista, la llama su bautismo; esto es, el refrigerio en los ardores de su amor por nuestra salud: él ama, él acaricia ya en su corazon esta cruz como á su esposa, como al objeto de su mas tierno amor, y de su gozo mas sensible.

De este dulcísimo, de este amantísimo corazon de Jesus, el Rey y el dueño de todos los corazones, ha pasado esta estimacion, este amor, este deseo de la cruz al corazon de todos los Santos. ¡Qué multitud de exemplos no se presenta á nuestra memoria al pronunciar estas palabras! Lorenzo no solo desea el martirio, sino que dice que tiene hambre de él; y si la sed aflige mas, irrita mas, él dice tambien que tiene sed: él llama á las parrillas ardiendo una mesa cubierta para él de deliciosas viandas. Aquel Monge de quien habla San Doroteo, viéndose sin tentaciones, sin trabajos, sin exercicios de mortificacion, estaba inconsolable, y decia suspirando: ¡Soy yo indigno, ó Dios mio, de sufrir por vos! De esto encontraremos mucho en cada página de la historia de los Santos. ¿Qué diremos nosotros á estos exemplos? Jesuchristo crucificado por nuestra salud ha hecho el partido de sus escogidos: el partido mejor, pero no el mas dulce para esta vida; en nuestra mano está el escoger uno de estos dos partidos.

Para no engañarnos en esta eleccion hagamos lo que hacen los que quieren comprar perlas y diamantes: consultemos á los experimentados; y pues la cruz es una perla preciosa cuyo valor no conocemos, preguntemos á los sabios, y nos dirán que lo que viene de Dios, lo que es enviado de Dios, lo que conduce á Dios, lo que nos hace participantes de Dios, lo que ha sido la herencia de Jesuchristo, que es Dios, no puede tener tan alta relacion, tan estrecha alianza con el soberano bien, sin ser necesariamente un grande bien. Las cruces, esto es, las enfermedades, aflicciones, contradicciones, dolores, mortificaciones, tentaciones, son ordenadas y enviadas por Dios; ellas nos llevan á Dios; ellas son la herencia de Jesuchristo, y los medios seguros de comunicarnos todo lo que él tiene de honor y de gloria, de virtud, de vida, de salud verdadera. Luego debemos desear, amar y buscar la cruz, y alegrarnos de encontrarla. Quando participáreis de los trabajos de Jesuchristo, decia el Apóstol San Pedro, alegraos mu-

cho, porque entonces descansa sobre vosotros lo que es del honor, de la gloria y de la virtud de Dios.

II. Si por la comunicacion de su cruz muestra Jesuchristo que nos ama, mostremos en su participacion la verdad, la excelencia y la perfeccion del amor que nosotros debemos á Dios. La sagrada Escritura compara ordinariamente la caridad al oro, y las cruces ó los trabajos al horno: en el horno se purifica y adquiere su esplendor el oro: allí se prueba, se limpia y se perfecciona: así el fuego de la tribulacion distingue el amor verdadero del falso. Queremos presentarnos á Dios, y ser tratados como amigos suyos; pero Dios no recibe sino á aquellos cuya caridad ha sido puesta en prueba, dice el Espíritu Santo: así como hay oro verdadero y oro falso, hay un amor verdadero de Dios, y un amor aparente, un amor eficaz, y otro ineficaz, y para distinguirlos es menester exâminar las acciones; ¿pero qué acciones? no las que son agradables á la naturaleza, y capaces por sí mismas de atraer nuestra voluntad; porque en el

exercicio de estas acciones no es fácil conocer si la voluntad es determinada por el amor de Dios, ó por la satisfaccion que la naturaleza halla en lo que le es agradable; para hacer la prueba es necesario hallar un bien que sea fastidioso á la naturaleza, y repugnante á las inclinaciones del amor propio, así como es el bien que se halla en las aflicciones, para que sufriendo la voluntad en este estado, se pueda decir sin equivocacion que el amor de Dios la conduce y la anima.

Por faltar esta prueba á Job rehusaba nuestro enemigo el consentir en los justos elogios que Dios hacia de él, y decia, segun la exposicion de San Gregorio: „¡Verdaderamente teneis asunto para gloriaros de la amistad de Job! él se ama á sí mismo, y no á vos: él sirve á sus intereses antes que á vuestra gloria. ¡Grande maravilla que Job sea inocente, viviendo á su gusto, que ore á Dios, y que ofrezca sacrificios teniendo abundancia de todas las cosas! Esta prosperidad es la que él ama, y no á Dios: privadle de todas estas ventajas, y

vereis qué presto acaban sus devociones. „Aunque Dios sabia bien que este discurso era efecto de la envidia y de la malicia del enemigo, como estaba apoyado sobre un fundamento aparente, quiso poner á su fiel siervo en las pruebas fuertes de que nos habla la sagrada Escritura.

Entonces, dice San Juan Chrisóstomo, se conoció la verdad y la solidez de su amor. No quando abria las puertas de su palacio para hospedar á los peregrinos, sino quando viendo sus casas arruinadas, permanece su corazon recto, y no se le oye pronunciar ni una palabra de impaciencia. No quando ofrece con tanta piedad sacrificios por sus hijos, sino quando con un espíritu resignado en la voluntad de Dios, retira sus cadáveres, que habian quedado debaxo de las ruinas, para darles sepultura. No quando era el asilo de los afligidos, el protector de los inocentes, el tutor de las viudas, el padre de los huérfanos, sino quando oprimido de dolores, cubierto de heridas, separado de la sociedad, y abandonado de todos, es re-

ducido á un lugar inmundo, y en él conserva en su corazon la conformidad perfecta con las disposiciones de Dios, y en su boca las divinas alabanzas. Los amigos fieles de Dios, dice San Pablo, son semejantes á los árboles que tienen profundas raices, y á las casas bien edificadas. ¿Quándo conoceremos si estamos bien arraigados en Jesuchristo? Quando seamos sacudidos por los vientos de las aflicciones; quando el torbellino de la adversidad nos quebrante; quando no nos doblan todos los esfuerzos del infierno; quando burlamos todas las persecuciones del mundo; quando al paso que nos agitan, nos atormentan sobre la tierra, nos levantamos mas al cielo, nos unimos mas fuertemente á nuestro Salvador crucificado por los deseos y los afectos, que son las fibras y las raices de su corazon. Entonces merece nuestra caridad el nombre que la da San Pablo: *In charitate radicati:* es menester esperar el tiempo de las lluvias y de los torrentes, que no significan otra cosa que las cruces y las adversidades de esta vida, para juzgar si nuestro co-

razon está firme y apoyado sobre el fundamento de los Profetas y de los Apóstoles, que es Jesuchristo.

Es muy fácil, nada cuesta hacer del valiente y del alentado quando todo sucede bien; pero la verdad de las palabras generosas se conoce quando es menester luchar con la mala fortuna, resistir á nuestro adversario, tomar el cuchillo para cortar lo que nos ocasiona ruina, ó volver la punta de la espada de la mortificacion contra nosotros mismos. Mientras no tengamos hechas estas pruebas, no hay en nosotros marca que nos asegure y nos distinga por el amor y la virtud que Dios pide de sus escogidos. ¿Qué sabe el que no es tentado y probado? pregunta el Sabio: nada, responde San Agustin; porque ni se conoce á sí mismo, ni sabe lo que hay en su corazon.

¡O si conociéramos el don de Dios, y el beneficio que nos hace quando nos envia la tribulacion para purificar nuestro amor! No podemos ignorar que el orígen de la impureza de nuestros corazones está en la aficion desordenada por

las criaturas: esta aficion viene del bien deleytable que se encuentra en estos objetos criados. Para purificar nuestros corazones es menester quitar la materia de esta aficion desordenada; esto es, este falso gozo, este falso placer, estas diversiones vanas en que perdemos tanto tiempo, estas conversaciones con demasiado apego y adhesion que tenemos con ciertas criaturas. ¿Y qué hace la tribulacion, la enfermedad, el dolor, el quebranto? Turban esta paz engañosa, nos disgustan de las criaturas, derraman acíbar en lo que antes nos parecia dulce; nosotros conocemos entonces las espinas entre las flores, y arreglamos, moderamos nuestra aficion.

El oro de la caridad pierde en este crisol de los trabajos todo lo que tenia de terreno y de impuro, y halla al mismo tiempo su esplendor y su hermosura. Por eso dice el Apóstol Santiago, que la paciencia en las adversidades pone la última mano en la obra de nuestra perfeccion: es el último golpe que da el artífice para acabar la corona, porque ella nos procura la union mas pura y

mas sólida con Dios ; de manera que quando parece que el Señor se aparta de nosotros, entonces se acerca mas, se une á nosotros mas estrechamente, y nos propone la imágen de su Hijo para que la copiemos en nuestro corazon.

IV. DE LA IMÁGEN DE JESUCHRISTO CRUCIFICADO EN NOSOTROS.

El Hijo de Dios, que apareció visible en la tierra, y conversó con los hombres para enseñarnos la verdad, principalmente nos enseña sobre la cruz de una manera mas clara, mas fuerte, y mas eficaz por sus exemplos. El Padre fixó toda nuestra perfeccion en la participacion que habiamos de tener de esta su adorable imágen. Antes del nacimiento de los tiempos y del establecimiento del mundo nos eligió en Jesuchristo para ser santos, dice San Pablo, como hijos suyos adoptivos; de manera que esta adopcion filial, y esta dichosa semejanza que debemos tener con su Hijo natural, es el fin á que nos ha destinado sobre la tierra, para que

en el cielo le seamos semejantes en su gloria.

Dios queria llevar al debido efecto su designio, y facilitarnos la execucion; pero como su Hijo, considerado en los esplendores de su generacion eterna, tenia los colores demasiado vivos y brillantes, de manera que nuestros ojos débiles no le podrian mirar, quiso templar este resplandor por las sombras de su generacion temporal, y así juntó el plomo de nuestra mortalidad al cristal de su Verbo, y nos hizo un espejo en que podemos mirarnos. De aquí se infiere, que el designio del Padre eterno en el misterio de la encarnacion es proponernos su Hijo, para que nos sirva de exemplar y de modelo proporcionado á nuestra vista; y la intencion de este Hijo en el tiempo de su vida mortal ha sido representarnos en sí mismo todos los rasgos de un predestinado, y hacernos visibles y practicables todas las virtudes que él ha de coronar en el cielo.

Para poner este quadro á la vista de toda la tierra ha querido que fuese le-

vantado sobre el monte Calvario, y fixo en la cruz; y con las puntas de las espinas, de los clavos y de la lanza, ha grabado sobre este Dios hecho carne, en gruesos caracteres, la humildad, la paciencia, la dulzura, y en una palabra, todas las virtudes. Sobre esta cruz ha dado los últimos colores á nuestra pintura; apenas dió el último rasgo de su pincel, inclinó su sagrada cabeza, y dixo: Ya está consumada la obra. La imágen de este crucificado, dice San Ambrosio, es la justicia, la santidad y la virtud de Dios mismo: no es como las otras, una imágen muda, porque es la palabra de Dios: no es una imágen vacía de significacion, porque es la virtud de Dios: no es una imágen muerta, porque es la vida y la resurreccion.

Si no quisiéremos creer esto, subamos con la consideracion al Calvario, y preguntemos: ¿De quién es esta imágen? É inmediatamente oiremos al Padre que nos dice: Mira y obra segun este exemplar que se te ha mostrado en el monte: oiremos al Hijo que nos dice por tantas bocas como tiene heridas: Os

he dado exemplo para que hagais lo que yo he hecho : veremos á todos los Santos, que obedeciendo á esta voz, suben sobre el Calvario, toman un lugar al pie de esta cruz, y fixando los ojos en el quadro, trabajan y se ocupan sin cesar en copiarlo, persuadiéndose á que no tienen otro empleo en este mundo sino imitar á Christo.

Pero así como no seria bastante que un excelente pintor presentara á sus aprendices alguna pintura acabada que les sirviera de modelo, si al mismo tiempo no los instruia y les daba los colores, así no bastaria que Dios Padre nos presentara á su Verbo hecho carne, y nos pusiera delante el crucifixo, si al mismo tiempo no nos socorria con los auxîlios de su divino espíritu para emprender esta obra; pues eso es lo que hace : nos da los colores, que no son otros que las virtudes infusas, la fe, la esperanza y la caridad, los dones del Espíritu Santo; y para dar todo el lucimiento, todo el valor á nuestra pintura, nos ha dexado la sangre de sus venas; mas sobre todo, nos comunica su

espíritu para que guie nuestro pincel, y nos haga advertir los rasgos, las líneas, las facciones mas delicadas de este quadro; así tomamos los exemplos de Jesus, que es hombre, y recibimos la fuerza para imitarlos de su espíritu, que es todo poderoso, como decia San Bernardo.

Si hacemos reflexîon sobre todo lo que hay de grande y de santo en la Iglesia de Dios, hallaremos que todo se dirige á la perfeccion de esta obra. En el bautismo extendemos sobre nuestras almas los colores de Jesus, las cubrimos con ellos, y por hablar con San Pablo, nos vestimos del mismo Jesuchristo: en la penitencia hacemos como estos principiantes, que comparando la copia con el original, abrevian este dedo que estaba demasiado largo, borran este ojo que no estaba bien proporcionado, aclaran este color que estaba muy obscuro; así corregimos las líneas torcidas, las facciones mal hechas, y pasamos la esponja llena de nuestras lágrimas y de la sangre del Hijo de Dios sobre los defectos de nuestra imágen: en la comunion toma-

mos al Santo de los Santos, y le aplicamos como sello sobre nuestro corazon; y apretándole por la fuerza del amor y por una operacion eficaz del Espíritu Santo, lo imprimimos sobre nosotros. Esta es toda la ocupacion de las almas; esta es la comision de los predicadores de la palabra divina; á esto se dirigen las exhortaciones de los confesores, á recomendar esta obra, á excitar á los christianos á que trabajen sin cesar en formar á Jesuchristo en sus corazones.

¿Pero cómo copiaremos esta imágen, cómo imitaremos á este Señor crucificado, cómo haremos esta grande obra que Dios quiere de nosotros, y para la qual nos da todos los auxîlios que son menester? El Apóstol San Pablo, que entendia bien de este género de pintura, dice, que para hacer una perfecta imágen de Jesuchristo crucificado son necesarias tres cosas: la primera preparar la tela que debe recibir esta imágen: la segunda fixar la vista en este divino original, y estudiarlo: la tercera servirnos del pincel para copiar é imitar las facciones de este precioso quadro.

La preparacion de la tela consiste en borrar las líneas, las facciones del viejo Adan, que estan grabadas sobre la frente de nuestra naturaleza corrompida, y que son incompatibles con las facciones del nuevo Adan, que es Jesuchristo crucificado. Esto es lo que llama el Apóstol despojarse del hombre viejo, escribiendo á los Colosenses; y allí mismo determina las facciones que se han de borrar de esta feísima pintura, que yo omito aquí por no alterar los oidos de las almas religiosas; pues ya se les hizo memoria de este despojo del hombre viejo quando se les admitió en la Religion; y bástales saber que la ira, la envidia, la pereza, las conversaciones largas, el apego á las cosas temporales, el deseo de saber por curiosidad, el demasiado amor de sus comodidades, el trato con el siglo, todas estas son líneas, son facciones y rasgos del hombre viejo, que se han de borrar de la tela para disponerla á estas nuevas líneas de la imágen de que hablamos.

Despues de esta preparacion es menester que fixemos los ojos del alma so-

bre este divino crucifixo; y por una vista y una consideracion amorosa de sus virtudes, nos transformemos en él de claridad en claridad por una operacion eficaz del espíritu de Dios, que conduce esta obra. A este estudio nos exhorta el Apóstol quando dice, que tengamos freqüentemente fixos nuestros ojos sobre este sagrado autor de nuestra fe, y consumador de nuestra salud.

Preparado, purificado, blanqueado nuestro corazon que ha de servir de plancha ó de tela, despues de haber estudiado en Jesus crucificado, debemos copiar y grabar en nosotros las líneas de sus virtudes, de manera que seamos enteramente vestidos, que no se vea en nosotros sino los colores y los rasgos de este quadro. ¿Y quáles son? La misericordia, la dulzura, la humildad, la bondad, la modestia, la paciencia, el silencio, la obediencia, la pobreza, la castidad, todas las virtudes; todas las quiso significar San Pablo en las determinadas que nombró.

Este es el empleo de toda nuestra vida: nosotros debemos estar siempre

con el pincel en la mano: nosotros podemos decir con mas razon que aquel pintor famoso: Pinto con mucho cuidado, porque trabajo para la eternidad. Nosotros trabajamos verdaderamente en una pieza que ha de durar para siempre, en una imágen que ha de ser el ornamento del paraiso, y el objeto agradable á los ojos de Dios.

La primera palabra que nos dirá Jesuchristo quando aparezcamos en su tribunal, será esta del Evangelio: ¿De quién es esta imágen? Quando estemos para morir nos pondrán delante el crucifixo, y entonces nos acordaremos de aquellas palabras de Jesuchristo: *Consummatum est*: Ya está acabada la obra. ¡Qué consuelo para nosotros si hemos copiado bien esta imágen! ¡Pero qué amargura si no hemos trabajado en esto! Apliquémonos á esta imitacion: si el mundo, si la carne, si el infierno, si nuestras pasiones quieren interrumpir nuestra obra, digámosles lo que decia aquel pintor: Dexadme, porque traigo entre las manos una obra que me importa mucho. Para seguir bien y adelantarla, nada impor-

ta tanto como el fiel y exâcto desempeño de los votos solemnes con que nos consagramos á Dios, y de las observancias santas que la Religion nos enseña.

V. DE LOS VOTOS SOLEMNES DEL ALMA RELIGIOSA.

Quien hace voto al Señor debe cumplir fielmente lo que prometió, y no puede retractarse, ni hacer su promesa inútil. Vos podeis no ofrecer, dice el Espíritu Santo, sois libre en hacer esos votos; pero si llegais á hacerlos, ya quedais atada, ya no teneis derecho de retractaros; y seria incomparablemente mejor no prometer nada, que dexar de pagar lo que habeis prometido.

En las cosas que miran al comercio y á la sociedad humana los sabios han hecho leyes, y han establecido pactos que cautiven los hombres en aquellas materias; y así la Religion ha hecho muchas cosas, y se ha servido de diferentes medios para fixar en el amor de Dios y en el cumplimiento de sus deberes nuestra voluntad inconstante. Observad para

vuestra enseñanza que los sacrificios de nuestra religion son continuos, los templos durables, los altares sólidos, el caracter de los ministros no se puede borrar, la virtud de los sacramentos nunca se agota, el sacerdocio de Jesuchristo es eterno. Todas estas cosas son otras tantas voces que muestran al christiano que debe ser constante en el servicio y en el amor de su Dios.

Ademas de estos empeños, que miran á todos los hombres, se han establecido en la Iglesia los votos de las personas que se consagran á Dios en una vida retirada. Votos que fixan nuevamente la inconstancia de una alma, que la determinan en sus irresoluciones, que la sostienen en sus flaquezas, que la animan en su debilidad, y que la sirven de asilo y de refugio en sus tentaciones.

La Religiosa consiguió el dichoso principio de tantos bienes el dia que eligió la mejor parte; pero ha de considerar que se ha obligado enteramente al Altísimo. Mientras los christianos mas perfectos estan obligados en el mundo

á dividirse entre Dios y los hombres, la Religiosa reune todos los afectos de su corazon á este augusto y amable objeto. Una muger casada se divide entre Dios y su esposo, una madre entre Dios y sus hijos, un amigo entre Dios y su amigo; pero vos, alma religiosa, os consagrasteis enteramente y sin reserva á Dios por el privilegio y por los empeños de vuestra profesion.

Mientras se dexan las aguas de una fuente en libertad, como ellas son naturalmente pesadas y siguen su inclinacion, se derraman y se dividen sobre la tierra; pero si se encierran en una prision de hierro ó de plomo, si se estrechan en un canal de manera que no tengan camino para correr y perderse, entonces se reunen y se sirven de toda su fuerza para levantarse hácia el cielo. Esto es lo que sucede con los afectos de nuestro corazon; si ellos son libres, por mas elevado que sea el principio de que proceden, derraman siempre una porcion de su caudal sobre la tierra, y se dividen entre las criaturas, que son indignas de ellos. Pero vos

quando profesasteis habeis recogido todos vuestros afectos, los habeis reunido en Jesuchristo vuestro esposo, y no les habeis de permitir salir de su centro sino hácia el cielo, como al lugar propio de su orígen.

Considerando la Religiosa sobre la feliz suerte que le ha cabido desde el dia que se consagró al Señor, y ofreció sus votos delante de Dios, de los ángeles y de los hombres, puede decir como David: ¿Qué gracias os daré yo, Dios mio? En vos estan mis votos, porquè vos sois el principio, el objeto y la corona. El principio, porque vos me los inspirasteis: el objeto, porque ellos se dirigen á vos; y la corona, porque vos quereis recompensarlos. ¿Pero qué gracias, qué alabanzas, qué reconocimiento puedo yo mostrar á vuestra bondad, á vuestra ternura de padre por este incomparable beneficio? Habeis salvado mi alma de la muerte, y mis pies de una funesta caida; me habeis separado del mundo, me habeis librado de las aguas de la tribulacion, me habeis hecho vuestra: haced que yo os agrade.

Haced que yo os dé todo mi reconocimiento como á criador, conservador y bienhechor mio, toda la reverencia como á mi padre, toda la fidelidad como á mi esposo, toda la buena correspondencia como amigo, todo el amor como á sumo y eterno bien, todo el rendimiento como á omnipotente, todo el temor santo y la humildad como á justísimo juez.

VI. DE LA OBEDIENCIA.

Jesuchristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte de cruz; á la frente del libro de su vida puso una resolucion invariable de hacer siempre no su voluntad, sino la del Padre. Este exercicio fue su comida, como dixo repetidas veces. Despues de este exemplar no es mucho que sea tan preciosa la obediencia. Ella, dice San Juan Clímaco, es una navegacion segura, y un viage feliz, porque es la muerte del amor de sí mismo, y el sepulcro de la propia voluntad, de donde resucita la humildad. San Gregorio explicando

aquellas palabras de la Escritura: *Mejor es la obediencia que el sacrificio*, da la razon diciendo, que en los sacrificios exteriores de los Israelitas las víctimas eran las bestias, y en la obediencia es la víctima el hombre mismo y su propia voluntad.

Santo Tomas prefiere la obediencia religiosa á la pobreza y á la virginidad, porque la pobreza sacrifica los bienes exteriores: la virginidad sacrifica el cuerpo; pero la obediencia sacrifica la voluntad: ¿y quién duda que este último sacrificio es tanto mas agradable á Dios, quanto es mas excelente la voluntad del hombre que sus bienes y su cuerpo? El voto de la obediencia es el mayor de la religion: por ventura, decia San Gregorio, no cuesta mucho trabajo al hombre el dexar sus bienes; pero siempre le es muy trabajoso dexarse á sí mismo. Mas yo os propuse al principio la obediencia no en los hombres, sino en la persona del hombre Dios, y me parece que os convendrá mucho considerar las propiedades de su obediencia toda divina, y procurar copiarlas en vuestra vida.

I. *La prontitud de su obediencia.* El primer paso que da, viniendo al mundo, es obedecer: la voluntad de su Padre celestial ha sido su primera y única regla: jamas se apartará de la santidad de sus caminos: *In capite libri &c.* II. *La extension de su obediencia.* Ella es sin excepcion, sin distincion: él ha estado sujeto á todos los que tenian para él el lugar de Dios, ó justos como María y Joseph, ó pecadores y perversos como Pilatos y Herodes: por todos dice: Yo he de estar empleado en las cosas que son de mi Padre: *In his quæ Patris mei sunt &c.* III. *La docilidad de su obediencia.* Él ha vivido con María y con Joseph por espacio de treinta años, y el Texto sagrado no nos dice otra cosa sino que les estaba obediente y sujeto: *Et erat subditus illis.* IV. *La generosidad de su obediencia.* Todo lo que hay de mas duro, de mas penoso, de mas mortificante, los trabajos, los tormentos, los oprobrios, todo lo ha recibido, todo lo ha tolerado con paciencia y silencio; y en todos los momentos de su vida podia decir: *Consum-*

matum est. V. *La duracion de su obediencia.* Desde el pesebre en que nace hasta el Calvario en que espira, siempre ha seguido el camino de la obediencia. Le siguió hasta la muerte, y muerte de cruz: *Factus obediens usque ad mortem &c.*

Estos son los caracteres de su obediencia. Ved aquí vuestro perfecto, vuestro divino modelo: vos le reconoceis, vos le adorais, vos le habeis elegido, vos sabeis que debeis imitarle y seguirle; ¿y rehusareis el obedecer, ú obedecereis con mil imperfecciones? Exâminad si estais comprehendida en alguna de estas. Se obedece, pero despues de muchas dilaciones, dexando el cumplimiento de lo que se mandó para despues, retardándolo todo lo posible hasta el momento en que ya no se puede diferir. Se obedece, pero con mil reservas, mil limitaciones, que quitan á la obediencia todo su mérito, é introducen la rapiña en el holocausto. Se obedece, pero con pesadumbre contra todo lo que el corazon quisiera; y de una manera que hace conocer que se arrastra el yu-

go, y que se trae la carga de mal humor. Se obedece, pero despues de mil excusas, mil representaciones, mil dificultades que contristan al superior, y que á veces le hacen ceder por contemplar con esas almas delicadas. Se obedece, pero hasta cierto punto en ciertas cosas que acomodan, sin querer sujetarse á las prácticas, á los usos, que juzga por cosas pequeñas solo porque chocan con su genio.

Esta es la indocilidad y la independencia que desea el espíritu humano. ¡Pero quán opuesta al espíritu de Dios! ¡Qué caracteres tan diferentes son los de la santa obediencia! Obediencia que prestamos al mismo Dios en los Prelados que nos mandan, y que debe ser pronta, generosa y constante. El divino modelo que os presenta en sí mismo vuestro adorable Salvador ha de ser la regla de vuestra obediencia: no os separeis jamas de él, y alcanzareis unas victorias gloriosas.

VII. DE LAS VENTAJAS DE LA OBEDIENCIA.

Lo primero que hace la obediencia es declarar la guerra á nuestro amor propio, y seguirla hasta debilitarle y desarmarle. El primer efecto del amor propio es la inclinacion y el deseo de hacer nuestro gusto, y la obediencia religiosa enflaquece y disminuye este deseo, sujetándoos á la voluntad de vuestros Prelados, y haciéndoos dependiente de ella en todas vuestras acciones, en todos vuestros pasos y ocupaciones. Vos os acostumbrais á no hacer lo que quereis, sino lo que quiere quien os gobierna; y así llegais á no querer nada, sino lo que quiere Dios, y vuestra vida es una muerte entera del amor propio. ¡Qué cosa tan buena!

El segundo efecto del amor propio es la adhesion ó apego al propio dictámen; y la obediencia religiosa desarraiga este vicio, por la obligacion que os impone de no seguir vuestro dictámen en mil ocasiones, sino deferir al dictámen de

la Prelada: así no os fatigareis en hacer discursos, que no podreis poner en execucion: así acostumbrada á ceder al dictámen y voluntad de la Prelada, fácilmente cedereis á las demas, y conservareis la paz, que á veces se turba en las comunidades religiosas por no querer ceder cada una de su propio juicio en cosas que importan muy poco.

El tercer efecto del amor propio es el espíritu de dominacion, y el deseo de mandar: y la medicina de esta enfermedad, que trae su orígen de Adan pecador, es la obediencia religiosa; porque hecha á obedecer con gusto, os hallareis muy bien y con mucha tranquilidad obedeciendo; y no solo perdereis el gusto y el deseo de mandar, sino que mirareis ese oficio con mucho temor. Estos frutos de la obediencia podrán contarlos los experimentados; pero no es esto solo lo que yo os queria decir quando os propuse las ventajas de la obediencia. Quise deciros que en esta virtud hallareis dos fondos, ó dos minas muy preciosas. Una mina de mérito, y una mina de consuelo.

Mina de mérito. La obediencia es la que eleva todas nuestras acciones; las que son indiferentes, las hace santas; las que son ya santas por sí mismas, las hace mas meritorias. El levantarse de su cama, el tomar el sustento, aun el entregarse un rato al descanso ó á una moderada recreacion son acciones indiferentes por sí mismas; pero se hacen santas desde que son revestidas del mérito de la obediencia. El orar, mortificarse, dedicarse á las obras de caridad son acciones meritorias en sí mismas; pero se hacen infinitamente mas meritorias desde que son consagradas por la obediencia. Así todas las acciones, todos los pasos, todos los movimientos de la vida son elevados por esta eminente virtud. ¡Qué tesoro de méritos en una vida de treinta, de quarenta años pasados así en una continua obediencia!

Mina de consolacion. En todos los estados hay penas y disgustos; en todos los empleos puede haber peligros y escollos. En estas dudas, en estas penas ¿á quién podrá recurrir una alma apartada de la obediencia? ¿Irá á pre-

SEGUNDO GRADO: DECENA DEL ROSARIO

V.—QUINTO MISTERIO GOZOSO

El Niño perdido y hallado en el templo

FRUTO: *Imitacion de Jesus.*

TERCER GRADO: COMUNION REPARADORA

Semanal: El ..... (Indulg. plen.)
Mensual: El dia del patrono de mes. (Indulg. plen.)
General: El dia ..... á las ..... (Indulg. plen.)
Ejercicios de la tarde: El dia ..... á las .....

Sr. D......

.....

Cel. del coro ..... *D.* .....
calle .....

APOSTOLADO DE LA ORACION

PRIMER GRADO

—

INTENCION GENERAL PARA JUNIO

El descanso dominical.

ORACION COTIDIANA PARA ESTE MES

¡Oh Jesus mio! por medio del Corazon inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente dia, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazon.

Os las ofrezco especialmente, á fin de que movais á súbditos y autoridades, á la resolucion constante de no trabajar ni permitir que se trabaje en obras serviles, los domingos y dias festivos.

PROPÓSITO

Ofrecer diariamente un obsequio al Corazon divino en desagravio de la profanacion de las fiestas.

PATRONO DE MES

Mártes, 5 de Junio.—San Bonifacio, ob. y mr.—Obedecer á las inspiraciones divinas.

Máxima. «¡Cuántas veces una inspiracion desatendida ocasionó la perdicion de un alma!» *(San Bernardo.)*

sentarse á Dios para encontrar en él su asilo? Pero apartándose de la obediencia, ella se ha privado de las gracias que Dios le destinaba, y se ha expuesto al peligro, á que ciertamente no la llamaba el Señor; así no encuentra consuelos, sino turbacion y remordimientos. ¡Pero qué diferente es en estos casos la suerte de una alma obediente! Ella irá al coro, se dirigirá á su Dios con una santa confianza, derramará á los pies de Jesuchristo su corazon, y le dirá: Dios mio, vos veis mi pena, vos veis mi estado, mi oficio; vos me habeis puesto en él, yo estoy por órden vuestro; y así yo pido vuestro socorro, y lo espero de vuestra bondad. Vuestra palabra me asegura, y vuestro corazon me responde del cumplimiento de vuestra promesa. Este es el consuelo que hallareis en la obediencia mientras os dure la vida; pero sobre todo en la hora de la muerte experimentareis sus delicias. ¡De quánto consuelo, de quánta dulzura os será el acabar así vuestra carrera, dar los últimos suspiros entre las manos de la santa obediencia, y presentaros así

á Dios, que por vuestro amor se hizo obediente hasta la muerte de cruz, y al fin poner vuestra alma en sus manos para recibir la recompensa que él ha prometido á las almas fieles!

VIII. DE LA POBREZA.

Yo soy pobre, y criado en trabajos desde mi juventud; así decia el Profeta David hablando en el nombre de nuestro Salvador; él eligió la pobreza voluntaria, y siendo Señor de todo, no lo manifestó sino para despreciarlo, eligiendo una Madre pobre para su nacimiento, un albegue pobre: nada poseyó como propio, su vida y su muerte fueron un espejo de pobreza. De mucho consuelo y satisfaccion ha de ser para vos el profesar esta virtud, que tanto amó y honró vuestro esposo.

El voto de la pobreza es un generoso ahorro y desembarazo de la pesada carga de las cosas temporales, es un desahogo del espíritu, alivio de la humana flaqueza, y libertad de la nobleza del corazon, capaz de bienes eternos

y espirituales. Es una satisfaccion y hartura en que sosiega el apetito sediento de tesoros terrenos, y un dominio nobilísimo de todas las riquezas. La pobreza voluntaria restituye á la criatura á su generosa condicion, pues fue criada para señora de todas las cosas, y nunca es mas señora que quando las desprecia; quando las distribuye ó las dexa de voluntad, entonces tiene el uso mas excelente de ellas; quando gusta de no tenerlas, entonces sacia el apetito; y quando dexa desocupado el corazon, entonces le tiene capaz de los tesoros de la divinidad, que el Señor quiere depositar en él.

El voto de pobreza os pide un despojo absoluto de todo; en virtud de él nada podeis tener, ni dar ni recibir, ni prestar ni poner en depósito sin permision para ello. Os está prohibida toda propiedad, todo dominio, toda disposicion en las cosas. Este es un feliz desprendimiento, que librándoos de los cuidados temporales, os pone en estado de no ocuparos sino de Dios, de no poseer sino á Dios, y de dexar á Dios

una entera y absoluta posesion de vos misma.

El espíritu de pobreza os enriquece con los tesoros de Jesuchristo mismo: vos habeis dexado la grosura de la tierra para recibir el rocío del cielo: habeis renunciado los bienes temporales y caducos por adquirir los celestiales y permanentes. Mirad si vuestro corazon está bastante vacío para recibirlos; cuidad no suceda que habiendo dexado en el mundo bienes considerables, se fixe vuestro corazon ni por un instante en cosas frívolas. Una ave generosa, que nació para remontar su vuelo y subir á la altura, no se enreda en telas de arañas. Amad la pobreza como á vuestra madre y señora: así la llamaba San Francisco: sed pobre con Jesuchristo pobre: todo el tesoro de una esposa fiel es el corazon y la ternura de su digno esposo.

La práctica de la pobreza pide sacrificios; vos no sereis verdaderamente pobre con la pobreza de Jesuchristo sino en quanto esteis dispuesta á experimentar sus efectos. Ved vuestro exercicio en el uso de las cosas.

I. En materia de pobreza habeis de tener una exâctitud inviolable para pedir permiso aun sobre las cosas mas ligeras, segun vuestra regla y las costumbres del convento. II. No os quejeis jamas quando os falte alguna cosa: buscadla con tranquilidad si no podeis pasar sin ella, y dad gracias á Dios que os pone en la ocasion de ofrecerle este sacrificio. III. Privaos no solamente de lo que es superfluo, sino tambien llevando con gusto el carecer alguna vez de lo que es en algun modo necesario. IV. No busqueis para vuestro uso ni la celda mas cómoda, ni los muebles mas curiosos, ni la comida mas delicada; pero si no teneis valor para amar y elegir en esto lo mas pobre, tomad lo que os dieren, y no seais demasiadamente cuidadosa de su aliño. V. Haced alguna vez un repaso ó exâmen de vuestra celda, para ver si se encuentra en ella cosa que no sea conforme á la santa pobreza. VI. Quando en esta materia se os presente alguna cosa que sufrir, algun sacrificio que ofrecer á Dios, levantad los ojos á la imágen de Jesuchristo

crucificado, y decid con aquel grande Santo: Aquí está el que me ha despojado de todo; ¿podré yo quejarme á su vista de mi estado?

Dios mio, yo quiero conformarme con estos sentimientos, yo quiero vivir y morir en pobreza á vuestro exemplo; tomar vuestro espíritu, vestirme vuestra librea, no tener mas que á vos, no poseer sino á vos, no ser rica sino de vuestra indigencia. Bastante rica seré yo si tengo vuestro corazon, vuestra gracia, vuestro amor, vuestra cruz; yo lo renuncio todo por poseer esto, y vos me preparais en el cielo las verdaderas y sólidas riquezas. Grabad bien en vuestro corazon estas dos grandes verdades: la primera, que nada hay tan fácil ni tan ordinario como cegarse en materia de pobreza, y hacerse de unos falsos principios una falsa conciencia: la segunda, que entre las personas religiosas que tienen la desdicha de perderse, el mayor número se condena por los pecados contra la pobreza. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reyno de los cielos.

IX. DE LA CASTIDAD.

Llevaron á Jesus sus padres al templo de Jerusalen para presentarle al Señor, y consagrarlo á su servicio. Un sacrificio semejante á este habian hecho antes Joaquin y Ana con su hija María Santísima elegida para Madre de Dios: el Profeta David dixo, que despues de esta Señora y á imitacion suya se presentarian al Señor en su templo innumerables vírgenes consagrando su pureza al Cordero que se apacienta de estas místicas azucenas.

La virginidad ó perfecta castidad es el primero y el mas sublime objeto que se nos presenta en la profesion religiosa: todos saben los elogios que dió San Pablo, y á su imitacion los santos Padres á esta santa vocacion. La vida de las vírgenes consagradas á Dios las eleva á una condicion semejante á la de los Angeles; ellas traen sobre la tierra una vida toda celestial, siguen por todas partes al Cordero sin mancha, que se dignó elegirlas por esposas. Mas este espo-

so celestial es zeloso : un pensamiento, una mirada, un sentimiento que se hace con alguna reflexîon, hiere sus ojos, y ofende su corazon. El alma de una vírgen debe ser el templo de Dios, y la morada del Espíritu Santo : ella debe respetarse á sí misma, y temer hasta la sombra, hasta la apariencia de mal. ¿Qué temor no se ha de tener, qué precauciones no se han de tomar, con qué cuidado no se ha de vivir para observar un voto que contiene la pureza de alma y cuerpo, que tan fácilmente se pierde, y tan dificultosamente se repara : para guardar un tesoro depositado en un castillo de muchas puertas y ventanas, que si no estan bien guarnecidas y defendidas no tienen seguridad ? Es preciso que hagais un pacto inviolable con vuestros sentidos de no moverse para lo que no fuere ordenado por la recta razon, y á la gloria del Criador. Muertos los sentidos, fácil es el vencimiento de los enemigos, que solo con ellos os pueden vencer á vos misma; porque los pensamientos no reviven ni se despiertan si no les entran especies ni

imágenes por los sentidos exteriores que los fomentan.

¿Y cómo hareis morir vuestros sentidos? Estableciendo con ellos el pacto inviolable que os digo: no dexeis entrar por el oido especies que puedan turbar la paz interior; no os entregueis á conversaciones superfluas ú ociosas; no dexeis vaguear á vuestros ojos ni en el locutorio ni en el coro ni en otro lugar, desde donde se ven las gentes del siglo: esos lugares que se llaman vistas, son vistas de un mundo que ya acabó para vos: el locutorio se usa precisamente para pagar ciertos deberes de caridad y de buena crianza, y no conviene deteneros allí mas de lo que piden estas obligaciones: el coro es para cantar las divinas alabanzas y asistir al santo sacrificio de la Misa; y si desde allí mirareis al altar, no cuideis de las gentes que hay en la Iglesia: temed siempre en todos esos lugares aquellas especies que envian los objetos, que entran por la vista, y roban el alma, como decia el Profeta.

Este mismo temor os hará muy cui-

dadosa quando con justos motivos entran personas de otro sexô en la clausura, quando teneis que tratarlas por escrito, en las mismas conversaciones domésticas, en todos los lugares, en todos los tiempos. Consideraos siempre ausente de vuestra patria, y conducida á esta tierra para trabajar y pelear con fuertes enemigos. Considerad que el mas pesado y peligroso es la carne, y que conviene mucho resistir á vuestras naturales pasiones sin descuido. Buscad una habitacion muy levantada sobre lo terreno, para que así vivais baxo de la sombra de vuestro amado, y en su proteccion goceis de un verdadero sosiego. Entregaos de todo vuestro corazon y fuerzas á su casto y santo amor. Imaginad que para vos no hay criaturas, sino en quanto os ayudan y obligan á que ameis y sirvais á vuestro Dios.

Y si sobre esta pureza esencial tan necesaria, tan preciosa, tan recomendada á toda alma religiosa deseais una nota mas extensa, yo diré á vos y á las almas que desean aspirar á un estado perfecto, que hay quatro géneros de pu-

reza diferentes, aun mas elevados y mas dignos de Dios. Pureza de espíritu, pureza de corazon, pureza de acciones, y pureza de conciencia. Atended á esto.

Pureza de espíritu, que no le permite detenerse en mil pensamientos inútiles, frívolos, extraños, que no sirven mas que de ocuparle, distraerle, agitarle y engañarle. Pureza de corazon, que renuncia todo apego, toda inclinacion, todo sentimiento puramente natural y demasiado humano que pueda dividir en alguna manera sus afectos. Pureza de acciones en la grandeza del motivo que conduce, en la sublimidad de la intencion que dirige, en el ardor, en el fervor de los sentimientos que animan todas las acciones de la vida. Pureza de conciencia, que teme sumamente y mil veces mas que la muerte las faltas mas ligeras, que podrian herirla ó manchar la hermosura de este espejo en que Dios mismo se representa.

¡O Dios mio, qué grande, qué perfecto es este estado! ¡Dichosas las almas que vos llamais á él, y que responden con fidelidad y se levantan! ¿Y

por qué no me esforzaré yo, y si no puedo llegar á él, por lo menos aspiraré por la pureza inviolable en que me empeña la santidad de mi estado? Cordero purísimo, que sois el Santo de los Santos, la santidad y la pureza por esencia, purificad, santificadlo todo en mí; y habiéndoos dignado ponerme en el número de vuestras esposas, dadme los sentimientos y la perfeccion que pueden hacerme digna de vuestra eleccion y de vuestro corazon. Dios de toda pureza, criad y formad en mí un corazon puro. Bienav nturados los limpios de corazon, porque ellos gozarán para siempre de la vista de Dios.

X. DEL VOTO DE CLAUSURA.

Fue una gracia considerable la que hizo Dios á su pueblo de Israel en la salida de Egipto quando dividió el mar para facilitarle el paso al desierto; pero fue mas grande beneficio volver á juntar las aguas que habia dividido, y cerrar este camino milagroso que habia abierto, para quitar la ocasion de que

volvieran á Egipto los Israelitas. Vos debeis sin duda estar muy agradecida á Dios, porque os sacó de la idolatría de Egipto y de la corrupcion del siglo, abriéndoos su casa; pero habeis de mirar como una gracia todavia mas particular la que os ha hecho cerrando despues de vuestros votos la puerta que os abrió, para que no volvieseis mas á Egipto, y quedaseis eternamente en su tabernaculo.

Otras almas bendicen á Dios porque las ha hecho grandes y poderosas en el mundo; otras porque las dió honras, riquezas y dignidades; pero vos, que debeis tener unas miras mas santas y mas espirituales, vos que sois su esposa y su amada Sion, le habeis de alabar porque os admitió á su servicio para siempre, y porque tan presto como os consagrasteis á él aseguró las cerraduras para que no volvieseis al mundo. Ha hecho el Señor con vos lo que hizo con su justo Noe, que poniéndole en aquella arca en que se habia de librar del general diluvio, cerró inmediatamente la puerta, no solo para que él no saliera

y pereciera en las aguas, sino para que ni pudiera asomarse á ver el estrago que hacian. Tened presente esta figura, que os ofrece un retrato puntual de lo que Dios ha hecho para libraros del naufragio del pecado, y para teneros segura en esa arca mística.

Considerad que el voto de clausura es el muro de la castidad y de todas las virtudes, el engaste donde se conservan y resplandecen; es un privilegio del cielo para dispensar á las Religiosas esposas de Jesuchristo de los pesados y peligrosos tributos que paga la libertad del mundo al príncipe de sus vanidades. Con este voto viven las Religiosas en seguro puerto, quando las otras almas en la tormenta de los peligros se marean y zozobran á cada paso. Si considerais estos grandes intereses, no os parecerá el convento lugar angosto. ¿Y qué digo el convento? Vuestra casita os ofrecerá, por mas reducida que ella sea, espacios dilatados, campos inmensos donde os esparcireis y recreareis en el conocimiento de Dios, de sus infinitas perfecciones, de sus adorables miste-

rios, de sus magníficas obras.

A esta clausura forzosa del cuerpo añadid la de vuestros sentidos, para que guarnecidos de fortaleza conserven vuestra pureza interior, y en ella el fuego del santuario, que debeis siempre fomentar y guardar para que no se apague. Así como os ha llamado el Señor á la clausura del convento, llamad vos á todos vuestros sentidos y potencias á la clausura de vuestro corazon; y en ese encierro y soledad oireis la voz de Dios, que os habla, os quiere hacer suya, y conduciros á la altura de la perfeccion.

XI. RENOVACION DEL DIA QUE ENTRÓ EN LA RELIGION.

Este grande dia os presenta tres reflexîones bien capaces de ocuparos delante de Dios.

I. ¿Para qué entré yo en este santo estado? Dios me llamó á él por una gracia bien especial para salvarme: yo vine con la intencion de santificarme aquí, vine resuelta á ser fiel á la gracia de mi vocacion, y á llenar exâcta-

mente los deberes de mi estado: esta santa casa abrió su seno para recibirme en la esperanza de que yo aumentaria el mérito, aun mas que el número de las que la componen. Estas eran las miras de Dios, estos mis sentimientos, estas, sobre mí, las esperanzas de esta casa. Nada me parecia entonces dificil: todo era dulce y ligero. ¡Dia dichoso! ¡Santas disposiciones! ¿Son las mismas las que hoy tengo? ¿Me ofrezco á mi Dios con aquellos sentimientos generosos?

II. ¿Qué he hecho yo despues que entré en la Religion? ¿He llenado los designios de Dios sobre mí? ¿He seguido los sentimientos de que estoy animada? ¿He respondido á las esperanzas que se habian concebido de mí? Despues de tantos años que estoy en el convento, ¿qué es lo que yo he hecho por Dios, qué virtudes he practicado, qué vicios he corregido, qué sacrificios he ofrecido, qué victorias he ganado sobre mí misma? ¿Qué he adelantado en los caminos de Dios por donde debia andar con tanto valor? Sin embargo, yo

he recibido muchos auxílios y muchas gracias en este tiempo. ¿Y qué frutos han producido en mí? Muchos deseos, y pocas execuciones; muchos proyectos, y pocos efectos; muchos convites de parte de Dios, y poca correspondencia de mi parte. Si no voy con cuidado, toda mi vida pasará así, y me hallaré al fin de la carrera tan débil y tan tibia como ahora. Quizá era yo mas fiel, mas generosa antes de entrar en la Religion ó en el noviciado.

III. ¡Quánto me importa el acordarme de estos primeros sentimientos! Ya es tiempo, yo lo comprehendo, y es de una necesidad absoluta para mí, de entrar seriamente en mí misma, y de renovarme en la santidad de mis resoluciones y de mis primeras disposiciones. Sí, Dios mio, yo las renuevo en vuestra presencia: las renuevo en espíritu de reconocimiento por la gracia tan singular que me habeis hecho llamándome á la Religion: las renuevo en espíritu de penitencia por las faltas é infidelidades que he cometido: las renuevo en espíritu de fidelidad, ofreciendo ser

mas puntual, mas constante en lo por venir. Dignaos mirar con agrado mis propósitos, ayudadme en estas santas resoluciones, recibidme en el número de vuestras fieles siervas. No está cerrado á mis voces vuestro corazon, pues abris el mio al dolor y á la penitencia.

Y vos, Santísima Vírgen, Madre de misericordia, y mi única esperanza despues de Dios, dignaos interceder por mí: vos sois la Madre de mi Dios, sed mi divina Madre: alcanzadme la gracia de una entera conversion, de un santo adelantamiento en el bien, y de una dichosa perseverancia durante mi vida; y sobre todo concededme vuestra poderosa y dulce proteccion en la hora de mi muerte.

XII. RENOVACION DEL DIA EN QUE HIZO SU PROFESION SOLEMNE.

I. Ya hace tantos años que yo soy de Dios por una profesion solemne: tal dia como hoy tuve la felicidad de consagrarme á él. ¿Y qué es lo que he hecho, ó qué he debido hacer en virtud

de esta profesion? Yo me he consagrado á Dios sin reserva para ser suya todos los dias de mi vida en un estado santo. Consagracion de mi espíritu para no pensar sino en él, no ocuparme sino de él, desembarazándome del cuidado de todas las cosas terrenas: consagracion de mi corazon para no amar sino á mi Dios, no unirme sino á él, no tener mas afectos, inclinaciones y sentimientos sino por él: consagracion de mi cuerpo y de mis sentidos para hacer de ellos otras tantas víctimas sacrificadas continuamente á su gloria y á su amor: consagracion de mi alma y de toda yo para ser del número de sus fieles esposas únicamente dedicadas á su santo servicio, imitando sobre la tierra á los Angeles del cielo. Estas eran mis miras, estos mis sentimientos quando me entregué á Dios. Yo conocia entonces toda la extension de mis deberes, y prometí cumplirlos fielmente.

II. ¿Pero cómo los he cumplido? Aquí es, Dios mio, donde yo debo entrar en juicio conmigo misma, y juzgarme sobre mis obligaciones solemne-

mente contraidas. ¿Soy yo en efecto una víctima enteramente consagrada á Dios? ¿Soy yo una digna y fiel esposa de Jesuchristo? ¿Se ocupa mi pensamiento solo de él y de sus grandezas? ¿Se une mi corazon solo á él y á su bondad infinitamente amable? ¿Mi cuerpo y mis sentidos se sacrifican solo por él y por su gloria? ¿Estoy yo muerta al mundo y á mí misma? ¿Traigo la vida de los Angeles y de Jesuchristo mismo? ¿Es él solo el que vive en mí y anima con su espíritu todas mis acciones? ¿Qué soy yo delante de él, y con qué ojos me mira?

III. Dios mio, celestial esposo de mi alma, yo no puedo responderos sino es por mi dolor, por mis suspiros y mis lágrimas. ¿Podré yo mirar sin amargura cómo me he apartado de la santidad de mi estado y de la perfeccion á que debia aspirar? Yo hice una profesion solemne en la Religion, y todavia estoy como novicia en la virtud. ¡O dia dichoso en que yo contraxe aquellos empeños sagrados! ¡O si hubiera sido fiel en cumplirlos! Pero yo no me arrepiento

de haberlos hecho; mi dolor es por haberlos despreciado. Vos me llamasteis, porque quizá me hubiera perdido en el mundo. Vos me pusisteis en el puerto de la religion; ¿y será para hacer en este puerto un mas triste y mas funesto naufragio? No, amabilísimo Dios mio: vos me llamais, vos me dais tiempo: yo responderé, yo quiero comenzar desde ahora: una vida nueva será para mí como una nueva profesion. Las nuevas gracias que vos os dignais concederme me sostendrán en mis santas resoluciones; y á pesar de mis infidelidades pasadas, espero ser algun dia del número de vuestras fieles esposas. Desde este momento comienzo, para no acabar hasta la muerte. No olvidaré jamas que estoy unida á vos por mis votos; y que siendo Religiosa, soy dos veces escogida por vuestro dulce amor, y dos veces atada á vuestra santísima voluntad: no quiero desatarme de estos lazos sagrados: no quiero romper estos lazos preciosos: quiero ser por ellos vuestra prisionera y cautiva, hasta que por ellos mismos sea unida á vos para siempre.

XIII. DE LA OBSERVANCIA DE LA REGLA Y CONSTITUCIONES.

Habeis de estar firmemente persuadida de que para llegar á la perfeccion de vuestro estado, la exâcta observancia de vuestra Regla y Constituciones es el camino que os habeis obligado seguir.

Mas porque suele hacerse poco caso de ciertas transgresiones de la Regla y de las Constituciones, á título de que la Religiosa fuera de los votos solemnes no tiene otra cosa que la obligue en conciencia; y porque este escrito puede llegar á las manos de las que miran el punto con menos aprecio del que merece, me ha parecido extenderme algo mas de lo que pensé en el principio, y decir, aunque sea molesto, que sin la observancia de la Regla no podemos conservar la paz ni con Dios ni con nosotros mismos, ni con nuestros hermanos.

I. El alma religiosa que no observa su Regla no puede conservar la paz con Dios. ¿Qué cosa es la Regla que

se nos intima en la Religion? Es una voluntad especial de Dios por respeto á nosotros, y para nosotros. Luego quando os resolveis á guardar esta Regla os unis de voluntad con Dios, y desde entonces estais en paz con él. Pero por un efecto contrario quando desobedeceis á esta Regla os separais en cierta manera de Dios, y por consiguiente rompeis la paz entre él y vosotros; y si no se rompe absolutamente esta paz, porque la transgresion de la Regla no va hasta el pecado grave, por lo menos vosotras la turbais, y deteneis así el curso de las gracias y de las comunicaciones de Dios. Y si me decis que la transgresion de la Regla no es ni aun una ofensa venial de Dios, respondo que puede no ser pecado en sí misma, y puede serlo en sus circunstancias; y aunque no sea pecado ni mortal ni venial, basta que sea una imperfeccion para impediros el tener con Dios aquella union estrecha que debeis desear.

II. La Religiosa que no observa su Regla no puede tener paz consigo misma. La razon es porque entonces tiene

en sí misma dos espíritus enteramente opuestos, que se combaten sin cesar, el espíritu de la Regla y el espíritu de la libertad: el espíritu de la Regla le inspira la sujecion; el espíritu de la libertad la lleva á la independencia; y en esta contrariedad ¿cómo tendrá paz una alma religiosa? ¿qué dulzuras gustará? Las dulzuras del siglo le estan prohibidas, y ella se priva de las dulzuras de la Religion. La experiencia nos enseña que de las personas religiosas que estan descontentas en su estado, la mayor parte lo estan porque no cumplen fielmente sus deberes.

III. La Religiosa que no observa su Regla no puede conservar la paz con su próximo, esto es, con sus superiores y con sus hermanas. ¿Qué es en una comunidad religiosa el superior? Es el protector y el tutor de la Regla. ¿Y quien viola esta puede estar en paz con aquel? Él está obligado á proceder contra los transgresores, á amonestarlos, á apercibirlos y á castigarlos. Todas estas cosas exâsperan los espíritus, y de aquí vienen los disgustos y las divisiones. Una

santa regularidad conserva entre el Prelado y los súbditos una perfecta armonía, así como la hay entre la cabeza y los miembros del cuerpo quando cada uno de estos sirve á su destino. Ni se puede conservar por mucho tiempo la paz entre los inferiores y los particulares que componen una comunidad, quando no se observa bien la Regla: entonces no habrá órden en aquella casa; y faltando el órden, todo es turbacion. Esta verdad está confirmada por muchos exemplos.

La Regla y las Constituciones son lo mismo que los muros en la ciudad, que la hoja en el árbol, y que la piel en el fruto: si estas cosas no son necesarias respectivamente, júzguese de ello por los efectos. Fácilmente se toma una ciudad abierta, fácilmente se seca un árbol sin hoja, y presto se pierde un fruto sin piel. Religiosa que no hace caso de su Regla y Constituciones muy cerca está de abandonar lo principal de su estado.

XIV. DEL OFICIO DIVINO.

Es obligacion en las comunidades religiosas el rezo del oficio divino. Vos lo conoceis así, y deseais desempeñar dignamente esta obligacion; pero porque yo sé que muchas veces os han inquietado algunos cuidados en este punto, os daré sobre él unos avisos saludables.

I. Sed inviolablemente fiel en rezar vuestro oficio segun la Regla; sea para vos este empleo un deber, una consolacion y una gloria; por él dais á Dios el homenage de vuestro corazon y de vuestros labios, cantais sus alabanzas, adorais sus grandezas, haceis lo que hacen los Angeles en el cielo, os unis en espíritu con los ministros de Dios vivo, orais en el nombre de la Iglesia entera; pero aun digo mas, orais con Jesuchristo mismo, que ora en vos, con vos y por vos.

II. Rezad el oficio divino de manera que aquellas santas palabras salgan del corazon, como decia San Bernardo: Allí, quiero decir, á vuestro corazon, os llaman

la gracia, el uso, la regla, el deber: allí os prepara Dios unos favores especiales; sin un motivo legítimo y real no os dispenseis de este deber, ni os separeis de la sociedad de vuestras hermanas, cuyo santo fervor suplirá lo que puede faltar á vuestros sentimientos. Si hay costumbre de cantar el oficio, contribuid de vuestra parte, segun vuestra voz y vuestras fuerzas, y no dexeis á las otras toda la pena y toda la gloria.

III. En quanto al modo de rezar el oficio divino, la atencion es el punto principal que encierra todos los otros. Hay una atencion actual, y una atencion virtual: la actual es quando reflexîonais en la accion santa que os ocupa: la virtual es la que persevera en virtud de la intencion que tuvisteis en el principio, y que no ha sido retractada. La atencion virtual basta. Dios no pide que renoveis en todos los momentos esta atencion expresa, pues ella persevera á sus ojos como en vuestra intencion. Pero de tiempo en tiempo, y sobre todo quando sentis la distraccion, conviene que alenteis vuestro espíritu, que renoveis

vuestra intencion, y llameis á Dios, y sea esto sin turbacion y sin inquietud.

Durante el oficio se puede atender á tres cosas; á Dios á quien se habla, y en cuya presencia estais; á las palabras que se pronuncian, pues aunque no las entendais, Dios las entiende, y mira vuestro corazon; y á la grandeza y santidad de la accion que se hace: ella es santa, ella es agradable al Señor: vos cuidais de hacerla con todo vuestro espíritu; esto basta para que agradeis á Dios. Si no entendeis los salmos, si no los podeis decir con aquellos afectos de que estaba penetrado David quando los componia, podeis suplir esta falta contemplando que alabais los atributos y perfecciones de Dios, que le dais gracias por sus beneficios, que le pedis perdon de vuestras culpas, y que implorais su misericordia; porque el rezo es oracion, la oracion es la elevacion de la mente; y así el rezo no será verdadera oracion si no elevais vuesta mente á Dios.

En fixando estos puntos, no os agiteis, no os turbeis, no salgais del coro á sumergiros en nubes de penas y de

dudas, no digais: yo he estado distraida, ¿será preciso volver á rezar? yo no he atendido bien á un salmo, á una leccion, ¿debo volver á comenzar? yo no me acuerdo si dixe aquel salmo, ¿qué debo hacer? Obedecer y sujetaros á lo que vuestro Confesor os tiene dicho muchas veces. Dexad esas inquietudes, seguid vuestro camino delante de Dios, pidiéndole perdon de vuestras faltas, y prometiéndole ser en adelante mas fiel y mas atenta. Algunas almas se distraen mas por los esfuerzos que hacen en estar atentas, y sofocan los sentimientos queriendo animarlos.

PRÁCTICAS.

I. Antes de comenzar el oficio divino ofreced á Dios vuestra intencion, y dirigidla únicamente á su gloria. Quando asistis al coro procurad adelantaros antes de dar principio al oficio, y os podeis preparar para rezarlo. La señal de la campana os avisa y os llama como la estrella á los Magos: vos podeis decir con ellos: Esta señal es del gran Rey,

voy á buscarle, á adorarle, y á ofrecerle mi corazon.

II. Si advertis la distraccion, volved á Dios, y buscad dulcemente su santa presencia. No os desconsoleis porque se repiten las distracciones; desechadlos sin enfado, y haced cuenta que estas moscas importunas no piden fuerza ni estorban la obra.

III. Estando en el oficio divino ó en la Misa ni hableis ni respondais mas palabras que las que fueren muy precisas, y esto con toda paz y modestia.

IV. El que está hablando en el coro mal podrá decir: á Dios adoro, escribia San Bernardo. Si viereis que otras hablan, ó notareis algun efecto indebido, como la risa, la interrupcion, la frialdad, entonces baxad vuestra vista, entrad en vuestro corazon, y adorando á Dios suplireis el defecto de las otras.

V. Quando advertis que se equivoca alguna cosa en el oficio, como un salmo, una leccion ó una antífona, si no teneis por oficio el corregir aquella equivocacion, tengo por mas acertado que ca-

lleis, porque pocas veces se corrigen estos defectos sin turbarse todo el coro, y es mejor suplir el defecto al fin de las horas canónicas con paz, que introducir la turbacion en medio de ellas, y dexar los ánimos ó alterados ó distraidos para mucho rato.

VI. Quando el otro coro canta ó reza no es necesario que vos pronuncieis aquel verso; basta oirlo y estar unida con el espíritu al otro coro.

VII. Si por olvido ó descuido habeis dexado de decir algunas palabras, continuad con el coro sin pararos á considerar en aquello que habeis faltado; porque si haceis esto, en lugar de una falta, cometereis dos, precipitándoos por alcanzar á las otras.

Finalmente, acordaos siempre que estais haciendo el oficio de los Angeles y Bienaventurados; unid vuestro tributo con sus adoraciones; acercaos á ellos, y aprendereis respeto, fervor, humildad y alegría quando estais orando á Dios.

XV. DE LA ORACION.

La oracion debe hacer vuestra ocupacion, vuestra consolacion y vuestra satisfaccion.

I. Vuestra ocupacion: esta es la de los Angeles en el cielo; esta debe ser la vuestra sobre la tierra: ocupacion dulce, bien santa, bien digna de las personas consagradas á Dios. San Lucas dice, que es menester orar siempre. Hacer siempre la voluntad de Dios, es orar siempre; pero ademas de los tiempos destinados á la oracion y á las ocupaciones del estado, hay muchos momentos libres en el espacio del dia; estos momentos preciosos una alma descuidada los pierde, y una alma fiel los aprovecha: ella se retira al coro, á una capilla, al relicario, y allí derrama su corazon en una oracion breve, pero fervorosa y alentada: ella se juzga por dichosa en ir así de rato en rato á renovarse delante de Dios, á ponerse en su divina presencia: toda su vida es así santificada: la oracion llena los vacíos, hace la ocupacion, y consagra todos los instantes.

II. La oracion debe hacer vuestra consolacion. ¿Qué cosa de mas consuelo para un alma que ama á Dios, y que desea ser toda de Dios, que entretenerse familiarmente con él, derramar en su corazon su corazon adorable, entrar con él en sus comunicaciones íntimas, manifestarle sus miras, sus deseos, sus penas, hablarle de todo lo que conduce á su salud, ofrecerle sus sentimientos, pedirle perdon de sus infidelidades, solicitar la abundancia de sus gracias, estar sola con su Dios, solo hablar corazon á corazon con él? ¡Qué gozo y qué delicia para el alma! Si esa alma entra en la oracion triste, débil, desconsolada, saldrá de ella gozosa, alentada, llena de consuelo. Vos hallais una dulzura, una satisfaccion indecible en entreteneros con las personas que amais; allí pasais las horas enteras, y os parece que esas horas no duran sino instantes. Pues si sois fiel, ¿no hallareis las mismas dulzuras y mucho mas sólidas en entreteneros con Dios, que es el amado de vuestro corazon?

III. La oracion hará vuestra satisfac-

cion por las gracias abundantes que os atraerá, por los favores interiores que os comunicará, por los sentimientos de piedad que os inspirará, por las virtudes eminentes que os hará practicar. ¿Qué deseos no deben excitar en vos por la oracion todos estos motivos que acabo de proponer? ¿Os cansareis, os disgustareis de este exercicio de la santa oracion? ¿Os parecerá largo el tiempo, ireis tarde á orar, os saldreis luego, cercenareis todo quanto pudiereis de esta ocupacion? Pero estos no son los sentimientos de una fiel esposa. ¡Dios mio! bien puedo decir que hasta aquí no he orado. Mi oracion no ha sido sino una distracion, una disipacion, una tibieza, un disgusto, un enfado; ¿cómo me habreis escuchado vos, si apenas me he escuchado yo á mí misma? Yo oraré en adelante, pero con respeto, con atencion, con fervor; entonces podré orar con confianza, y el incienso de mi oracion se elevará hasta el trono de vuestra misericordia para atraerme vuestras bendiciones.

XVI. DE LA FREQUENCIA DE LOS SACRAMENTOS.

Entre todos los exercicios de la Religion ninguno hay cuyo uso sea mas importante y mas digno de vuestras reflexîones que el que mira á la freqüencia de los Sacramentos. Vos teneis la felicidad de acercaros freqüentemente, y esta es una de las mas grandes ventajas, y una de las mas dulces consolaciones de vuestro estado; pero lo esencial es acercaros dignamente y con las disposiciones santas que ellos piden de nosotros. Sobre esto habeis padecido algunas veces grandes penas, y habeis sido asaltada de fuertes temores, teniendo por abuso esta freqüencia en vista del poco fruto que sacais de lós Sacramentos. Sobre ello os diré en breve, que así como no conviene que fomenteis y lleveis adelante esos temores, tambien puede suceder que ellos sean alguna vez fundados; porque al fin, acercarse tan freqüentemente al tribunal sagrado de la penitencia y á la santa mesa, y sin embargo ser casi siem-

pre la misma, no ver algun fruto, alguna mutacion, alguna reforma en su conducta, poco silencio, poco recogimiento, poco de espíritu interior y de mortificacion; en verdad que si se reflexîona sobre esto seriamente delante de Dios, podemos temer que si no profanamos los Sacramentos quando nos acercamos á ellos, por lo menos ponemos estorbo á los frutos abundantes que podiamos y debiamos sacar.

¿Pero en las penas y remordimientos tomareis el partido de separaros de este uso freqüente? No lo quiera Dios; este seria uno de los mas grandes daños que os podian suceder. ¿Y qué puede ganar una alma en alejarse así de Dios, sino descuidar de sí, y engañándose cada dia mas, perder insensiblemente á Dios de vista, y ponerse en peligro de perderle eternamente? No por cierto, no es Dios el que hemos de dexar, no son los Sacramentos los que debemos quitar: lo que hemos de dexar es nuestras negligencias, nuestra tibieza, nuestras infidelidades, nuestros sentimientos demasiado naturales, nues-

tra facilidad en violar la Regla y las Constituciones, nuestro apego á las criaturas, á nuestras comodidades, á nosotros mismos.

No abusaremos de los Sacramentos si constantes y fieles en acercarnos quando la Regla lo ordena y el Confesor lo dispone, cuidamos habitualmente de ser exâctos en nuestra obligacion, fieles á nuestra Regla, edificantes en nuestras acciones, quando con un deseo sincero de unirnos á Dios, vamos á él con un verdadero espíritu de humildad, de confianza y de amor. Yo debo penetrar hasta mi corazon, y exâminar allí con qué sentimientos debo participar de los divinos misterios. Sobre esto he de hacer las reflexîones mas serias delante de Dios. Ciertamente que es temible qualquiera extremo, ó el de separarse por negligencia, ó el de acercarse sin disposicion; pero yo tomaré el sabio medio de no creerme á mí misma, de escuchar la instruccion del Confesor, y seguir sus órdenes.

XVII. DE LA CONFESION SACRAMENTAL.

I. Para disponeros á una confesion santa habeis de considerar la grandeza de la accion que vais á hacer, y de que se trata entre Dios y vos. Vais á poneros á los pies de la cruz como pecadora y penitente para llorar vuestros pecados y vuestras infidelidades á Dios. Vais á presentaros á vuestro soberano Juez, á darle cuenta de vuestras acciones, y á preparar con anticipacion vuestro último juicio. Vais á purificar vuestra alma de todas sus manchas, y á hacerla así mas agradable á los ojos de Dios. Vais á recibir los efectos de la sangre adorable de Jesuchristo, cuyos méritos os han de ser aplicados por la gracia del Sacramento. Vais, por decirlo en una palabra, á recibir un Sacramento, y disponeros para otro, á prepararos por una confesion sincera á una comunion santa. Y despues de haber buscado la prenda de vuestra reconciliacion en el uno, hallar la de vuestra predestinacion en el otro. Estas grandes verdades bien meditadas ¡qué

sentimientos no producirán en el alma!

II. La confesion es penosa en sí misma, y en lo que ella exîge de nosotros. Es un tribunal de justicia y de rigor. Penosa por la cuenta que es menester tomarse á sí mismo para conocerse; penosa por la humilde manifestacion que ha de hacer de sus faltas para darse á conocer; penosa por las disposiciones que la han de acompañar. Este exâmen serio, este dolor amargo, este propósito eficaz y sincero de no volver á la culpa. Pero esta confesion penosa de una parte, ¡quán consolante es de otra! Una alma llegó quizá apartada de Dios, privada de su gracia, objeto de cólera á sus ojos, cubierta de la lepra del pecado, esclava del demonio, digna de las penas eternas del infierno; y por la gracia del Sacramento esta alma recobra la amistad de su Dios, es adornada de todos los esplendores de la gracia, se hace un objeto de ternura y de complacencia para el corazon de Dios, y si muriera en este estado, ella se aseguraria de su posesion eterna.

Pero si el alma se acerca á la con-

fesion en el estado y en la posesion de la gracia, ¡qué bienes tan preciosos no halla allí! Una pureza mas grande de conciencia, un nuevo aumento de gracias, un nuevo derecho á la gloria, se une mas íntimamente á su Dios, adquiere nuevas fuerzas; en una palabra, se pone en unas santas disposiciones para hacerse esposa siempre mas digna de los afectos y del corazon del celestial Esposo.

III. Para entrar en estas intenciones y deseos de Dios, y recibir sus gracias en el Sacramento de la Penitencia, tened presentes estos avisos.

I. Asegurada por vuestro Director de vuestra confesion general de toda la vida, no pretendais repetirla sino quando él lo tuviere por conveniente; y os contentareis con hacerla cada año de los defectos que en aquel tiempo hubieren ocurrido, en el tiempo en que hiciereis los exercicios de retiro como el mas oportuno para esto.

II. Si el Confesor os persuade que tomeis un dia de retiro en cada mes, y quisiere que os exâmineis y hagais una confesion de todas las faltas cometidas

en esos dias, uno y otro os será muy saludable.

III. Arreglareis por dictámen del mismo Director el tiempo de vuestras confesiones, y sereis exâcta en seguir el órden que sobre esto os diere.

IV. Os prepararéis siempre para vuestras confesiones, y cuidareis mucho de no hacerlas jamas por hábito ó costumbre.

V. Os dispondreis desde la vigilia por alguna oracion particular, y por alguna práctica de mortificacion y de penitencia. Pero no os determinareis á esta por vuestra propia voluntad.

VI. Quando vuestra confesion sea de todos los dias habeis de doblar vuestros cuidados, no suceda que repitiendo una obra tan santa, la misma freqüencia os haga como insensible á los grandes efectos que de ella habeis de esperar; y para esto mirareis una confesion como disposicion para otra.

VII. Os presentareis siempre en el tribunal de la penitencia con un espíritu de compuncion, de respeto, de recogimiento interior y exterior; y en salien-

do de allí cuidareis de conservar estos preciosos sentimientos.

VIII. Quando el Sacerdote pronuncie las palabras sagradas no os ocupeis ya en pensar ni en buscar vuestros pecados, sino en detestarlos y en recibir la absolucion, como si la sangre de Jesuchristo se derramara sobre vuestra alma. Finalmente, hareis vuestras confesiones como quisierais haberlas hecho en la hora de la muerte.

XVIII. MEDIOS DE EXCITARSE AL DOLOR ANTES DE LA CONFESION.

I. Alma penitente, alma religiosa, yo quisiera conduciros al pie de la cruz de nuestro adorable Salvador, y que postrada allí en espíritu de fe hicierais estas reflexîones. Si una esposa amada viera á su tierno esposo entregado á los mas grandes dolores y á los tormentos de la muerte, la cabeza inclinada con el peso de sus males, los ojos anegados en sus lágrimas y en su sangre, el corazon penetrado, el cuerpo deshecho y cubierto de profundas heridas, ¿podria ella sufrir

esta vista, este espectáculo sangriento sin tener ella misma penetrado el corazon del dolor mas sensible? Pero si esta esposa fuera ella misma la causa de los tormentos y de la muerte de su esposo amado, si ella hubiera contribuido á reducirle, á ponerle en tan triste estado, ¿podria en este caso sufrir el exceso de su dolor?

II. Pues ved aquí, alma en otro tiempo pecadora, y ahora penitente, ved vuestra situacion, ved vuestra obra, si vos misma por vuestros pecados, por vuestras infidelidades habeis reducido á Jesuchristo vuestro celestial esposo á este estado deplorable. Vuestros pecados han causado sus tormentos, han derramado su sangre, le han puesto en la cruz, le han conducido á una muerte la mas ignominiosa. Pues ved aquí lo que habeis hecho, lo que teneis que reprehenderos, y que llorar en la amargura de vuestro corazon, si vuestro corazon es capaz de sentimientos.

III. Pero yo os pregunto ahora: ¿es menester tanto para excitaros á un verdadero y á un amargo dolor? ¡Ay Dios

mio, mi adorable Salvador! Debeis decirle: amabilísimo esposo de mi alma, yo soy la que por mis pecados os he reducido á estado tan lastimoso: yo soy la que tengo que acusarme de vuestra muerte. Mis descuidos, mis infidelidades, mis ingratitudes, mis tibiezas han abierto por lo menos vuestras heridas, y han aumentado vuestros dolores. ¿Con este triste pensamiento puedo yo dexar de gemir á vuestros pies, deshacerme en llanto, romper en suspiros, y morir de dolor con vos y por vos? Yo quisiera en este momento lavar mis pecados en mis lágrimas, anegarlos en mi sangre, y espirar á vuestra vista por la vehemencia de mi dolor. Haced, Dios mio, haced que caiga en mi corazon una gota de aquel océano de amargura de que el vuestro fue inundado.

En estas santas disposiciones, en estos dolorosos sentimientos podeis presentaros al sagrado tribunal, y yo os aseguro que vuestra alma estará dispuesta para recibir la gracia: os aseguro que vuestro celestial esposo os recibirá aun en su corazon, y que vuestro dolor con-

solará el suyo: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicies.*

XIX. DE LA EXCELENCIA DE LA COMUNION.

Hablando de la sagrada comunion nada puedo ofreceros mas digno, mas santo, mas grande que las palabras del mismo Jesuchristo sobre este Sacramento adorable. Este, dice el Señor, es el pan de vida que descendió del cielo. Mi carne es verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida. El que se sustenta de mi carne y bebe de mi sangre, queda en mí, y yo en él. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y han muerto: el que come este pan de vida, vivirá eternamente. Sobre estas grandes palabras y estas verdades de fe podeis hacer las siguientes reflexîones.

I. Considerad que el cuerpo adorable de Jesuchristo es en efecto el celestial alimento, y su sangre preciosa la bebida de inmortalidad, que debe sustentaros y manteneros en este lugar de

destierro. Que este Sacramento adorable es el pan que baxó del cielo, el pan mismo de los Angeles, el maná delicioso que debe saciarnos en el desierto de esta vida, el celestial banquete á que somos convidados con preferencia á los Angeles mismos. ¡O quan preciosa es nuestra alma á los ojos de Dios! ¡Quan deseable á su corazon la santificacion de nuestra alma!

II. Considerad que por la comunion Jesuchristo queda en nosotros, y nosotros en él, que viene á nosotros, que se une á nosotros, que obra en nosotros de manera que ya no somos nosotros los que vivimos, sino Jesuchristo mismo, que vive y respira en nosotros. ¿Hubiéramos nosotros mirado jamas este prodigio como posible si Dios no lo hubiera sacado de los tesoros de su sabiduría y de su bondad en los dias de sus grandes misericordias?

III. Considerad que una comunion hecha debidamente no solo es un orígen abundante de todas las gracias celestiales para esta vida, sino que nos da tambien la prenda, la raiz, y como el gus-

to anticipado de la inmortalidad dichosa á que aspiramos. Los Patriarcas antiguos no han comido sino un maná pasagero y terreno ; nosotros recibimos el maná celestial , y en él la prenda de la inmortalidad gloriosa.

IV. Considerad al mismo tiempo llena de temblor , que una mala comunion es juntamente el mas grande de los delitos, y la mayor de las desdichas en que una alma puede caer. Ella se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesuchristo : ella bebe y come su juicio , y ella profana lo que hay de mas grande y mas sagrado en la Religion. Alma mia , apartemos los ojos de tal horror, y no pensemos sino en hacernos dignos de la comunion santa , llevando las disposiciones que pide de nosotros.

XX. DE LA COMUNION FREQUENTE.

I. Una de las cosas que os ha de hacer amar y respetar vuestro santo estado es la felicidad que os proporciona de poder comulgar freqüentemente , y uniros así á vuestro celestial Esposo.

Él mismo es quien os llama, él os convida, os obliga, os testifica el mas grande deseo de unirse á vos, de haceros participante de sus dones, de ofreceros un lugar señalado en su corazon. Y para testificar esto, ¿qué mas puede hacer que darse él mismo á vos, y daros en él el orígen y principio de todas las gracias, de todos los bienes, de todas las bendiciones celestiales? ¿Y quál debe ser el deseo, la actividad, el ardor de una fiel esposa para unirse á este bien sumo? ¿No deberá suspirar por esta gracia en todos los momentos de su vida? ¿No deberá dirigir todos los sentimientos de su corazon hácia esta felicidad inefable?

II. Considerad qué cosa tan triste es y quán reprehensible en una alma religiosa el faltar por su culpa á las comuniones de Regla, apartándose de ellas voluntariamente y por su dictámen. Si buscamos el motivo que tiene para esto, hallaremos que es su negligencia, su tibieza, su debilidad y su disgusto. ¿Y qué hace con esto? Ella se priva de las mas estimables gracias, acre-

dita una indiferencia culpable por Jesuchristo su esposo, se expone á caer mas y mas en la tibieza y en el disgusto, renuncia un medio precioso de santificacion y de perfeccion, autoriza por su exemplo á otras almas tibias para que se aparten como ella, entristece á las almas fervorosas, y se priva de todas las gracias. Estos son los daños que no se pueden referir sino con lágrimas en los ojos. ¿Eran mas culpables á los de Dios las vírgenes necias? Dicen que temen dar cuenta á Dios de las comuniones que reciben, y no temen la cuenta que han de dar de las que dexan. Quizá la comunion que dexais es la misma en que Dios os habia preparado las mas especiales gracias. ¡O si conocieseis los dones de Dios y los designios de misericordia que tiene sobre nosotros!

III. ¿Qué es lo que debe á Dios una alma religiosa respecto á la sagrada comunion? ¿qué debe á su estado? ¿qué se debe á sí misma? Es establecer una ley de ser inviolablemente fiel en este punto, de no faltar jamas á las comuniones de Regla, de reparar en lo su-

cesivo lo que ha faltado, de sujetarse á lo que el Confesor le ordenare sobre la freqüencia de sus comuniones. Señor, yo he conocido por una triste experiencia, que el apartarme de la sagrada mesa no es medio para ser mejor: he conocido que no me aparto de tanto bien sino por mi frialdad y mi pereza: que quanto mas lo dilato, mas lo quiero dilatar; y que en dexándolo por algunas semanas, me cuesta mucha repugnancia y mucha pena el determinarme y vencerme á volver. Yo sé que para comulgar debo prepararme y traer una vida regular; pero estoy resuelta á ello: mi estado me empeña, vuestra gracia me asegura: yo cuidaré de no hacerme indigna, y vos mismo preparareis mi corazon para recibir los grandes y preciosísimos dones que os dignais ofrecerle.

XXI. DE LA PREPARACION Á LA COMUNION.

¿Deseais saber quál es el mejor medio, el medio mas seguro, el mas sólido,

el mas perfecto de disponeros á la gracia de la comunion para hacer siempre unas comuniones santas, saludables para vos, agradables á Dios, y dignas de la santidad del Sacramento? Yo os lo diré brevemente.

I. Tened una preparacion anticipada: cuidad de vivir en una grande regularidad: recogida en vos misma, fiel á la gracia de Dios, puntual en las obligaciones de vuestro estado: evitad toda falta voluntaria y deliberada ó con advertencia: tened un deseo sincero de vuestra santificacion; y si no estais todavia en estado tan perfecto, cuidad de dirigiros á él, de acercaros comenzando á entrar en este santo camino: disponeos poco á poco para adelantar y hacer insensiblemente nuevos progresos.

II. Tened una disposicion mas próxîma. Despues de haber purificado vuestra alma en la confesion llevad á la comunion estas tres santas disposiciones: una fe viva que os penetre de la verdad, de la santidad, de la magestad, de la grandeza de este Sacramento adorable. Y al mismo tiempo humildad, respeto,

veneracion, anonadamiento de vos misma á la vista de un Dios que vais á recibir : una grande pureza de corazon que corte, que arranque todo lo que podia ofender los ojos del celestial Esposo, y servir de estorbo á su gracia : un deseo ardiente de recibirle, deseo animado de un amor aun mas ardiente. ¿Y cómo no deseareis vos ardientemente recibir al Santo de los Santos, y en él la fuente de todas las gracias?

III. Tened una disposicion aun mas perfecta y mas digna de Dios. Pensad bien quál es la grande obra, el grande prodigio que el Sacramento va á obrar en vuestra alma, quiero decir, que vos vais á formar en vos misma una union sagrada con el mismo Jesuchristo. Sí, vos vais á formar con él la union mas santa, la mas íntima, la mas saludable. Ademas, que si os considerais y obrais como esposa de Jesuchristo, ya debeis saber algo de aquella union inefable que explicaba San Pablo quando decia: Vivo yo; pero no soy yo, es Jesuchristo el que vive en mí. Dixe que sabreis de esta union si habeis muerto al mun-

do como el Apóstol, y si es solo Jesuchristo el que vive, el que respira, y el que reyna en vos.

Pero, Dios mio, ¿comprehendo yo bien la grandeza de la Religion, las felicidades que ella me procura, la gloria á que me levanta, y los prodigios que obra en mí por la divina Eucaristía? Yo los creo, yo los adoro: ¿y no suspiro ardientemente por la gracia de este Sacramento? ¿y no soy toda ardor, toda fuego por mi Dios? ¿y no estoy continuamente postrada al pie del altar rodeando la sagrada mesa, suspirando por esta inefable dicha, preparándome sin cesar para recibir este pan de los Angeles? ¡O hambre! ¡O sed de la justicia! ¿En dónde estais vosotras? ¿en dónde está nuestra fe? Animadla, Dios mio, y ella animará todos estos sentimientos en mi corazon.

XXII. PROPIEDADES DE LA VERDADERA VIRTUD.

La verdadera virtud jamas está contenta de sí misma, ni descontenta de

los otros : ella no busca sino es contentar á Dios.

I. Jamas está contenta de sí misma. Si nos conocemos bien, ¿podremos estar contentos de nosotros? Tantas pasiones, imperfecciones y defectos; tanta debilidad, tibieza y negligencia; tanta infidelidad á la gracia, tan poco aprovechamiento en el bien, tan pocos deseos de la perfeccion, tan grande fondo de miseria: en vista de todo esto, que es verdadero, ¿no debemos humillarnos, afligirnos, anonadarnos, y temerlo todo por nosotros? Los mas grandes Santos han sido siempre los mas humildes y los mas descontentos de sí mismos: ellos se miraban como grandes pecadores, y despues de trabajar por Dios creian no haber hecho nada: consideraban no lo que habian hecho, sino lo que debian hacer; y despues de haberse exercitado en las mas heroycas virtudes, decian sinceramente: Somos siervos inútiles. Ved aquí la virtud sólida. ¿Son estos vuestros sentimientos delante de Dios?

II. La verdadera virtud jamas está

descontenta de los otros ; únicamente atenta sobre sí misma, no exâmina la conducta de aquellos de quienes no ha de responder. En quanto ella puede ó alaba la accion ó la excusa: quando no puede excusarla, excusa la intencion; si la censuran, no se queja; si la acusan, no responde ; si la maltratan, cree merecer los malos tratamientos: ella se lo atribuye todo á sí misma por no condenar á los otros: todo lo que hacen los demas le parece mejor que lo que hace ella: por poco que hagan en beneficio suyo, siempre le parece mucho: en todo teme faltar á su próximo, y jamas cree que la faltan á ella. Por estas reglas podeis conocer la virtud sólida.

III. La verdadera virtud no busca sino contentar á Dios. Ved aquí el grande objeto que fixa su atencion y sus deseos : sus ojos cerrados para todas las cosas, no se abren sino á Dios, ella no quiere sino á Dios, no busca sino á Dios, no quiere encontrar sino á Dios : todo lo demas es nada para ella. Con tal que su Dios esté contento, ella está satisfecha. Sus miras no se dirigen sino á agra-

darle, sus deseos á amarle, su corazon á poseerle: toda mira natural, toda consideracion humana, todo motivo baxo y terreno está desterrado de su corazon. ¿Es menester hacer los mas grandes sacrificios, llevar las cruces mas pesadas, privarse de todo, perderlo todo? Como agrade á su Dios, como posea á su Dios, ya lo tiene todo, ya lo posee todo; y si su Dios está contento, ella está contenta de todo. Mirad si estos sentimientos son conformes á los vuestros; á esta luz conocereis si estais cerca ó lejos de la verdadera virtud. Considerad si la virtud ha sido hasta aquí extrangera para vos; si habeis edificado sobre la arena movediza; si lo que se halla en vos es sólido y bien fundado, ó es una virtud falsa, defectuosa, hipócrita, aparente. Este es asunto de lágrimas; pero es menester que comenceis á trabajar, no para perfeccionar en vos la virtud, sino para darla entrada en vuestro corazon, esperando que la gracia la dará el incremento, y os concederá la perseverancia.

XXIII. DE LA FIDELIDAD Á LA GRACIA.

San Agustin decia, que todas las cosas le estimulaban á amar á Dios: yo digo que todo os empeña en una inviolable fidelidad á la gracia. La excelencia y el precio de la gracia, los méritos inmensos que podeis adquirir siéndole fiel, y el temor de la pérdida y de la substraccion de esta misma gracia.

I. La excelencia y el precio de la gracia. La gracia es un don de Dios, es una luz celestial, un atractivo divino, un medio de salud y de perfeccion. La gracia es la voz del celestial Esposo, que se hace oir en el corazon de la esposa fiel, es un dulce convite á seguirle y unirse á él. La gracia es el precio de la sangre de Jesuchristo mismo, y todas las gracias que se nos conceden, nos son merecidas como por otras tantas gotas de esta sangre adorable. ¿Qué fidelidad, pues, no debeis á la gracia, qué correspondencia á su voz, qué cooperacion á su dulce atractivo?

II. Los méritos inmensos que podeis adquirir por la fidelidad á la gracia. No hay dia, no hay instante en que Dios no favorezca á una alma religiosa con sus gracias, ni hay instante en que en virtud de la gracia no pueda merecer esa alma y ganar mucho. Si toda su vida es una seguida sin suspension de actos de fidelidad, toda su vida será un continuo aumento de méritos; y en el curso de muchos años consagrados á esta fidelidad, ¿qué extension, qué abundancia, qué colmo de méritos y de tesoros no habrá adquirido para la gloria? Este punto es grande y de mucho consuelo para una alma religiosa fiel á la voz de su Dios.

III. El temor de la substraccion y de la pérdida de estas gracias. Esta es la terrible amenaza que Dios ha hecho á las almas que abusan: este es el formidable castigo que exerce contra este abuso. Alma infiel, la dice, yo os colmé de mis gracias, y vos las habeis despreciado. Pues yo trasladaré á otra parte la antorcha: yo haré brillar mi luz sobre otras regiones, y sobre vos se derramarán las ti-

nieblas: yo haré caer el rocío del cielo sobre las tierras mejor dispuestas, y las tierras ingratas no recibirán mas la abundancia. ¡O si hubierais querido conocer el don de Dios, qué bendiciones no recibiriais con él! Volved, volved á la fidelidad que debeis al atractivo de mis gracias: cesad de ser infiel con ellas, y yo continuaré en ser liberal con vos.

Sí, Dios mio, yo oigo vuestra voz, vuelvo á la gracia, y me rindo á sus saludables impresiones: yo prometo serle en adelante fiel; y por lo mismo que la he resistido por tanto tiempo, estaré mas atenta para no recibirla en vano: yo la daré en mi corazon una entrada mas fácil, un imperio mas absoluto, y una correspondencia mas generosa y mas constante. ¿Y cómo rehusaré ni dilataré un momento el responder, si es el celestial Esposo el que llama á las puertas de mi corazon?

XXIV. DEL DESEO Y DEL CUIDADO DE LA PERFECCION.

I. Sed perfectos como vuestro Pa-

dre celestial es perfecto, nos dice Jesuchristo. No hay modelo tan grande ni tan elevado como este que se nos presenta. ¿Pero nosotros tan miserables podemos llegar á una perfeccion tan sublime? ¿Nosotros tan débiles podemos poner tan altas nuestras miras? ¡O alma religiosa que aspirais á la perfeccion, no es la obra de un dia, es la de toda la vida! El que camina paso á paso adelanta insensiblemente; y como no os detengais, como no volvais la vista, como no os canseis, Dios estará contento. Pero juzgaos á vos misma sin lisonjearos, y sin disimular vuestro estado.

II. ¿Qué progresos habeis hecho en los caminos de la perfeccion? ¿Qué esfuerzos habeis hecho por arribar á ella? Para esto habeis recibido las gracias; y estas gracias ¿qué frutos han producido en vos? Si no poneis cuidado en esto, toda vuestra vida se pasará en querer y no querer, en proyectar y en no executar, en comenzar y no acabar; así quando llegueis al fin de vuestra carrera hallareis que no habeis adelantado mucho mas que el primer dia que entras-

teis en la Religion; y esto despues de tantas gracias y de tantos propósitos. Sin embargo, la voz de Dios os llamaba á la perfeccion y á la santidad de vuestro estado, os obligaba á caminar y adelantar el paso. Despues de todo esto todavia hay tiempo; pero no lo perdais, porque urge, porque es precioso, porque puede faltar. Aspirad aun á la perfeccion, trabajad en esto con tanto ardor, quanto fue antes vuestro descuido. Haber comenzado seriamente, es haber ya adelantado en la presencia de Dios: él contará por dados todos los pasos que os habeis resuelto dar: su gracia está dispuesta; sed vos generosa, y podreis arribar al término.

III. El deseo que habeis de tener de la perfeccion debe ser un deseo sincero que nazca del corazon, un deseo ardiente que anime todos los sentimientos, un deseo eficaz que se muestre por las obras, un deseo generoso capaz de sacrificios, y un deseo constante que ni sepa ni pueda cansarse, por explicarme así. Algunas veces parece que queremos, pero queremos débilmente, queremos

ineficazmente; queremos un dia, y en otro dia parece que tememos. La gracia nos empeña en querer; nosotros querriamos el fin sin querer los medios, que es lo mismo que decir, quisiéramos, pero no queremos. Despues de todo esto, alma religiosa, ¿hay alguna cosa que os interese mas, esencialmente en este mundo y para el otro, que la grande obra de vuestra perfeccion?

Tened presentes estos medios, y usad de ellos. I. Habeis de ser exâcta sin dispensacion en las obligaciones y empeños de vuestro estado. II. Os habeis de vencer generosamente á vos misma. III. Habeis de evitar toda falta voluntaria. IV. No habeis de rehusar nada á Dios. V. Habeis de tener en todo una grande pureza de intencion. VI. Habeis de grabar bien antes en vuestro corazon aquellas grandes máximas de perfeccion, que son las que nos enseña Jesuchristo desde la cruz, y estan al fin del tratado de la Religiosa mortificada.

¡O Dios de mi corazon, qué largo camino tengo que hacer para arribar á este dichoso término! Apenas he dado

los primeros pasos. Pero yo debo alentarme, inflamar mi ardor y fortalecerme, pues tengo mejor sustento que el que se dió á Elías para caminar. Yo no quisiera morir como Religiosa imperfecta, y mi vida no ha sido sino descuidos é imperfecciones. Gracia de mi Dios, venid en mi auxîlio, y conducidme á grandes pasos al término á que me llamais.

XXV. DE LAS FUENTES DE LAS IMPERFECCIONES EN EL ALMA RELIGIOSA.

Yo me avergüenzo de vivir, decia San Bernardo, porque aprovecho poco en la virtud: temo el morir, porque no estoy aparejado; pero mas estimo morir y acogerme al amparo de la divina misericordia, que viviendo ofender á Dios. Yo me inclino á aquella doctrina que la Santísima Vírgen dió á su querida Santa Brígida, diciéndola, que la vida no se ha de desear por otra cosa que para enmendar las faltas. Para esto nos hemos de aplicar á conocer el principio de ellas: quando el árbol es com-

batido de los vientos, mueve sus hojas, pero el tronco está quieto; así nosotros al viento de un fervor de espíritu movemos las ramas, enmendamos las faltas, mas el tronco, la raiz de donde nacen queda en pie: para arrancarla tendreis presentes estos cinco principios ó fuentes que dan el ser á nuestras imperfecciones, como dice el P. Ansalone en su Religiosa ilustrada.

I. La primera fuente de las faltas es el no procurar la perfeccion. No digais á mí me basta una mediana virtud, me contentaré con no hacer pecados graves, ni cometer veniales voluntarios: en punto á imperfecciones no fixaré el pensamiento. Si hablais así, obrais contra vuestra vocacion, que pide el deseo de la perfeccion, y os empeña en ella. Si decis *esto me basta*, ya habeis caido de vuestro fin, dice San Agustin. Un comerciante no habla así, no dice me basta esta ganancia, sino que trabaja siempre en aumentar su comercio, y con él su utilidad; y nosotros somos comerciantes, como nos dice Jesuchristo, y tratamos de aumentos, de ventajas, no en un pu-

ñado de tierra, sino en la virtud que nos grangea premios eternos; y no nos conviene cesar en esta negociacion, sino trabajar mientras es tiempo de eso, caminar mientras tenemos luz.

II. La segunda fuente de las imperfecciones es el amor propio. Amor desordenado de nosotros mismos, que hace que no pensemos sino en nosotros, que hace que deseemos que todos se interesen por nosotros, que nos escuchen quando hablamos, que nos compadezcan quando sufrimos, que nos obedezcan quando mandamos, que nos alaben en lo que hacemos. Mientras haya en nosotros esta levadura del amor propio, no reynará el amor divino en nuestros corazones; con qualquiera ocasion, con el menor pretexto perderemos la paz interior, nos inquietaremos con nuestras hermanas, las afligiremos, las contristaremos, las haremos sufrir nuestro humor, nuestra viveza, nuestra impaciencia, nuestra aversion, nuestra delicadeza. Nuestras acciones manchadas con este barro no pueden ser agradables á Dios. La vanidad, la complacencia, la

satisfaccion natural que buscamos en ellas, que encontramos en ellas, y de que gustamos, arrebatarán todo el mérito. ¿Quántas obras de zelo, de caridad, de edificacion serán reprobadas por esta causa? Obras aparentes, pero estériles; frutos especiosos, pero corrompidos interiormente por este gusano; vida laboriosa, pero inútil. ¡O amor santo, amor divino, quan opuesto sois á este funesto amor de nosotros mismos! A todas las cosas soy muerto, decia San Bernardo: no siento, no cuido, no atiendo; solo las cosas que miran á Jesuchristo me encuentran vivo y solícito. Esto mismo habia querido decir el Apóstol S. Pablo en su Epístola á los Filipenses. Y esta es la idea de una Religiosa muerta al amor propio, y viva al amor de Christo. El medio único para llegar á este feliz estado está en que la Religiosa se venza en todo por Dios, sufra por Dios, y tenga paciencia por Dios.

III. La tercera fuente de las imperfecciones son los respetos humanos. Solia decir San Francisco de Borja, que la primera piedra que ha de poner en el

edificio espiritual el alma que quiere buscar la perfeccion, es el quebrantar el ídolo del *qué dirán*. ¿Qué dirán si yo me entrego al retiro, á la oracion, al desprecio de mí misma, á la mortificacion y demas exercicios espirituales? Digan lo que quisieren; bástame saber que agrado á Dios en esto, que sigo su gracia, y que con ella me aplico al cumplimiento de mis estrechas obligaciones. Aprenda la Religiosa á despreciar todo vano respeto por Dios, y mírese como peregrina y desterrada en el mundo. Entienda, dice el Venerable Kempis, que le conviene hacerse simple por Jesuchristo si quiere seguir la vida religiosa, y persuádase á que solos estan en el mundo Dios y ella, como aconseja Santa Teresa de Jesus.

IV. La quarta fuente de las imperfecciones es el hacer sin cuidado las cosas espirituales ordinarias. El espíritu y la perfeccion caminan al compas del fervor y de la diligencia: la oracion tenida como por fuerza, la Misa oida con muchas distracciones voluntarias, el oficio divino rezado con fastidio ó de ma-

la gana, la confesion y la comunion hechas sin preparacion, sin sentimientos, son reclamos de imperfecciones y tibieza, que embaraza la luz y la gracia de Dios. Dios, dice San Vicente Ferrer, se llama espejo sin mancha; el espejo nos retrata segun nos le presentamos. Lo que principalmente merece y lo que premia Dios no es tanto nuestras obras, como el modo de hacerlas. Procurad, pues, en ellas tal perfeccion y espíritu, como si de ellas dependiera realmente la honra de Dios, el bien del universo, vuestra salvacion: ó como si fueran las que últimamente ponen el sello á todas las acciones de vuestra vida.

V. La quinta fuente de las imperfecciones en la Religiosa es el derramarse sobrado en las cosas exteriores. La que pase una gran parte del dia en el locutorio ó en la conversacion, en la risa y buen humor con las otras Religiosas, no dexará de sentir que su virtud se debilita, y su espíritu desfallece. ¡Quánto cuidado debeis tener con el buen empleo del tiempo! ¿En qué le emplearian los Bienaventurados si les

concediesen un dia para merecer mas? ¿en qué le emplearian los que padecen en el purgatorio si se les diese algunas horas para satisfacer? ¿qué uso harian de él los condenados si tuvieran una sola hora para cambiar su infeliz suerte? Quando entreis en una conversacion tened presente que saldreis de ella mas imperfecta de lo que habiais entrado. San Felipe Neri equivocaba la soledad con la bienaventuranza; y San Bernardo decia, que el cielo y la celda son parientes en la voz y en la piedad.

XXVI. DEL DESPRECIO DE LAS COSAS PEQUEÑAS.

Una alma religiosa que desprecia el cuidado de las cosas pequeñas, y no hace caso de ellas, tiene una disposicion que no es digna de Dios, y que perjudica mucho á la santificacion de su alma.

I. Consideremos la conducta de una alma infiel en las cosas pequeñas. Se trata de hacer á Dios un ligero sacrificio, de guardar silencio, de obedecer á la

señal de la campana, de observar un punto de la Regla, de sujetarse á pedir una licencia, de conformarse á ciertas prácticas ó ciertos usos santamente establecidos; en una palabra, de hacer algun acto de virtud, ó de evitar alguna falta leve. ¿Qué hace entonces? Vencida de su frialdad, dominada de su pereza, trata estas observancias menudas de impertinencias; las mira con indiferencia ó con desprecio, pasa por encima de sus remordimientos, obra á su gusto, y dice: esto es poca cosa, esto no vale nada.

Decir esto es lo mismo que decir á Dios: esta falta no me condena, y como yo no pierda enteramente vuestra gracia, eso me basta: para ser exâcta y fiel en todo era menester violentarme demasiado. Si la boca no dice esto, lo dicen las obras. Pero este modo de pensar y de obrar, sobre todo en una Religiosa, es indigno de Dios, injurioso á su gloria, y muy sensible á su corazon. ¿Y cómo mirará á una alma floxa, perezosa, ingrata, que se dexa llevar de tales sentimientos?

II. Esta disposicion perjudica mucho á la santificacion de su alma; porque al fin esta falta voluntaria, por mas ligera que sea, ofende á Dios, hiere su corazon amoroso, contrista al Espíritu Santo, obscurece el esplendor de la gracia santificante, y la priva de otras muchas gracias.

Pequeñas cosas decimos nosotros; pero ellas conducen á las grandes. ¿Y qué cosa hay pequeña desde que mira á Dios? ¿y qué podemos nosotros hacer de grande á sus ojos? ¡Pequeñas cosas! Pero si despreciamos estas, ¿seremos mas fieles en las grandes? ¡Quántas almas se han perdido por las conseqüencias de este desprecio de las cosas pequeñas! ¿Qué ruina grande de un edificio, firme al parecer, no comenzó por una quiebra de que no se hizo caso? ¿Qué fuego devorador, que reduxo muchas casas á ceniza, no tuvo principio en una chispa pequeña y despreciada? ¡Pequeñas cosas! Dios no juzga de esta manera, ni nosotros pensaremos así en la hora de la muerte. ¡Pequeñas cosas! Quando por una falta ligera se pudiera con-

vertir todo el mundo, evitar las mas grandes desdichas, hacer los bienes mas grandes; aun digo mas: quando por un pecado venial se pudieran sacar á todos los condenados del infierno y conducirlos al cielo, valdria mas que todo pereciese, que todo fuera perdido, que no el salvarlo por un pecado el mas ligero: esto es de fe.

¡Y cómo nos cegamos en este punto, Dios mio! Si comprehendiésemos lo que son á vuestros ojos las faltas ligeras, ¿las cometeriamos tan freqüente, tan fácilmente y en tan grande número, y esto ordinariamente por qualquiera motivo, por debilidad, por nada, por seguir el humor, por servir de sal en las conversaciones, por agradarnos á nosotros mismos? ¡O infidelidad! ¡O ingratitud, qué porte tan indigno de una alma christiana, pero quán detestable en una alma religiosa! Morir antes, Dios mio, morir mil veces, antes que ofenderos voluntariamente. Vos me inspirais esta santa resolucion al pie de la cruz; mantenedme en la execucion y en la práctica.

XXVII. DE LA TIBIEZA.

I. La tibieza en sus principios es un estado imperfecto, en sus progresos es un estado peligroso, y en sus conseqüencias puede ser un estado funesto. Esto es lo que se puede decir á toda alma tibia en general.

Dios queria formarse en las Religiosas estas almas interiores, generosas, fervorosas, únicamente ocupadas de su gloria y de su amor, capaces de recompensarle por su fervor, y desagraviarle de la imperfeccion con que es servido en el mundo. Esto es lo que queria el Señor, y sin embargo no encuentra en ellas sino almas floxas, afeminadas, imperfectas, que arrastran su yugo, y deshonran en cierta manera su santo servicio.

¿Y qué seria si una alma religiosa oyera que Dios pronunciaba sobre ella este terrible oráculo? Alma tibia, hubiera sido menos peligroso para tí haber caido en un estado de frialdad; pero porque eres tibia, y no quieres cono-

cer el peligro de tu estado, yo comenzaré á apartar de tí mi corazon, al qual causas una especie de vómito. ¡Terribles palabras! ¿Pueden escucharse sin temblar?

II. ¿Por qué señales se puede conocer que una alma se halla en estado de tibieza? Las principales y las mas temibles son estas: tener poco deseo de su adelantamiento espiritual, poco dolor de sus infidelidades, y poco temor de las faltas veniales; entregarse á las conversaciones festivas, á las que miran al porte de sus hermanas, de la Prelada, á las diversiones, á la risa inmoderada, apartarse cada dia mas de los Sacramentos, sentir repugnancia en vencerse, y no sofocarla, grande disgusto en las cosas de Dios, y no combatirlo, grande pereza en sus exercicios espirirituales, y no vencerla. De aquí resulta un sinnúmero de faltas, de infidelidades, vanidades, curiosidades, ligerezas, resentimientos, motivos humanos en su obrar, vida derramada al exterior. ¡Y quán miserable es este estado á los ojos de Dios! ¡Quán funesto puede ser al

alma que se entrega á él! ¿Qué falta aquí para conducirla á un precipicio?

III. Sin embargo, el mal no es irremediable. Ved aquí algunos medios para salir de este estado de tibieza. I. Retirarte por unos dias segun lo permita el oficio; y si es necesario hacer una revista de su conciencia desde el tiempo en que comenzó la tibieza, buscando para esto el consejo del Director. II. Volver á tomar con resolucion todos sus exercicios de piedad. III. Imponerse algunas prácticas de penitencia y mortificacion, siempre con consejo y prudencia. IV. Asistir exâcta y constantemente á todos los exercicios de comunidad. V. Disponerte sobre todo al santo y freqüente uso de los Sacramentos. Todos estos medios precedidos y acompañados de la oracion, llamarán las gracias de Dios, sacarán al alma de su triste estado, y el Señor de las misericordias, herido de sus sentimientos, le abrirá, le dará su corazon, para que ella le sea mas fiel en adelante.

XXVIII. DE LAS SEQUEDADES Y DISGUSTOS EN EL SERVICIO DE DIOS.

Las sequedades son algunas veces pruebas; otras veces son castigos, y á veces son gracias.

I. Las sequedades son freqüentemente pruebas de Dios en las almas: por este medio las quiere humillar, purificar, radicarlas en el bien, hacerlas conocer su flaqueza y su nada. Así ha probado muchas veces á los Santos, como leemos en la Sagrada Escritura, y estas pruebas les han sido mas saludables que los favores.

II. Las sequedades son muchas veces castigo; pero castigo misericordioso de nuestras faltas, de nuestras disipaciones, de nuestra tibieza, de nuestra inaccion, en una palabra, de nuestras infidelidades y nuestras resistencias á la gracia. Muchas veces nos quejamos de la indevocion, de la dureza, de la sequedad del corazon. Decimos que no sentimos gusto por las cosas de Dios,

que en las oraciones y en los exercicios de piedad no hallamos atractivo, ni uncion, ni sentimiento, ni consolacion; semejantes á aquellos montes de Gelboe, sobre los quales no cae ni una sola gota de rocío; ¿pero podemos quejarnos, debemos espantarnos de que una alma tibia, tarda, infiel, que casi no sabe lo que es silencio, lo que es recogimiento, se halle quando se presenta en el coro ó en la oracion en estas sequedades, en estos disgustos, en estos abandonos interiores?

Andamos disipados, distraidos, derramados al exterior, y decimos: yo no tengo devocion. No nos queremos hacer violencia en nada; buscamos en todo nuestra propia satisfaccion, y decimos: yo no tengo devocion. Somos infieles á la gracia, la resistimos en mil ocasiones; en una palabra, nada hacemos por Dios de una manera digna de Dios, y decimos: yo no tengo devocion. Seria mas que prodigio tenerla. Una alma se aleja de Dios, y Dios se aleja de ella; ella ha cesado de ser fiel, y Dios ha cesado de ser liberal. Este

es el principio de las sequedades que padecen algunas almas. Quitad la causa funesta, y no sentireis los tristes efectos.

III. Las sequedades son alguna vez gracias para ciertas almas. Dios se sirve de este medio para su adelantamiento y perfeccion, para darles ocasion de hacer sacrificios mas heroycos, para desprenderlas de los gustos sensibles, para unirse á ellas mas íntimamente en la fe pura, para disponerlas á gracias superiores, y hacerlas entrar antes en las miras y en los designios de su providencia sobre ellas.

Vos quizá quisiérais preguntarme: ¿cómo conoceré yo de qué principio vienen estas sequedades y disgustos? Y yo os respondo, que lo podreis conocer por estas reglas: quando vos no os sentis culpable de faltas voluntarias y de infidelidades conocidas, esas sequedades son pruebas: quando os reconoceis caida en un estado de tibieza, de cobardia y de infidelidad, esas sequedades son castigos saludables: quando vos recibis esas sequedades con paciencia, con valor, con

generosidad, con confianza, entonces las podeis mirar como gracias, y gracias bien preciosas.

Pero de qualquiera principio que procedan las sequedades, vos debeis buscar al Señor, postraros al pie de la cruz de vuestro Salvador y de vuestro celestial Esposo, y allí en espíritu de humildad y en la amargura de corazon podeis decirle: Dios mio, mi adorable Salvador, vos veis mi estado; yo lo tengo bien merecido; tened compasion de mí: yo me sujeto á todo; pero mantenedme vos en todo. A estas palabras añadid vos todas las demas que os inspirarán entonces la gracia, vuestro corazon y vuestro dolor; y creed que Jesuchristo, Dios de misericordias, y Padre de toda consolacion, escuchará vuestras súplicas, templará vuestra pena, y se dexará inclinar de vuestra constancia.

XXIX. DE LOS ESCRÚPULOS.

I. Los escrúpulos son una especie de enfermedad del alma, de qualquiera principio que nazcan ó procedan, sea

del temperamento naturalmente tímido, melancólico y susceptible de impresiones funestas; sea de Dios, que permite que una alma sea probada por estas penas de espíritu; sea del demonio, que procura turbar, desalentar las almas, y arrojarlas á la desesperacion: digo que de qualquiera principio que nazcan ocasionan muchos males en una alma.

II. Los efectos que pueden producir los escrúpulos son los mas funestos: ellos inquietan y turban el espíritu, agitan y atormentan el corazon, abaten y desalientan al alma, hacen la virtud penosa, se oponen á las impresiones de la gracia, alteran la paz de la conciencia, freqüentemente conducen á mil ilusiones, á mil errores; algunas veces llevan á la desconfianza, y á una especie de desesperacion. ¡Y quántas almas han perecido infelizmente en este fatal escollo!

III. Es menester distinguir el escrúpulo de la duda. La duda puede tener un fundamento legítimo; el escrúpulo no tiene ningun fundamento razonable. Se podrá conocer que una padece de escrúpulos por estas señales. I. Si ha-

biendo declarado y decidido ya el caso el Confesor, ella vuelve siempre con lo mismo. II. Si ella exâgera sus pecados en la confesion. III. Si acusa como pecado lo que evidentemente no lo es. IV. Si se dexa llevar de pensamientos extraordinarios y como extravagantes, en que se ve que la imaginacion tiene mas parte que la razon. V. Si se conoce que en el fondo tiene un grande temor de Dios, y que quisiera mas morir que ofenderle mortalmente. VI. Si en ciertos momentos en que ella está mas sosegada y serena no encuentra pecados en las cosas en que los encontraba antes quando estaba turbada. Por estos indicios y otros semejantes se conocerá fácilmente el estado del escrúpulo. Estos conocimientos son necesarios al Director; pero no serán inútiles á las almas religiosas, y por eso los pongo aquí.

IV. Yo compadezco mucho á una alma escrupulosa, y tomo parte en sus penas: yo le daria un remedio seguro para curar su mal, y este remedio es la docilidad y la sumision; pero ordinariamente este es el remedio que ella no

admite. Sin embargo, yo la aseguro que así como tomando este medio será curada infaliblemente, así no sujetándose á él, quizá no curará jamas. Pero yo quisiera preguntar á esa alma, y hablarla en estos términos: Si vos teneis confianza en el Confesor, en quien debeis mirar la persona de Jesuchristo, ¿qué es lo que temeis sujetándoos á él? Él responderá delante de Dios de esto que os dice; él está encargado, vos no teneis mas que obedecer y ser dócil, y desde entonces estais segura.

Pero yo no sé explicarme bien, decis. Respondo, que si deseais explicaros, el Señor os dará las palabras; y que como vos os presenteis allí de buena fe y con deseo de justificaros, Dios no os defraudará en estos deseos que le son tan agradables. Y digo mas: que quando os faltasen las palabras adequadas para explicar al Confesor lo que deseais y lo que sentis, no está en vuestra mano el ponerlas, y por consiguiente no sois culpable, ni dexais de hacer buena confesion. Pero el Confesor no me entiende. Otro lazo en que solo se enredan

los simples. Vos deseais justificaros, el Confesor lo desea tambien, y Dios lo quiere mas que el Confesor y que vos. Seria una cosa bien extraña, bien inconseqüente, y que haria poco honor á Dios, el creer que no teniendo otra voluntad que vuestra santificacion, como dice San Pablo, y que procurándola vos en quanto es de vuestra parte, no tuviera efecto; porque este Dios, que desea que os santifiqueis por medio de la confesion, ni os da á vos palabras para que os expliqueis de la manera debida, ni da al Confesor luces para que os entienda. Mirad si podeis desatar este argumento.

Pero todavia insistis diciendo: El Confesor no me conoce. Yo digo que sí: él está destinado á conducir las almas, y para esto tiene las luces y las gracias de Dios. ¿Os parece si en aquel tribunal se trata de poner en salvo un abanico, una caxa, ó alguna de estas cosas que usamos y que miramos con algun aprecio? Se trata de salvar el alma, alhaja tan amada del Señor, y que ha comprado á tan gran precio: y si

los hombres no quieren malograr lo que les costó su dinero, ¿querrá Jesuchristo perder lo que le ha costado su sangre preciosísima? Y si no lo quiere perder, ¿no es consiguiente que aliente al alma que busca su salud, y que ilustre al Confesor que la ha de gobernar?

Hablad menos, y obedeced mas, que eso os ha de estar mejor. Estad á lo que os diga el Señor por su boca, y bien presto el mismo Dios, atendiendo á vuestra sumision y á vuestra humildad, os librará de vuestras penas, ó las dulcificará por su gracia. Abandonaos á la providencia divina; tened confianza en la misericordia de Dios; no escucheis mas esas imaginaciones, esas sugestiones en que os perdeis; escuchad los saludables avisos que se os dan, y ellos os volverán la calma y el sosiego; y entonces, habiendo vuelto sobre vos misma, servireis al Señor, no en el terror, como á un juez severo, sino por amor, como al mas tierno de todos los padres. Dadme esta docilidad y esta paz, Dios mio; porque yo quiero serviros como un hijo amado, y no como un esclavo tímido.

XXX. DE LAS TENTACIONES.

Es menester separarse sabiamente de la tentacion: es menester pelear generosamente en la tentacion: es menester ser humilde y mas vigilante despues de la tentacion.

I. Es menester separarse sabiamente de la tentacion. Alma religiosa, vuestro estado es santo, y vos debeis ser santa. Vuestro estado os da para esto todo género de socorros, y os aparta de muchos peligros; pero no los aparta todos: y si por vuestro descuido, por vuestra disipacion, ó por vuestra presuncion os exponeis vos misma á alguna tentacion ó algun peligro, entonces bien podeis temerlo todo. Y yo os pregunto ahora: ¿Os ha sucedido esto alguna vez? No lo permita Dios.

Si por vuestro estado os hallais apartada del mundo, no le llameis, no le convideis para que venga á vos: si teneis en vuestro estado leturas piadosas y edificantes, no busqueis, no admitais leturas de diversion, papeles inútiles: si

teneis distribuidas vuestras horas, y señalados ciertos dias de retiro, no vivais fuera de vos misma, sino en vuestro corazon: si conoceis que las amistades particulares en las comunidades religiosas apartan el corazon de Dios, ó por lo menos le enfrian, no procureis, no cultiveis estas amistades: en una palabra, si sabeis que la tentacion es de temer, huid de ella; porque quien ama y busca el peligro, allí perece.

II. Es menester pelear generosamente en la tentacion. Si á pesar de vuestra vigilancia y cuidado experimentais la tentacion, tened confianza. Vuestro estado no os pone enteramente fuera de todas las tentaciones; pero os da socorros y auxîlios para vencerlas: á vos toca el pelear; hacedlo prontamente, y no deis á la tentacion lugar para que eche raices en vuestro corazon; porque entonces ella será mas fuerte en su imperio, y vos mas débil por vuestro descuido. Pelead generosamente: el caso es de suma importancia: se trata en él de vuestra alma, de vuestra eternidad; tomad nuevos alientos á medida

que el enemigo hace nuevos esfuerzos. Pelead constantemente: no caigais de ánimo: si el enemigo no se cansa de combatir para perderos, no os canseis vos de resistir para vencerle. Dios concede la corona á la perseverancia. Tened valor y confianza: vuestra alma es de Jesuchristo, él os asistirá por su gracia; está cerca de vos, pelea con vos, y triunfará en vos, coronando sus dones en vuestros esfuerzos y vuestra constancia. Sin embargo, hay tentaciones que es menester despreciar y dexar sin contestacion, sin detenerse en ellas; las personas que porfian en hablar, callan al fin, y se van quando no se les responde.

III. Es menester ser humilde y mas vigilante despues de la tentacion. Si se ha acabado la batalla, no se ha acabado el peligro: sed humilde, no os atribuyais el honor de la victoria: dad toda la gloria á Dios solo: sed reconocido: dad las gracias de su asistencia, sin la qual hubierais caido miserablemente: sed vigilante, porque pueden venir nuevas tentaciones, y ofrecerse nuevas pruebas; y por tanto no debeis dormir, si-

no manteneros mas cuidadosa, mas atenta sobre vos misma, mas fiel á las gracias, mas continua en la oracion. La desgracia que no ha sucedido esta vez, puede suceder en otra, y arrebatar en un momento el fruto de todas vuestras victorias pasadas. Si vos permitis, Dios mio, que yo sea expuesta á la tentacion, no permitais que sea vencida jamas: vos conoceis el exceso de mi flaqueza, sostenedme por la fuerza de vuestra gracia: yo procuraré corresponder á ella.

XXXI. DE LOS OFICIOS.

I. En todas las comunidades religiosas, ademas de los exercicios comunes á todas, tiene cada una el cargo personal de un empleo que se le ha confiado. Estos empleos son diferentes, no siempre, segun la diferencia del mérito y de los talentos, sino segun las necesidades y las circunstancias. Hay empleos mas distinguidos y mas elevados, otros subalternos y subordinados; unos mas penosos y laboriosos, otros mas fáciles y mas dulces. Bien reflexîonado esto viene á

ser todo una misma cosa: un poco mas distincion aparente en los unos, y mas tranquilidad real en los otros. Si se ponen en balanza, todo viene á ser igual, y la diferencia está en el modo de cumplir cada una con su empleo. Por todos los títulos y motivos debeis poner una cuidadosa aplicacion en vuestro empleo, y principalmente por motivo de obediencia; porque estando encargada de él por la voz de los superiores, vos debeis recibirlo como de la mano de Dios.

Quando los superiores os quieren dar, ú os dan efectivamente un oficio, no se os prohibe el representar humildemente vuestra ignorancia, ó la desigualdad de vuestras fuerzas: no fueron culpables Moysés, Jeremías, Amós ni otros que representaron al Señor la improporcion en que se juzgaban para las respectivas empresas á que los destinaba; pero así como obedecieron á Dios, que sin embargo de sus excusas les mandó ir adonde les tenia dicho, vos debeis obedecerle, quando no admitiendo lo que habeis representado para excusaros, manda por la voz del superior

que os encargueis de ese oficio. Fué un acto de desobediencia en Jonás el dirigirse hácia Tarsis quando Dios le mandó expresamente que fuera á Nínive, y así castigó su transgresion con aquella tempestad que puso á todos en peligro. Tambien será en vos una desobediencia formal el insistir en vuestra renuncia, chocar con la voluntad de Dios, y escandalizar á vuestras hermanas y á los superiores echando por otro camino, que es el de vuestra propia voluntad, que es camino de perdicion, como dice San Bernardo. En algunas comunidades religiosas advierto este abuso; y me espanta la serenidad con que viven unas almas, que en la profesion renunciaron su propia voluntad, y que jamas se conforman con la voluntad del superior, sino quando les acomoda. Resisten, riñen, alborotan, claman, hacen recursos violentos, y no cesan hasta que el superior, cansado de la porfia, y poco edificado de la tenacidad, los absuelve del oficio. Yo no sé como se compone esto con el voto de obediencia que condena el no puedo y el no quiero, y

sujeta nuestra voluntad á la de los superiores.

II. Aun quando el oficio que nos han dado sea de poca importancia, ha de ser seria y formal nuestra aplicacion á desempeñarlo : la razon es porque esa es la voluntad de Dios ; y las cosas mas pequeñas se hacen tan elevadas como el cielo, si sabemos mirarlas baxo este punto de vista. No hay en una casa religiosa empleo, por menos apreciable ó considerable que parezca, que si se desatiende, no turbe los miembros de la comunidad. Si una enfermera, una sacristana, una portera son descuidadas en sus oficios, ó en hacer la señal que llama al coro, ó en responder quando llaman, ó en tener dispuestas las cosas, todas se quejan, y si no murmuran, por lo menos sufren. Esto es una confusion y un desconcierto general por lo que mira á este objeto. Lo que hay mas admirable en este punto es que cada una quiere que las otras sean exâctas en sus empleos, y si faltan á ellos, las censuran y se quejan. Dios mio, ¿hablaremos nosotros siempre á los otros, y jamas

nos diremos nada á nosotros mismos? ¿Juzgaremos á los demas con tanto rigor, y usaremos hácia nosotros de tanta indulgencia?

III. Pero Dios pide alguna cosa mas que una aplicacion seria á nuestros empleos. Pide una aplicacion sobrenatural en los motivos que nos proponemos; porque cumplir exâctamente con un oficio, y cumplir por miras enteramente humanas, naturales, por hábito, por gusto, por vanidad, por amor propio, por respeto humano y otros semejantes motivos, esto seria alejarnos del espíritu de Dios, hacernos indignos de las gracias de Dios, perder el mérito de todas nuestras acciones delante de Dios. Esto no seria obrar como christianos, y menos como religiosos, sino como unos honestos paganos.

¡O quántas ilusiones, quántas inutilidades, quántas negligencias hay en esto! ¿Pero es esto hacer la obra de Dios? Yo me aplicaré en adelante, y por una aplicacion seria, constante y sobrenatural en su motivo repararé mis faltas pasadas. No me rehuseis, Señor, las nue-

vas gracias que espero para aprovecharme fielmente, y trabajar con el destino en que vos me habeis puesto. Yo lo haré todo en vos y por vos: yo sé que esta es vuestra voluntad, y que nada puedo hacer mas agradable á vuestros ojos: esto es lo que hace todo mi consuelo en este oficio.

XXXII. DEL PORTE CON SUS HERMANAS.

Será ocioso que os diga que habeis de amar á vuestras hermanas como á vos misma: que las habeis de compadecer en sus trabajos, y ayudarlas como quisierais que se hiciera con vos en igual caso: que os habeis de alegrar de todo bien, y contribuir á él en quanto pudiereis. Este es el precepto de la caridad, y de este mismo quiero yo deducir las reglas que os habeis de proponer para su trato y conversacion. Estas reglas son tres: la primera, sufrir con mansedumbre la variedad de sus genios: la segunda, no juzgar sus acciones: la tercera, no decir á las unas lo que habeis oido á las otras.

I. Habeis de sufrir con mansedumbre la variedad de sus genios. Este sufrimiento es penoso, pero es necesario, y será meritorio. *Es penoso*: yo no entro ahora á deciros que en las comunidades religiosas pueda haber criaturas de unos caracteres hechos para exercicio de las otras, espíritus inquietos, cavilosos, prontos como la pólvora, que á la menor palabra se convierten en fuego, que se ofenden de todo, que todo lo quieren dominar, afanadas, bulliciosas, que siempre andan á carreras, que no cesan de hablar, que á cada instante arman una pendencia. No digo que haya de estas criaturas en una casa de religion; pero si las hubiera, ¿qué debeis hacer con ellas? Es verdad que cuesta el sufrirlas, la naturaleza padece, el amor propio gime; pero la caridad lo compone todo: es penoso el sufrirlas, *pero es necesario.*

¿Y qué habeis de hacer? ¿Será del caso resistirlas, hacerles contradiccion, disputar, armarse unas contra otras, formar un pleyto ruidoso y eterno, turbar toda la comunidad, perder la paz

del corazon, y dar por el pie á todo el edificio de la caridad, cuyo fundamento es la paciencia y sufrimiento, como dice San Pablo? Lo que habeis de hacer es sufrir, ceder, disimular, consolar á esta que ha sido la primera víctima del humor de aquella, y procurar calmar y suavizar á unas y á otras por vuestra moderacion, vuestra paciencia y vuestra dulzura: una palabra trae y llama á otra, y una despreciable centella que podia apagarse en silencio, hace de ordinario un incendio que se extiende en breve por toda la casa.

Conocidos los genios y los humores, nada os debe coger de sorpresa, y estando prevenida, ¿qué fuerza puede tener para alteraros lo que la otra dice? ¿qué os importa que digan que es medio dia, quando es media noche? Dexad á cada una en su modo de pensar, mientras el asunto no merezca que saqueis la cara en su defensa. Si hicierais reflexîon, hallariais que las mas veces se arma una quimera porque cada una quiere llevar adelante su dictámen sin ceder á la otra, y esto sobre cosas bien im-

pertinentes. Pero si os dixere alguna palabra pesada, no perdais tan buena ocasion de humillaros, y hacer al Señor ese pequeño sacrificio; y pues vuestra hermana no sabe dominar su lengua, procurad vos dominar vuestro oido, y templar allí la voz que os desagrada, para que llegando á vuestro corazon, no le turbe.

Dixe que este sufrimiento es meritorio: ya podeis tomar esta violencia sabiendo que teneis á los ojos de Dios un mérito no pequeño. ¿Qué sacrificios no os hará ofrecer? ¿quantas virtudes no os hará practicar? ¿quántas gracias no traerá sobre vuestra alma? ¿á qué grado de gloria no os levantará? Rogad á vuestro adorable Salvador que conserve entre sus esposas esta dulce paz, esta caridad santa, celestial y toda divina; que destierre de sus comunidades toda amargura, toda disension, toda disputa, para que unidas por los vínculos sagrados de la caridad, y reunidas en su corazon, se amen santamente en él.

Sufrid á vuestras hermanas así como vos quereis que os sufran; si ellas tie-

nen sus defectos, vos teneis los vuestros; sufridlas así como Dios os sufre con paciencia, con bondad y con ternura; y por este sufrimiento alcanzareis la recompensa prometida á los dulces, á los pacíficos, á los humildes de corazon. Llevemos unos la carga de otros, y así cumpliremos la ley de Jesuchristo. Este Señor ha de usar para nosotros la misma medida de que nosotros usamos para nuestro próximo.

II. La segunda regla es que no habeis de juzgar las acciones de vuestras hermanas. En materia de juicios se me ofrece deciros en dos palabras lo que es bien claro á los ojos de la reflexîon; y es que no pudiendo juzgarnos á nosotros mismos porque estamos muy cerca, ni debiendo juzgar á nuestro próximo porque está muy lejos, se sigue necesariamente que si queremos acertar, hemos de dexar á Dios el juicio de todo.

Nosotros estamos muy cerca, somos apasionados para juzgarnos á nosotros mismos; el amor propio es el que juzga, y es dificil que la verdad presida

sus juicios; por eso nos lisonjeamos, nos excusamos, nos justificamos; disimulamos nuestros vicios, exâgeramos nuestras virtudes; los demas ven muchos defectos en nosotros, y nosotros no los vemos. Por el contrario, en nuestro próximo disminuimos las virtudes, abultamos los defectos, nos preciamos de conocer sus pensamientos, de penetrar sus motivos, de descubrir sus intenciones, y de no perdonarle nada. Estos juicios han de ser algun dia reformados por Dios; pues dexemos desde ahora á su Magestad el juicio de todo. Excusemos á nuestro próximo en aquellas acciones que quisiéramos juzgar, ó porque no las conoce, ó porque las hace con buena intencion; y si no pudiéremos excusarle, digamos: Dios nos juzgará á todos, y cada uno recibirá el premio segun sus obras: á mí no me toca juzgar á los otros: no debo pensar sino en juzgar severamente á mí misma; ¿y quántas cosas hay en mí que reprehender, que reformar, que corregir?

La tercera regla es no decir á unas lo que habeis oido á otras, quando

conoceis que de esto ha de seguirse alguna alteracion ; y aunque sobre este punto no puede fixarse un principio general, porque la palabra que una escucha con indiferencia, pone á otra de mal humor ; con todo, si observais los genios de vuestras hermanas, ellos mismos os enseñarán lo que podeis decir, y lo que debeis callar ; y si os acostumbráreis á guardar secreto en lo que nada vale, sabreis guardarlo en todo lo que importa para la paz.

Yo no acertaré á explicaros ni la inconsideracion de las criaturas que traen y llevan las especies que oyen, ni las conseqüencias que resultan de esta inconsideracion. Es una grande imprudencia, por no decir mas, esto de llevar chismes de unas á otras ; fulana ha dicho esto, aquella habló ayer así : ¿sabeis vos lo que se dice de vuestras cosas ? Algunas criaturas parece que se hacen una especie de entretenimiento, una ocupacion, un juego, ó quizá un mérito en recoger todo lo que se dice, en publicarlo, y hacer participantes de ello á las personas interesadas, á propósito,

y fuera de propósito, sin reflexîon, sin necesidad y sin razon. ¿Sabeis vos quién hace este fatal empleo, y quién mantiene esta conversacion? Es la imprudencia, la ociosidad, la vagueacion, la hambre insaciable de hablar; caracter naturalmente enemigo de la paz y del buen órden; freqüentemente sucede que estos chismes que se llevan se fundan en una palabra mal entendida, en que se aumenta lo que se oyó, y de un mosquito se hace un elefante, en que esta dá por hecho todo lo que imaginó, en que se exâgera, se muda, se altera lo que se ha oido. Pero quando sea verdad lo que se dixo, ¿conviene que yo vaya á contarlo á la interesada? Puede escapársele á una hermana un discurso imprudente, una palabra inconsiderada contra otra: ¿no me manda entonces la caridad que la calle, que la sepulte en el silencio para siempre?

¿Y quién podrá contar los males que ocasionan estos chismes, las heridas que hacen, las sospechas que engendran, los juicios que se forman, los enfados, las aversiones, las divisio-

nes, las disputas, las quejas? ¡Qué familia esta para una Religiosa! Pues esta es la familia que la acompaña á todas las funciones de comunidad, á la oracion, al coro, al refectorio, y mientras esté así, ¿de qué la servirá todo lo que hace? Huid como de un contagio de este exercicio. Acordaos del candado que puso en su boca la Religiosa mortificada: acordaos que vuestra lengua está destinada á cantar las divinas alabanzas; y si teneis que emplearla algunas veces en el trato de las criaturas, hacedlo sin perder de vista á Dios, y no la profaneis con usos tan contrarios á la caridad.

XXXIII. CÓMO HA DE VISITAR LAS ENFERMAS.

La caridad y la piedad son los dos motivos que nos empeñan en visitar los enfermos; motivo de caridad, que nos interesa á los unos por los otros; motivo de piedad para ayudarnos mutuamente, y llevarnos santamente á Dios. Estos son los únicos motivos que pue-

den santificar las visitas que hacemos á los enfermos. Exâminad si son estos mismos los que os llevan á la enfermería, y apartad de vos con mucho cuidado qualquiera otro motivo ó espíritu para ir á las enfermas. Espíritu de ociosidad: quando una criatura no sabe qué hacerse, y se va á la enfermería para pasar su tiempo. Espíritu de disipacion: se fastidia de sí misma, y se va á la enfermería para distraerse. Espíritu de diversion: halla compañía de su gusto en una enferma, y va á visitarla para divertirse, no para edificarse. Espíritu de aficion humana; va á ver una amiga que está enferma para que sepan todas que la estima; pero Dios no entra en esta visita para nada.

Dixe que aparteis de vos estos motivos, que son muy poco dignos de una accion, de otra parte tan santa y tan conforme al espíritu de la religion. Yo no pretendo por esto enfriar el zelo y la caridad hácia las enfermas; no intento reformar estas visitas, sino arreglarlas, santificarlas, y hacerlas agradables á Dios. Decidme, ¿no será lástima que hagamos

estas visitas, y que ningun mérito tengamos por ellas delante de Dios? ¿No será digno de llorarse que hagamos estas visitas, y que ni Dios tenga parte en ellas, ni nosotros podamos esperar por ellas alguna recompensa? Pues todo esto sucede quando visitamos las enfermas por los motivos y con el espíritu que he dicho arriba. ¡Qué dolor, que en nuestras obras, las mas santas por sí mismas, se halle casi siempre, como en algunas manzanas de bello color, un gusano que está en el interior, y las echa á perder! ¡Qué dolor, sembrar mucho, y coger poco; comer, y no quedar satisfechos; cubrirnos con ropa, y no defendernos del frio; recoger tesoros de méritos, y ponerlos en un saco hecho pedazos, como decia el Profeta Ageo!

Yo apruebo que se visite á las enfermas; no solo esto, sino que se les haga compañía algunos ratos; que las Religiosas vayan con su labor á la alcoba de la enferma, y que permanezcan allí por aquel tiempo que les permiten sus respectivas obligaciones. Mas para hacer esto de manera que sea agradable

á Dios, ¿á quántas circunstancias se ha de atender? La primera, se ha de contar con la disposicion y la voluntad de la enferma; porque si la calentura ó los dolores la angustian, claro es que no estará para sufrir la conversacion; y si ella quiere estar sola ó recogida, no es justo negarle este alivio, exceptuando algunos casos en que la caridad y la prudencia piden que no se la dexe sola. La segunda, que las conversaciones que se mueven allí sean correspondientes al espíritu de religion, como de las enfermedades, de los trabajos de esta vida, de quan preciosos los podemos hacer con la paciencia, quan inferiores son á la recompensa que el Señor nos tiene preparada. Tambien se puede hablar de los misterios del Señor, del cuidado que tiene de su Iglesia, de la vida de los Santos, de los beneficios que recibimos por su intercesion, de mil cosas buenas se puede hablar, y solo de estas deben ser nuestras conversaciones. Lo tercero, que en esas conversaciones, por mas santas que sean, ha de resplandecer la moderacion sin voces desmedidas, sin

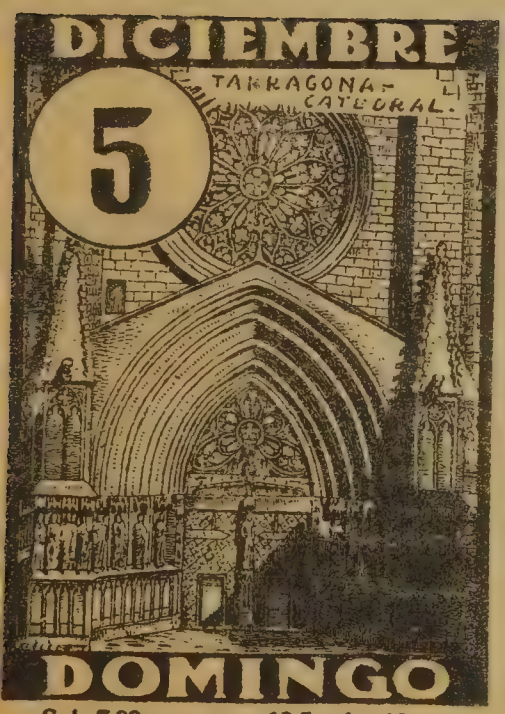
risas descompuestas, sin hablar todas á la vez; antes se ha de templar la voz, evitar el ruido, y todo lo que puede fatigar la cabeza de la enferma; de manera, que para estar en la enfermería es menester, por decirlo así, refinar la modestia, la suavidad, el silencio y las demas virtudes que la Religiosa ha de manifestar en el claustro. Al fin, todo irá bien si las visitas de las enfermas se hacen por los motivos que he dicho.

Considerad vos en las enfermas la persona de Jesuchristo que padece, y así las hablareis de cosas de piedad que puedan edificarlas y consolarlas; no las fatigareis por la multitud de las palabras, ni las aturdireis por el tono de la voz; no las incomodareis con visitas demasiado largas, que las cansan quando la enfermedad las tiene bastante postradas; las compadecereis en sus penas, las ofreceréis vuestros servicios, las leereis un rato algun libro espiritual si conoceis que lo desean, y al fin hareis este acto de religion animado siempre por el espíritu interior. Así vuestras visitas á las enfermas serán verdaderamente santas, edi-

ficantes y saludables; santas, que glorifiquen á Dios; edificantes, que sirvan á las enfermas; y saludables, que sean para ellas y para vos ocasion de mérito. Así quando vos estuviereis enferma os visitarán vuestras hermanas como vos las habeis visitado; así os ayudareis mutuamente á servir y amar á Dios, á sufrir por él, y á merecer por vuestros sufrimientos la corona que el mismo Señor nos ha merecido por los suyos. Así sea.

XXXIV. DEL PORTE DE LA RELIGIOSA CONSIGO MISMA.

Mira, hija, oye, y atiende bien; si quieres cautivar el corazon del Rey poderoso, á cuya union eres destinada y elegida, olvida tu pueblo y la casa de tu padre para dedicarte toda á él, que es tu Dios, y á quien adoran todos los pueblos. Si quereis ser toda de Dios, amad el retiro y el recogimiento, haced de vuestra casita vuestra querida morada: despues del coro y de la presencia de los altares nada ha de haber para vos tan dulce ni tan consolante



Sol: 7,22; pas. mer. 12,5; pón. 16,48
Luna: 8,55 a 18,52
Cuarto creciente: el día 11

II de adviento.—Stos. Sabas, ab.; Julio, Potamio, Crispín, Félix, Grato, mrs.

PICADURAS DE AGUJA

Eso es nada, dice la gente. Pues bien: a veces una picadura de aguja puede ocasionar graves daños. Si están ustedes bordando tapicería con gruesa lana de Hamburgo y se punzan los dedos, señoras, no traten este accidente con ligereza, pues pudiera resultar intoxicación; hagan sangrar cuanto puedan la picadura y sumerjan la parte lesionada en un baño de agua mezclada con ácido fénico.

TINTA PARA SELLOS DE CAUCHÚ

Azul: Glicerina, 500 gramos.—Azul de anilina, 6 gramos.

Rojo: Glicerina, 500 gramos. Eosina, 6 gramos.

Verde: Glicerina, 500 gramos. Verde ácido, 6 gramos.

como aquella reducida estancia, donde apartada de las agitaciones, de las impertinencias, de las voces de las criaturas, os ocupareis de los grandes objetos de la fe. Haced de vuestro corazon un oratorio secreto, donde entre vos y Dios os librareis de tantos lances en que la inutilidad es el menor mal que se puede temer. Haced de vuestra vida una vida escondida, retirada, alejada de este espíritu del mundo, que se mezcla algunas veces aun en las comunidades mas bien arregladas.

Una alma interior está en el retiro como en su centro: él hace su asilo y sus delicias; allí encuentra la paz y la gracia; allí encuentra á su Dios, y esto le basta: esto es lo que se experimenta en aquellos dias de retiro anual. ¡Qué paz hay entonces, qué consolaciones interiores, qué arrepentimientos de nuestras infidelidades pasadas, qué resoluciones y santos deseos para en adelante! Nosotros somos enteramente otros: nuestro espíritu y nuestro corazon se hallan como mudados. ¿Y quién hace esta feliz mutacion sino el silencio, el re-

cogimiento y el retiro? ¿No veis que Dios está esperando que nos apartemos de las criaturas, y que estemos solos para venir á hablarnos?

Sea el retiro vuestro mas seguro asilo, no salgais de allí sino por necesidad ó por caridad. Del cielo á la celda hay poca distancia, decia San Bernardo. Los Santos son impecables en el cielo unidos constantemente á Dios, gozan de una paz, de un gozo inalterable, que nadie les puede quitar; así á proporcion el alma religiosa encerrada en su celda ó casita lejos de las criaturas, de las conversaciones vanas é inútiles, y del comercio del mundo, se halla como en un estado de impecabilidad, y gusta de las dulzuras en cierta manera comparables con las de los Santos; ella vive en un reposo de conciencia y en una tranquilidad interior, que nada es capaz de turbar.

Hablad con vos misma, y decid: Alma mia, si deseas llegar á esta paz, no hay otro camino que conduzca á ella sino el recogimiento, el amor del retiro, la estrecha observancia del silencio,

y una entera separacion de espíritu y de corazon de todo lo que no es Dios: este es el único medio de conservarnos en el fervor, de unirnos estrechamente á Dios, de establecernos en este estado dichoso, de ser llenos de la uncion de su gracia y alimentados del maná celestial, y de gustar desde esta vida las santas delicias, cuyos torrentes nos tiene el Señor reservados en el cielo. Dios mio, conducidme, haced que yo ame esta santa soledad en donde vos quereis hablar á mi corazon: yo no deseo sino oir vuestra voz, y ser dócil á vuestras divinas lecciones.

En este retiro tratareis con vuestro Dios, y experimentareis lo que dixo el Espíritu Santo, que en su conversacion no hay aspereza ni amargura, sino alegría y gozo verdadero; allí negociareis con vuestro Dios, y vereis quan bueno es este comercio; unas veces os dará materia la consideracion de sus atributos y perfecciones, de los misterios de su vida, pasion y muerte, de los beneficios generales y particulares que habeis recibido de su mano liberalísimamente bien-

hechora; otras veces mirareis desde vuestra casita el cielo, y su vista os presentará la grande obra de las manos de vuestro Dios, el palacio en que habita, y la silla que allí teneis prevenida; las plantas que mirais algunas veces, las inocentes avecitas que ois cantar, levantando su vuelo, os enseñarán y estimularán á levantar vuestro corazon.

¿Y quántas veces se os ofrecerá aquella purísima criatura, Madre de Dios y Madre nuestra? Tambien podreis tomar algun rato para alabarla, invocarla y llamarla en vuestra asistencia; podreis meditar sus misterios, dar gracias á Dios por los dones con que la enriqueció, y proponeros sus virtudes para la imitacion; allí podreis hablar con vuestro Angel, pidiéndole que os gobierne; con los Santos, rogándoles que os protejan; allí pedireis por la exâltacion del santo nombre de Dios, porque se logre en todas las almas el precio de la sangre que derramó por ellas; pedireis por la dilatacion de la Iglesia católica, por la felicidad del estado, por la paz y concordia entre los Príncipes christianos; pedireis por la con-

servacion y perfeccion de vuestra Orden, por la salud y acierto de sus Prelados; pedireis por todos vuestros hermanos, por los infieles, hereges, paganos, por los que estan en pecado mortal, por los atribulados, peregrinos, enfermos, cautivos, prisioneros, navegantes; pedireis tambien y con mucha freqüencia por el alivio de las almas que padecen en el purgatorio; y si sobre esta oracion ó alguno de los puntos contenidos aquí os tuviere vuestro Confesor ordenada alguna devocion particular, sereis fiel y puntual en cumplirla. El idioma de la caridad os enseña todo esto; pero en ninguna parte como en vuestro retiro oireis y entendereis mejor este idioma.

Vos me direis: ¿Padre, he de estar siempre orando? Eso seria lo mejor; acordaos de las suertes de Marta y Magdalena, y juzgad qual de las dos fue la que mereció el elogio de Jesuchristo. Si vuestra vida es la que debe ser, toda ella será oracion. Bien podreis emplearos en labor de manos en vuestro retiro; pero si esas labores son para el culto de vues-

tro esposo, para el adorno y decencia de sus altares, y estais meditando en sus grandezas al tiempo que trabajais, ¿no será eso estar en oracion? Yo os veo dedicada todos los ratos libres á esa labor de flores para el altar, y quisiera que todas esas flores fueran frutos en vuestro corazon. San Pablo decia, que los que aman á Dios de todo sacan provecho, aun de las cosas mas indiferentes; ¿y por qué no le sacareis vos, que estais trabajando para adornar el templo del mismo Dios? ¿y por qué no pensareis al mismo tiempo que haceis esas flores en formar otras interiores para adornar el templo de vuestra alma?

¿Qué otros empleos se os pueden ofrecer en vuestro retiro? Puede ofrecerse algunas veces dar cuenta de vuestra vida, ó consultar por escrito algun caso particular con quien os gobierna, ó escribir gracias á quien os hizo un beneficio, ó responder á vuestros hermanos ó parientes, que guardan con vos una laudable y santa armonía; todo esto es agradable á Dios quando se dirige á nuestra instruccion, á nuestra edi-

ficacion, y á cumplir los deberes de la caridad. Os hablo así porque oigo á algunos demasiado severos que reprueban en la Religiosa estas ocupaciones como agenas de su profesion, ó como orígen de distracciones, sin hacerse cargo que es muy diferente el uso del abuso, y que si se siguiera su rígido dictámen, no tendriamos un cúmulo de cartas espirituales y edificantes que las almas de señalada virtud, ya en la religion, ya en el siglo, han dirigido unas veces á sus Confesores para pedir instruccion, otras veces á sus parientes para alentarles al servicio de Dios, otras á sus bienhechores para manifestar su reconocimiento.

Por último, en vuestro retiro podeis experimentar sin duda varios afectos, sea porque esto es un necesario efecto de nuestra inconstancia, sea porque Dios nos prueba por esta alternativa. Os sucederá alguna vez que correreis á vuestra casita como el ciervo herido á las fuentes de las aguas, os parecerá que entrando allí, y cerrando la puerta, habeis de estar como en el cielo, que todo será

paz, gozo, consuelo, y abundancia de afectos para hablar á vuestro Dios. Y en llegando experimentareis todo lo contrario de lo que os prometiais: una tibieza, una sequedad, un disgusto, una contradiccion que os molesta y os pone en gana de salir de allí, y buscar conversacion. Pero yo os ruego que en estos casos permanezcais en vuestro retiro, y no lo dexeis. Lo primero, porque sin embargo de esos afectos que sentis, y que no esperabais, no podeis dudar que estais mejor allí que en la conversacion de las criaturas, y que agradais á Dios en permanecer, y él os tranquilizará y consolará si le buscais. Lo segundo, porque si dexais el retiro á título de que os faltan esos gustos sensibles, manifestais vuestro apego á ellos, y esto es muy peligroso: debeis buscar á Dios con sencillez de corazon, debeis buscarle en el retiro para hacer su voluntad, que os llama, y debeis hacer esta voluntad generosamente y sin interes: alabad á Dios por su bondad, engrandecedle por sus misericordias, y no querais en esta vida otro premio que á Je-

suchristo, y este crucificado. Lo tercero, si los disgustos y sequedades que sentis en el retiro son una prueba que hace Dios de vuestra constancia, y vos dexais el retiro así que sentis el disgusto, lo perdeis todo por no tener paciencia. ¿Qué sabeis vos las gracias que Dios tiene guardadas para derramarlas sobre vuestro corazon, quizá apenas sufrais una hora de prueba? ¿Quién le habia de decir á la Cananea, que sufriendo al principio aquellos desvios exteriores con que Jesuchristo contestó su súplica, habia de oir de su propia boca el elogio de su fe, y la seguridad de que se le concedia la salud á su hija?

Al que sufre y persevera se le da lo que pide; el pobre porfiado viene á conseguir su socorro; el alma que busca á Dios, y pelea con las tibiezas, con las distracciones, con las sequedades, con los disgustos, sin abandonar el campo, merece al fin que venga á ella el sumo bien por quien suspira; y que viniendo á visitarla, fixe su pensamiento, dilate su corazon, y tranquilice su espíritu. Tambien os aconsejaria yo en estos ca-

sos que tomarais la pluma y escribierais en un papel los deseos de vuestro corazon, hablando con el amado, ó que le compusierais algunos versitos, ó que le dierais quejas amorosas porque se escondió, y le rogarais como aquella alma santa que os diga en donde se sustenta, en donde descansa al medio dia, porque vos andais vagueando, y no podeis vivir sin él; todas estas palabras que le dirigis serán otras tantas flechas que penetrarán su amante corazon; no temais que se enoje; quizá espera esto de vos.

Mas como no podeis estar siempre en el retiro y soledad apreciable de vuestra casita; como es preciso salir adonde os llama la obediencia ó la caridad, vos deseareis saber cómo os habeis de portar en estas ocasiones, y yo juzgo que la grande regla que os gobernará perfectamente entonces, se reduce á sola esta palabra: *Que aunque salgais del retiro, no salgais de vos misma.*

Si os llama la señal para el coro, encaminaos hácia él considerando el oficio que vais á exercitar, y preparando

vuestros sentidos por el recogimiento, como os dixe hablando del oficio divino. Aunque acabado el oficio quedeis en el coro para adorar al Señor un rato, y mas quando está manifiesto el Santísimo Sacramento del altar, ni exciteis conversacion con otra hermana, ni contesteis á la que os hablare sino en lo que sea indispensable, y esto con poquísimas palabras y con mucha modestia, acordandoos siempre de lo que dice el Profeta David, que á la casa de Dios conviene toda santidad. En la casa á que Dios os llamó por su bondad son muchos en el discurso del año los dias en que está nuestro dulcísimo Salvador manifiesto en el altar; aprovechad estas preciosas ocasiones, acompañadle allí los ratos que pudiereis; dedicad algun dia de cada mes para desagraviarle por vuestras humildes y fervorosas adoraciones de las injurias que recibe de sus criaturas en ese Sacramento, todo de amor, segun vuestro Confesor os ordenare.

El Señor Ligouri, Obispo de Santa Agata en el Reyno de Nápoles, escribió un librito de las visitas al Santisimo Sa-

cramento; él es afectuosísimo, es un pan de azúcar para las almas enamoradas del Señor: yo deseaba ver esta preciosa obrita, la tengo ya, y os la daré con la brevedad posible, traducida del italiano á nuestro idioma, para que alargueis la conversacion con vuestro amado.

Quando vais al refectorio se os ofrecen algunas consideraciones muy provechosas, ya para humillaros viendoos sujeta á esta pension de tomar freqüentemente sustento, sin el que no puede mantenerse esta habitacion miserable del barro de nuestro cuerpo; ya para reconocer la providencia de Dios, que cuida como padre del sustento de sus hijos, y nos lo promete en su Evangelio, si nosotros buscamos su reyno, y le servimos con fidelidad; ya para exercitar vuestra compasion, acordandoos de los pobrecitos que con mucho trabajo apenas alcanzan un pedazo de pan; ya para darle gracias de que os ha librado de los convites del mundo donde es ofendido de muchas maneras, y os ha colocado en la Religion, donde la frugalidad, la pobreza de las viandas, ademas de ser

conforme á la vida de vuestro esposo, os dexa expedita para dedicaros á él en toda hora, librandoos de tantos malos efectos como produce la intemperancia.

Santamente ocupada de estas consideraciones tomareis lo que es necesario para sustentar la vida del cuerpo, dexareis alguna porcion de vuestra comida para los pobres de Jesuchristo, estareis en el refectorio guardando un humilde silencio y una religiosa compostura. Otras veces atendereis á la leccion espiritual que allí se tiene, y de esta manera se sustenta vuestra alma quando dais al cuerpo lo que es justo. En la enfermería estareis como os dixe tratando de la visita de las enfermas. En el claustro, en las oficinas públicas hablareis lo que sea menester, y nada mas, y esto siempre con la moderacion que hace el caracter de la verdadera Religiosa. Pararse en conversacion en qualquier lugar del convento sin motivo alguno, estarse allí detenidas largo rato hablando de niñerias, de impertinencias, de nada, es desperdiciar el tiempo, que vale mas que todos los tesoros, es estar fuera de

sí, como os dixe poco ha. Si encontrais en el claustro ó en otro parage una de vuestras hermanas, saludadla en hora buena, preguntadla cómo está, si es la primera vez que la veis en aquel dia; habladla tambien si se ofrece asunto; pero si no hubiere esto, cumplid el deber de la caridad, y seguid vuestro camino. Andarse paseando el convento, cruzar claustros, meterse en las oficinas donde no tiene que hacer, eso se llama andar vagueando, estar poseida de la ociosidad, que es madre de todos los vicios. Quando nuestro Padre S. Francisco veia vaguear así alguno de sus Frayles, le llamaba Hermano mosca. Quando os juntáreis con vuestras hermanas á tomar un rato de recreacion, tened presentes aquellas palabras del Apóstol San Pablo: Alegraos en el Señor siempre; yo os digo otra vez que os alegreis; pero resplandezca siempre vuestra modestia, porque el Señor está cerca. El santo Apóstol aprobaria una recreacion honesta, que se concede por justas causas en los institutos religiosos mas severos; pero no aprobaria los gritos, las voces altas,

la risa con demasia, ni otras demostraciones que prueban la disipacion del espíritu, y la falta de presencia de Dios. Yo os hablaré de una y de otra brevemente; de la primera para que la temais, y de la segunda para que la procureis; y por ambas tendreis regla para vuestro gobierno.

XXXV. DEL ESPÍRITU DE DISIPACION Ó DESVANECIMIENTO.

La disipacion ó desvanecimiento puede extenderse, y hacer en nosotros muchos y funestos progresos si no caminamos con la cautela que encargaba el Apóstol San Pablo. Disipacion de los sentidos; de los ojos curiosos, que todo lo quieren ver; de los oidos inquietos, que lo quieren escuchar todo; de la lengua sin freno, que padece un fluxo continuo de palabras; de todos los sentidos, que se derraman, que se esparcen al exterior. Disipacion del espíritu, quando se le dexa correr detras de una infinidad de pensamientos inútiles, extraños, festivos, que no sirven mas

que á distraerle, ocuparle, enredarle sobre qualquiera objeto. Disipacion del corazon, quando se entrega á inclinaciones, á afectos, á amistades puramente humanas, que le turban, le agitan, le roban la paz. Disipacion en las acciones, quando se hacen sin pureza de intencion, sin motivos, ó por motivos naturales y humanos. Disipacion en la vida, en la conducta, quando obramos sin regla, sin órden, por capricho, por casualidad, por humor.

Esto es lo que se llama disipacion ó desvanecimiento, á la manera del que padece vahidos de cabeza, decimos que la tiene desvanecida, y apenas puede dar un paso sin caer. ¿Pero cómo detendré yo, cómo reprimiré este espíritu de disipacion que tanto daño puede hacerme? Mi Dios me presenta medios y socorros poderosos. Socorros en la fuga de los objetos que desvanecen. Si yo pierdo á Dios de vista, es por mi descuido: si yo dexo á mi corazon y á mis sentidos que se vayan y se enreden en todos los objetos que se presentan, si todo me para, si todo me llama la atencion, ¿cómo

no he de ser arrastrada por el torrente de los pensamientos vanos que esas cosas me ocasionan? Pero yo las evitaré, Dios mio; yo me apartaré de esta multitud de objetos inútiles. ¿Y qué voy yo á buscar fuera de mí? ¿y qué puedo yo encontrar fuera de vos?

Socorro en las reflexîones saludables que se presentan. Yo volveré sobre mí misma, haciendo freqüentes consideraciones sobre mi principio y mi fin; llamaré los buenos pensamientos, me armaré con las grandes verdades de la fe, con la reflexîon de la nada de las cosas humanas; estos sólidos pensamientos me volverán á mí misma, y me unirán á vos. Socorro en el exemplo edificante de tantas hermanas con quienes vivo, y que veo tan santa y tan constantemente recogidas. Yo vivo en el mismo estado; yo tengo las mismas obligaciones; ¿por qué no tendré el mismo espíritu de recogimiento? Yo las admiro, y no las imito; y su exemplo por lo mismo que no lo sigo será mi acusador. Ayudadme, Dios mio, á entrar y á seguir el camino de un santo recogimiento; en to-

dos los momentos debe ser solamente vuestra quien por vuestra gracia renunció y se separó para siempre del mundo y de sí misma.

XXXVI. DE LA PRESENCIA DE DIOS.

Mucho se ha escrito de esta materia; y en vuestro convento está á la mano el tratado espiritual que compuso y dirigió á la Serenísima Señora Soror Margarita de la Cruz el R. P. Fr. Juan de los Angeles; y como él se extiende bastante en proponer los motivos y los medios de esta presencia, yo me detengo únicamente á proponeros los frutos; y aunque estos sean muchos y preciosos, los reduzco á quatro.

I. Fruto de la presencia de Dios. Es el temor santo que nos preserva del pecado. ¿Quién podrá resolverse á cometerlo si piensa que Dios le mira y le observa? No, decia la casta Susana, yo no puedo ofender al Señor en su presencia misma. Así diremos nosotros en todas las ocasiones que podemos ofender á Dios en la cosa mas leve, el cielo me

preserve de disgustar á mi Dios: él me ve, él me oye: en el mismo instante puede castigarme, apartándose de mí, entregándome á mi misma flaqueza y miseria, y al peligro como inevitable de caer de una falta en otra mas grande, y de un abismo en otro mas profundo. No, yo no quiero desagradar á mi Dios: está conmigo, le amo con todo mi corazon, y aunque no temiera sus venganzas, miro su bondad, y respeto su presencia.

II. Fruto de la presencia de Dios. Es el fervor en todas nuestras acciones. Dios es testigo de esto que yo hago; y desde que lo hago por su Magestad, ¿cómo será justo hacerlo? Si lo hago con frialdad ó con tibieza, ¿se dignará de recibir el homenage? ¿No podré yo temer entonces aquel terrible anatema: Maldito el que hace la obra de Dios con negligencia? Pues yo uniré en todas mis acciones la aplicacion y el fervor á la pureza de intencion: yo procuraré obrar en todo de una manera digna de Dios, y de ofrecerle un incienso que sea agradable á sus ojos. Caminad en mi presen-

cia, dice el Señor, y sed perfectos: *Ambula coram me, et esto perfectus.*

III. Fruto de la presencia de Dios. Es el consuelo en todas nuestras penas y trabajos. Yo sufro, yo gimo, yo me hallo en un estado de afliccion; es verdad; pero Dios lo sabe, Dios lo ve, Dios está herido de mis trabajos: Dios está aquí en mi compañía, está mirando todo lo que padezco, y sus miradas son de padre tierno. Él me sostendrá por su gracia en estas tribulaciones, y me librará por su misericordia y por su bondad inefable. Y si todavia quiere dexarme en la amargura y en el trabajo, cúmplase en todo su voluntad santísima: como él esté conmigo, y yo esté con él, ya quedo consolada: quando todo el mundo me abandone, quando todo el infierno se conjure contra mí, si yo peleo por Dios, en la presencia de Dios, y auxîliada de la gracia de Dios, ¿qué podrán contra mí el mundo y el infierno?

IV. Fruto de la presencia de Dios. Es el recogimiento en todos los lugares, en todos los tiempos y en todas las

circunstancias. ¿Cómo ha de ser esto? Si yo soy siempre presente á Dios, Dios ha de ser siempre presente para mí: si Dios está siempre cerca de mí, yo no he de estar jamas apartada de mi Dios. ¿Permitiré yo que mi pensamiento se desvanezca, que mi imaginacion se enrede, que mis sentidos se distraigan, que las potencias de mi alma anden vagueando errantes por los objetos despreciables de este mundo? Yo llamaré la memoria de la presencia de Dios, y esta memoria me volverá á mí misma y á la divinidad á quien pertenezco, traerá mi espíritu, fixará mi pensamiento; yo volveré al seno del recogimiento, y me estaré allí sola con mi Dios.

XXXVII. DEL EXAMEN DE LA CONCIENCIA.

Una Religiosa ha de atender para confesarse bien á lo siguiente:

I. A los malos pensamientos.

II. A las murmuraciones y malas palabras.

III. A los juicios temerarios.

IV. A los defectos públicos que comete.

V. A las pasiones y aficiones desordenadas.

VI. A los actos de propiedad.

VII. A la perturbacion de la paz.

VIII. Al perdimiento del tiempo.

IX. A las palabras ociosas y picantes en que se rompe y hiere á la caridad.

X. A las vagueaciones del entendimiento.

XI. A las obras hechas sin consideracion, sin espíritu, sin voluntad y por costumbre.

XII. A las faltas de la divina ley, preceptos de la Iglesia, reglas de su instituto, y observancia de los votos.

XIII. A los pecados graves y leves advertidos.

XIV. Al poco aprecio que hace de la excelencia de su estado, mayor sin duda que todas las grandezas humanas.

XV. Al descuido con que vive de caminar á la perfeccion, y de procurar con todas sus fuerzas la verdadera virtud.

XVI. Al mal empleo de las potencias, y mal uso de los sentidos.

XVII. A la gran tibieza y poco espíritu con que se aplica á las cosas del servicio de Dios y bien de su alma.

XVIII. Al mal exemplo que da con su vida, al abuso que hace de las luces y conocimiento con que el Señor la favorece para que entable una vida santa y mortificada, adquiera gran perfeccion, y salve su alma.

XIX. A la pasion que mas particularmente la domina, y la hace cometer mas defectos.

Para enmendar su vida y adelantar en el camino de la perfeccion convendrá mucho que establezca un exâmen particular de esta manera. I. Elige por el espacio de un mes una virtud para practicar, ó un vicio para combatir, y durante este tiempo toma este objeto con cuidado, y se aplica constantemente á este santo exercicio. Apenas despierta por la mañana renueva este pensamiento, en el discurso del dia hace memoria de él alguna vez: si advierte que se descuidó, hace un acto de con-

tricion interior, y vuelve á su Dios por una aspiracion del corazon. Por la noche hace exâmen de cómo ha pasado el dia, y al fin de la semana compara los dias los unos con los otros, y advierte ó el descuido ó el progreso que ha hecho.

Es muy dificil que durante un mes de aplicacion seria á un objeto, no se cojan frutos preciosos. ¿Y cómo es posible que el alma no se corrija insensiblemente de un vicio, ó no haga progresos en una virtud, si por el tiempo de un mes entero es fiel y constante en velar sobre sí, en pedir y en tomarse cuentas á sí misma, en hacerse violencia, en renovar su atencion y sus resoluciones? Por ventura entre todos los medios para corregirse de sus imperfecciones y facilitarse en los actos de todas las virtudes, no hay otro mas seguro ni de mayor eficacia. Por él han adelantado en el camino de la santidad, y se han levantado á una perfeccion eminente innumerables almas. Pero advierto que el alma no se ha de cansar ni acobardar aunque no perciba el progreso ó adelan-

tamiento en el bien. Muchas veces aunque este no sea sensible, no es menos real. Dios que ve la buena voluntad no puede dexar de fecundarla con la abundancia de sus gracias. De otra parte puede consagrar un segundo ó tercero mes para hacer guerra al mismo vicio, ó para adquirir la misma virtud.

¿Por qué he de mirar con indiferencia esta santa práctica, Dios mio? Yo no me conozco; ¿y no tomaré este medio seguro para conocerme? Yo no me corrijo; ¿y despreciaré este socorro eficaz para corregirme? Ha tantos años que estoy en la Religion; ¡y quántos son los defectos que me dominan, quán pocas virtudes se han formado en mi corazon! Yo hubiera adquirido estas virtudes, yo hubiera corregido estos defectos si hubiera sido fiel á este santo exercicio. ¡Ay de mí, apenas conozco aun quál es mi pasion dominante! ¿y cómo la haré guerra si no la conozco?

Dios mio, ¿hallareis siempre en mí una alma imperfecta, una Religiosa tibia, y una esposa tan poco digna de vos? Desde esta hora me resuelvo, y

voy á aplicarme con toda diligencia á esta santa práctica. Vuestra gloria y mi salud son igualmente interesadas. ¡Qué motivo para consagrar yo á esta obra todos mis cuidados!

XXXVIII. DE UN DIA DE RETIRO EN CADA MES.

Si quisiereis hacer este retiro con fruto habeis de observar tres cosas, la necesidad, el modo y los frutos.

I. *Necesidad del retiro.* Las casas religiosas ordinariamente se componen de almas fervorosas, de almas tibias, y alguna vez de almas irregulares. En todos estos estados tiene el alma necesidad de volver freqüentemente sobre sí misma, la perfecta para perseverar, la tibia para alentarse, y la irregular para tomar otra vez el camino que habia dexado. Como la vida religiosa comprehende tantas y tan extendidas obligaciones, es muy dificil que con el curso del tiempo no se exponga á caer en alguna relaxacion. Es verdad que hacemos propósitos, que formamos resoluciones, y aun to-

mamos medios para mantenernos; con todo esto el peso de la fragilidad es tan grande en nosotros, que nos arrastra poco á poco, y nos lleva á la caida, ó apaga el fervor de la caridad. Por esto es importante y como absolutamente necesario el entrar mas seriamente en nosotros mismos para ver todo lo que ha podido mezclarse de defectuoso en nuestra conducta, y todo lo que puede llevarnos á la tibieza y á la relaxacion. Es menester, digo, entrar en nosotros mismos para despertarnos del sueño en que hemos caido, y cuyas conseqüencias pueden ser mas peligrosas; en una palabra, es menester esta visita que hacemos á nuestro propio corazon para ponernos en el estado en que quisiéramos estar si tuviéramos que ir ahora á presentarnos al tribunal de Dios.

Estos motivos son muy urgentes y muy eficaces para inspirarnos un deseo saludable de esta santa práctica que se acostumbra en la mayor parte de las comunidades religiosas; y las almas que aspiran á la perfeccion de su estado no quieren privarse de este socorro, en el

qual suele conceder el Señor gracias muy preciosas. Tales son las razones que os deben empeñar á este retiro, ó para prevenir las caidas, ó para levantaros, ó para manteneros en el bien, y adelantar cada dia mas en las sendas de la justicia.

II. *Modo de hacer este retiro.* I. Habeis de elegir en cada mes un dia, aquel en que tengais menos ocupacion, y que seais mas de vos misma para consagrarle mas especialmente al grande negocio de vuestra salud.

II. Desde la víspera habeis de disponer las cosas de manera, que para la mañana del retiro nada os estorbe ni os detenga á entregaros á esta grande obra que teneis resuelta.

III. En el discurso de este dia hareis tres meditaciones sobre estos tres objetos: primero, sobre las gracias que habeis recibido este mes, y el uso que habeis hecho de ellas: segundo, sobre los pecados que habeis cometido para llorarlos y repararlos: tercero, este se dedica á la preparacion para la buena muerte, que es el exercicio mas esencial de este retiro.

IV. Añadireis tambien una consideracion sobre el modo con que haceis todas vuestras acciones, sobre todo lo que mira á los exercicios espirituales, freqüencia de Sacramentos, y observancia de vuestra Regla.

V. En este dia, ó luego despues de él, es muy conveniente, segun lo disponga vuestro Confesor, el dar una revista general á las faltas cometidas en aquel mes. Todos estos defectos reunidos baxo un punto de vista son mas capaces de excitar al dolor y á la compuncion.

VI. Recibireis aquel dia la sagrada comunion como viático, y con los mismos sentimientos con que desearéis recibirla al fin de la vida.

VII. Sobre todas las cosas hareis los actos de preparacion para la buena muerte, que es el punto principal, como he dicho.

VIII. Escogereis el asunto del exâmen particular para el mes siguiente, sea una virtud que especialmente quereis practicar, sea un vicio que deseais especialmente combatir, como dixe hablando del exâmen.

IX. Acabareis el dia por una visita al Santísimo Sacramento, ofreciendo á Dios, y poniendo al pie de la cruz las resoluciones que habeis hecho, y pidiendo la gracia para ser fiel.

III. *Frutos de este retiro.* I. Por él aprende la criatura cada dia mas á conocerse á sí misma, y este conocimiento hace una parte de la ciencia de los Santos.

II. En el retiro exâmina el alma cómo está de cuentas con su Dios, y no se expone á caer en la ilusion ó en la ceguedad, antes asegura sus pasos por el camino de la virtud.

III. Si ha caido en la tibieza, si se encuentra atrasada en el camino, toma los medios para levantarse y adelantar el paso, y así impide que el mal se empeore y se haga como incurable por sus funestos progresos.

IV. Si se ha mezclado algun defecto en las confesiones, sea falta de contricion, sea falta de propósito, la revista general del mes lo repara todo esto delante de Dios.

V. Se pone el alma en estado de no

ser sobrecogida por la muerte si Dios permite que le suceda alguno de estos accidentes repentinos, que son bastante freqüentes en el mundo.

VI. El retiro es tambien un medio de alentar mas y mas el fervor, y de hacer nuevos progresos en la perfeccion; porque él trae sobre nosotros las gracias de Dios, y nos dispone á recibirlas como la tierra bien preparada recibe el rocío del cielo.

DEL EXERCICIO DE DIEZ DIAS DE RETIRO QUE ACOSTUMBRAN HACER LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS.

Quatro cosas hay que considerar y arreglar en estos exercicios. I. La necesidad que tenemos de ellos. II. Las disposiciones con que hemos de entrar en ellos. III. El órden y la distribucion de las horas de esos dias. IV. Las prácticas de piedad en que hemos de emplearnos.

§. I. NECESIDAD.

La necesidad no puede ser mas gran-

de. Para convencernos no es menester mas que considerar el estado de nuestra alma, nuestros pecados, nuestras infidelidades, nuestra tibieza, nuestras resistencias á la gracia, el poco fruto que cogemos del uso de los santos Sacramentos; en una palabra, toda nuestra vida interior y exterior. Y así es una obligacion indispensable hacer bien estos exercicios, ó para reparar lo pasado por una santa penitencia, ó para arreglar lo por venir por el plan de una vida toda nueva que nos prepare á la eternidad. Pensemos bien estas razones.

I. En este retiro puedo alcanzar de Dios grandes gracias, luces divinas para ilustrar mi entendimiento, unciones saludables para inflamar mi corazon, santos deseos de ser toda de Dios. ¡Quántas gracias, quántos bienes si yo abro mi corazon!

II. Quizá será la última vez que me sean concedidas estas luces y estas gracias. Quizá estos serán los últimos exercicios de retiro, y las últimas demostraciones de la misericordia de Dios sobre mí. Si yo no hago un santo uso de estas

gracias, no las recobraré jamas, y puedo temer que Dios enojado de este descuido me condene como al siervo perezoso, ó como á las vírgenes necias.

III. Estas luces y estas gracias no pueden ser indiferentes: si ellas no me santifican, servirán á hacerme mas culpable en la vida, y mas inexcusable en el juicio de Dios; pero al contrario, si me aprovecho de ellas, Dios me perdona lo pasado, y me recibe en su corazon como en el corazon de un buen padre.

§. II. DISPOSICIONES.

I. Un grande deseo de aprovechar, una resolucion firme de entregarse toda á Dios, y de no rehusarle nada, ofreciéndose de todo corazon para hacer lo que el Señor disponga: el deseo ardiente es la disposicion mas esencial para un santo retiro: si no lo habeis experimentado, no caigais de ánimo por eso; pedidlo á Dios, y esperadlo de su bondad.

II. Una fidelidad inviolable á la gracia aun en las cosas mas pequeñas. Bastante tiempo hemos resistido á Dios; co-

mencemos á amarle, pues él nos llama, y quiere recibirnos.

III. Una soledad entera así interior como exterior, imponiéndose una ley inviolable de guardar silencio, desterrando en quanto pueda todo otro pensamiento que no sea el de su salud. En una palabra, vivamos en este retiro como si no hubiera mas que Dios y nosotros sobre la tierra: quanto menos hablemos á las criaturas, mas hablará Dios con nosotros. Para observar silencio, decia San Francisco de Sales, yo no he encontrado medio mas eficaz que el de guardar bien la primera palabra; porque mientras esta sea prisionera, no puede salir la segunda.

IV. Una grande confianza en Dios y un grande aliento. Es Dios el que nos llama á esta santa soledad para hablarnos al corazon; él nos ha buscado quando huiamos de su presencia, y no nos desechará quando venimos á él; formemos una santa resolucion de vencer todos los estorbos, aunque experimentemos algunos momentos de sequedad, de disgusto, de enfado: si Dios nos prueba,

él nos mantendrá. Cúmplase su voluntad. Busquemos á Dios solo, y abandonémonos enteramente en sus brazos: *Fiat voluntas tua.*

§. III. ÓRDEN.

Desde la víspera debe tener ordenadas todas las cosas, de manera que pueda decir con mucho consuelo suyo: nada hago por mí misma, todo está arreglado, todo está marcado con el sello de la obediencia. Los puntos que se han de arreglar son los siguientes.

I. La distribucion del tiempo y de los exercicios: todo debe estar arreglado de hora en hora.

II. Los libros de que se ha de servir: nada de su eleccion: todo de la mano de Dios.

III. El tiempo de la confesion, y mas especialmente si ha de ser confesion general.

IV. Las comuniones: qué dias, y cómo se han de hacer.

V. Las penitencias: nada de extraordinario por su propia voluntad; la

obediencia distribuirá estas obras penales con discrecion.

VI. Las recreaciones: segun la costumbre que hay en la comunidad; cómo han de ser, y en qué ha de emplearse ese rato.

¿Y quién podrá explicar el fondo de paz y de tranquilidad que siente el alma quando todo está así arreglado por la obediencia? Ella sabe lo que ha de hacer de momento en momento. De otra parte Dios suele conceder misericordias especiales á las almas obedientes. Dios ama el órden y lo bendice.

§. IV. PRÁCTICAS.

Primera práctica. Cada dia tomareis un protector particular por este órden. I. A Dios Padre. II. A Jesuchristo. III. Al Espíritu Santo. IV. A la Santísima Vírgen. V. Al Angel Custodio. VI. Al Arcángel San Miguel. VII. Al Patriarca San Joseph. VIII. A San Juan Evangelista. IX. Al Patron del bautismo. X. Al Santo de su principal devocion.

Segunda práctica. Es la que he indi-

cado de hacer cada dia alguna obra de mortificacion, para que así se pasen todos como los del Profeta penitente baxo el silicio y la ceniza; esto es, en espíritu de humildad y de compuncion.

Práctica tercera. El tiempo de estos exercicios es el mas oportuno para renovar los sagrados empeños del bautismo y los de la profesion religiosa, para prepararse á la muerte, y para consagrarse toda á Jesuchristo.

Práctica quarta. Cada dia ha de saludar al Santo que es el protector de aquel dia señalado; ha de pedir por las almas que estan en el estado infeliz de pecado mortal; y ha de rogar tambien por las personas que estan en exercicios de retiro al mismo tiempo. La caridad une los corazones, y atrae las gracias del cielo.

AVISO SALUDABLE.

Alma religiosa, mirad no recibais en vano el don de Dios. Considerad de quánta importancia es para vos el hacer bien este santo retiro. Por ventura antes

de hacerlo otra vez habreis sido presentada al tribunal de Dios. Lo que debeis entender es que Dios os ha preparado este retiro para vuestra salud y vuestra santificacion en los tesoros de su gracia; que todo se debe esperar de un retiro bien hecho, y todo se debe temer de un retiro despreciado; que hay en el cielo un grande número de Santos, que deben su felicidad al retiro bien empleado; que algun año será este retiro el último para vos. Y si fuera este, ¿qué quisierais vos haber hecho? Hacedlo, y nada desprecieis donde se trata de todo. Por lo demas, no os cargueis de leturas, porque ellas fatigan y oprimen el espíritu. No andeis con un afan desmedido: obrad por el espíritu de amor: tened una gran dilatacion de corazon, y no guardeis lo que os desasosiega, ni mireis nada de lo que os puede inquietar. Buscad á Dios solo: conoced la nada de las cosas humanas: poneos en el estado en que quisierais estar en el momento de la muerte. Escribid vuestros sentimientos y propósitos al fin de los exercicios: estos propósitos no han de ser muchos ni muy generales:

preguntad con humildad quando dudeis. En fin, sed toda para Dios; solo esto hallareis sólido en este mundo miserable. Mi intencion en esta breve idea del retiro es aficionar las almas á un exercicio tan provechoso.

ORACION.

Sí, Dios mio, con el auxîlio de vuestra gracia voy á hacer este retiro lo mas santamente, lo mas fielmente que me sea posible. Mi triste experiencia despues de las resoluciones de otros años en estos exercicios me hace temblar; pero yo lo espero todo de vuestra bondad. Tened misericordia de mi alma; curad las llagas de mi corazon; regad esta tierra seca; ablandad esta como piedra endurecida; dexaos herir de mis miserias, y no os acordeis sino es de vuestras infinitas misericordias. Sea yo toda vuestra, y vos todo mio, ¡ó amado de mi corazon! en el tiempo y en la eternidad. Amen.

En acabando vuestro retiro poned las resoluciones ó propósitos, y los frutos baxo la proteccion de María Santísima.

XXXIX. DE LA PREPARACION Á LA BUENA MUERTE.

I. En esta preparacion para la muerte se trata con el auxîlio de la gracia de poneros absolutamente en las disposiciones en que quisierais estar, si fuera preciso morir mañana, y tener que presentaros ante el tribunal de Dios.

II. Haced un exâmen serio del estado de vuestra conciencia: considerad, respecto de Dios, lo que mira á vuestros exercicios espirituales, la freqüencia de los Sacramentos, el buen uso ó el abuso de sus gracias: respecto del próximo, todo lo que mira á la caridad, al sufrimiento recíproco, á la edificacion y al buen exemplo: respecto de vos misma, al espíritu de mortificacion, al desprendimiento, á la renuncia de vos misma, á la paciencia en las cruces y en las pruebas: respecto de vuestro estado, á la observancia de los votos, á la exâctitud en guardar la Regla y Constituciones, y á todos los deberes de ese santo estado.

III. Si es necesario ó conveniente, segun lo ordenase el Confesor, hareis una revista general para repararos de algun defecto, si acaso se ha mezclado en vuestras confesiones.

IV. Recibireis la sagrada comunion como en viático, y con los mismos sentimientos de fervor y de amor con que desearéis recibirla al fin de la vida.

V. Una vez en ese dia renovareis los votos de vuestra profesion como un nuevo sacrificio de vos misma á Dios en qualidad de víctima. Y aunque esta preparacion puede hacerse en qualquier tiempo del año, será el mas oportuno uno de los dias de retiro.

VI. Finalmente, para la preparacion á una buena muerte podreis hacer los actos siguientes.

Dios y Señor mio, en la incertidumbre en que yo estoy de si á la hora de la muerte tendré bastante libertad para hacer mi último sacrificio, quiero manifestar desde ahora los sentimientos, en los quales acepto la muerte, y el espíritu con que deseo de todo mi corazon ofreceros este sacrificio.

I. *En espíritu de sumision y dependencia.* De vos, ¡ó ser supremo! he recibido la vida, y á vos debo volverla. Es un depósito que vos me habeis confiado por algun tiempo, y que me pedireis en el momento señalado por vuestra providencia; yo os lo ofrezco desde ahora, dispuesta á ponerlo en vuestras manos; yo deseo pagaros por la muerte el tributo de mí misma; así pudiera honrar la grandeza de vuestro ser por el anonadamiento del mio, que no ha sido formado sino para vos.

II. *En espíritu de expiacion y de penitencia.* Yo he pecado, ¡ó Dios santo! ¡ó Dios infinitamente justo! Yo he pecado contra el cielo y en vuestra presencia, y por mis pecados he merecido el infierno; mi vida ha sido mala, y es justo que se me quite en castigo del mal uso que yo he hecho. Todo ha sido culpable en mí, el espíritu, el corazon, el cuerpo y los sentidos; yo consiento en que todo sea destruido en mí para satisfacer á vuestra justicia; que yo entre en la obscuridad y en el horror del sepulcro para castigar mi vanidad y mi or-

gullo; que mi alma sea separada de mi cuerpo, pues ella se ha separado tantas veces de vos; que este cuerpo de pecado sea reducido á polvo, y traido debaxo de los pies para expiar las licencias que se ha tomado contra vos. Sí, Dios mio, penetrada de un justo dolor yo consiento en que este cuerpo formado de tierra vuelva á la tierra; pero haced que mi alma, criada á vuestra imágen y redimida por vuestra preciosísima sangre, vuelva á vuestro seno.

III. *En espíritu de conformidad con Jesuchristo que muere en la cruz.* Adorable Salvador mio, vos habeis querido sujetaros á la muerte para dulcificarnos sus rigores. Yo os ofrezco mi sacrificio en union del vuestro; dignaos de recibirlo y hacerlo meritorio á vuestros ojos. Yo debiera haberme conformado con vos toda mi vida; pero ya que no haya sido así, tenga por lo menos esta semejanza en la muerte. ¿Qué puede desear una esposa sino hacerse conforme á su digno esposo? Yo espero que mi último sacrificio unido al vuestro, mis dolores unidos á vuestros sentimientos,

mis lágrimas unidas á vuestra sangre me alcanzarán el perdon de mis pecados.

IV. *En espíritu de amor.* Sí, Dios mio, yo consiento en morir, no solamente para expiar mis pecados por mi muerte, sino porque muriendo me pondré en estado de veros, de unirme á vos, de bendeciros por toda la eternidad, como lo espero. ¡Ay de mí! ¿Qué tengo yo que desear, ó qué hay en el mundo que me pueda causar pena el dexarlo? Separada de vos, cercada de peligros, temblando en cada momento el disgustaros y ofenderos, ¿qué vida es esta? Yo desfallezco en este valle de lágrimas. ¡O Dios de mi corazon! si la muerte ha de unirme á vos, ¿cómo no será de mucho consuelo para mí? ¿cómo vendrá presto segun mis deseos? Haced, ¡ó Dios de amor! ¡ó Dios de bondad! que saliendo de este lugar de destierro, yo me halle en estado de entrar en la patria celestial, que será siempre el único objeto de mis suspiros, el único término de mis deseos. Desprendámonos de todo lo que se pasa, pues nosotros pasamos en todos los instantes. No viva-

mos mas que para morir sin cesar á nosotros mismos ; y supuesto que nuestra vida no es mas que una muerte continua, hagamos de ella una continua preparacion á la muerte.

PRÁCTICAS.

Mirad cada dia como que puede ser el último de los vuestros.

Rogad freqüentemente al Señor que os preserve de una muerte repentina é imprevista.

Tened una devocion especial á San Joseph , protector de la buena muerte, y á la Vírgen y Mártir Santa Bárbara, abogada de los fieles para que no mueran sin los santos Sacramentos.

Id alguna vez á orar al sepulcro de aquella que fue la última que murió; quizá sereis vos la primera que la ha de seguir.

Haced todos los dias alguna breve oracion para alcanzar de Dios la gracia de una buena muerte.

Acordaos siempre que no habeis entrado en la Religion sino para apren-

der á morir ; pero acordaos tambien que una muerte santa no puede ser sino el fruto de una santa vida. Será muy útil para vos el rezar algunas veces en el año las letanías siguientes, compuestas por una Señora de calidad, que desengañada del mundo se hizo Religiosa, y murió santamente.

LETANÍAS PARA ALCANZAR UNA BUENA MUERTE.

Adorable Salvador mio, yo me presento á vos con un corazon contrito y humillado, y os encomiendo mi última hora, y todo lo que á ella se ha de seguir.

Quando mis ojos obscurecidos y turbados con la cercanía de la muerte os dirijan sus miradas moribundas. Misericordioso Jesus, tened compasion de mí.

Quando mis labios frios y trémulos pronunciarán por la última vez vuestro adorable nombre. Misericordioso Jesus, tened compasion de mí.

Quando mi rostro pálido y morado inspirará á los asistentes la compasion y

el terror. Misericordioso Jesus, tened piedad de mí.

Quando mis oidos que se van á cerrar para siempre á los discursos de las criaturas, temblarán esperando oir vuestra voz que pronuncia la sentencia dada contra todos los hombres. Misericordioso Jesus &c.

Quando mis pies inmobles me advertirán que va á acabarse mi carrera en este mundo. Misericordioso Jesus &c.

Quando mi imaginacion agitada de fantasmas querrá sumergirme en tristezas mortales. Misericordioso Jesus &c.

Quando turbado mi espíritu por la vista de mis pecados y por el temor de vuestra justicia luchará contra el ángel de las tinieblas, que querrá apartar mi vista de vuestras misericordias, y arrojarme al abismo de la desesperacion. Misericordioso Jesus &c.

Quando mi débil corazon oprimido por el dolor de la enfermedad sea acometido de los horrores de la muerte, y debilitado por los esfuerzos que habrá hecho contra los enemigos de su salud. Misericordioso Jesus &c.

Quando mis hermanas juntas al rededor de mí y el ministro que me asista se enternecerán sobre mi estado, y os invocarán por mí. Misericordioso Jesus &c.

Quando yo habré perdido el uso de todos mis sentidos, y el mundo habrá desaparecido para mí. Misericordioso Jesus &c.

Quando derramare las últimas lágrimas, último síntoma de la muerte, recibidlas en sacrificio de expiacion, para que estas lágrimas santificadas por la penitencia, me hagan espirar como una víctima. Misericordioso Jesus &c.

Quando esté en las opresiones de mi agonía y en las angustias de la muerte. Misericordioso Jesus &c.

Quando los últimos suspiros de mi corazon fuercen mi alma á salir de mi cuerpo, recibidlos como que nacen de una santa impaciencia por ir á vos. Misericordioso Jesus &c.

Quando mi alma salga para siempre de este mundo dexando al cuerpo pálido, helado y sin vida, aceptad mi muerte como un homenage que yo quiero

rendir á vuestra Magestad. Misericordioso Jesus &c.

En fin, quando mi alma aparezca sola delante de vos, no la arrojeis de vuestra presencia. Misericordioso Jesus &c.

ORACION.

¡O Dios mio, que condenándonos á muerte, nos habeis ocultado la hora y el momento! haced que empleando en la justicia y en la santidad todos los dias de mi vida, merezca salir de este mundo en la paz de una buena conciencia, y morir en vuestro santo amor. Por Jesuchristo nuestro Señor, que vive y reyna con vos en unidad del Espíritu Santo. Así sea.

XL. DEL PENSAMIENTO DEL CIELO.

Alma criada para el cielo, levantaos sobre la tierra, llevad vuestras miradas y vuestros deseos hácia la region de los vivos, adonde el autor de la vida os llama. ¿Qué hallais en este mundo, no digo yo que pueda contentar vuestro co-

razon, pero ni aun que merezca la menor de vuestras miradas? ¡O si vos supierais bien llenar vuestro espíritu de este grande pensamiento! ¿Qué prodigios no obraria él en vuestro corazon?

I. Él os animará en todas vuestras acciones. Quando pensamos que somos criados para el cielo, y obramos con la elevacion y la nobleza de este sentimiento, todo es grande en las acciones, todo es elevado en el motivo y en la práctica. Santo pensamiento que habeis animado los Santos, abrasad mi corazon con el ardiente deseo de esta celestial patria, vivificad todas las acciones que deben conducirme á ella.

II. Este pensamiento os mantendrá firme contra todas las tentaciones. Yo tengo batallas que sufrir, victorias que alcanzar: es verdad; pero Dios mio, yo peleo por el cielo y por vos; asistidme contra los esfuerzos del enemigo, él quisiera arrancarme la corona: vos la teneis como suspendida sobre mi cabeza para empeñarme á pelear generosamente. Miremos al cielo, y triunfaremos de todo: *Peto, nate, ut aspicias cælum.* Hija mia,

levantad vuestra vista y vuestros deseos al cielo, y la tierra ninguna cosa apreciable tendrá para vos.

III. Este pensamiento os consolará en todas vuestras penas. Suframos, alma mia, pues Dios lo quiere así. Estos trabajos durarán por un poco de tiempo, y la recompensa será eterna. Todos los Santos han padecido. No se llega al Tabor sino por el camino del Calvario. Sembremos en lágrimas, y recogeremos con gozo. Quizá mañana ya habrán acabado nuestras penas. ¿Acaso podemos nosotros comprar muy caro un reyno celestial, que el Dios hombre nos ha merecido con el grande precio de su sangre?

IV. Este pensamiento santificará toda vuestra vida. Quando se vive para el cielo, se vive santamente. Todos los dias se espera el término de su destierro, todos los momentos se está aguardando la última hora. ¿Y para qué nos hemos de entretener con este mundo, si él va á desaparecer luego de nuestros ojos? Santifiquemos esta vida que pasa, para merecer una vida inmortal que nos espera.

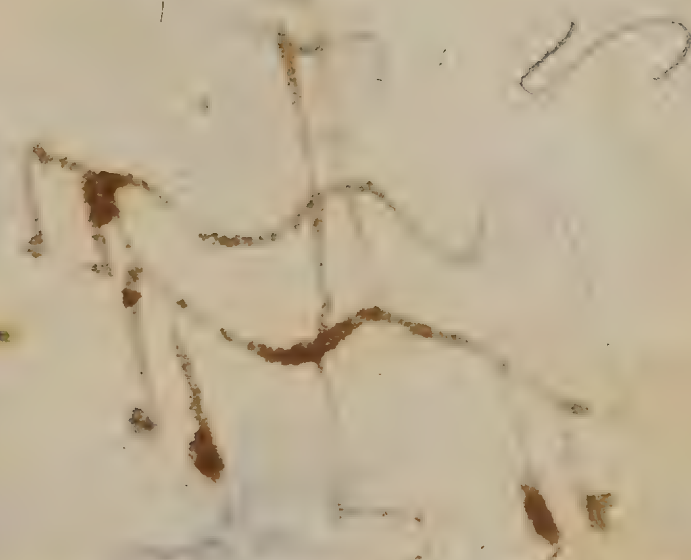
V. Este pensamiento dulcificará to-

dos los rigores de la muerte. Es necesario morir, yo lo sé, Dios mio; pero no morimos para siempre. Vos nos anunciais un nuevo cielo y una nueva tierra. ¡Dios vivo! ¡Dios eterno! desde este momento os consagro todas las amarguras de que puede ser acompañada mi muerte. Vos habeis muerto por nosotros, y por vuestra muerte nos habeis abierto las puertas de la vida: recibid mi sacrificio: unido al vuestro será precioso á vuestros ojos.

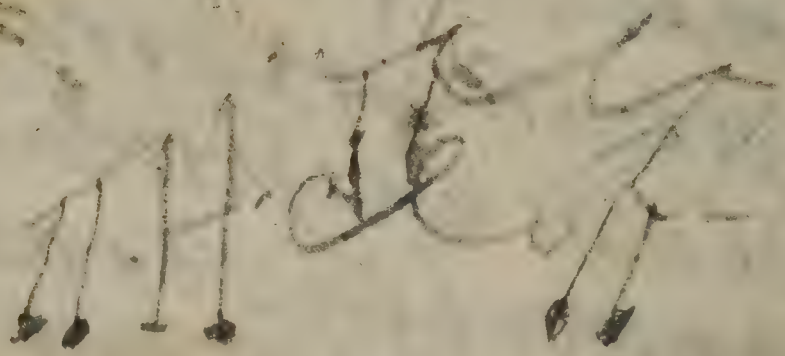
VI. Este pensamiento os preparará á una eternidad dichosa. Ella abrirá bien presto su seno para recibiros; preparaos y estad dispuesta en todos los instantes, para que quando llegue el último os halle adornada para recibir al celestial Esposo, y acompañarle en el triunfo de su gloria. Por este lo habeis dexado todo. Dichosa en haber conocido la nada del mundo; ¿qué dificultad tendreis en dexarle para siempre?

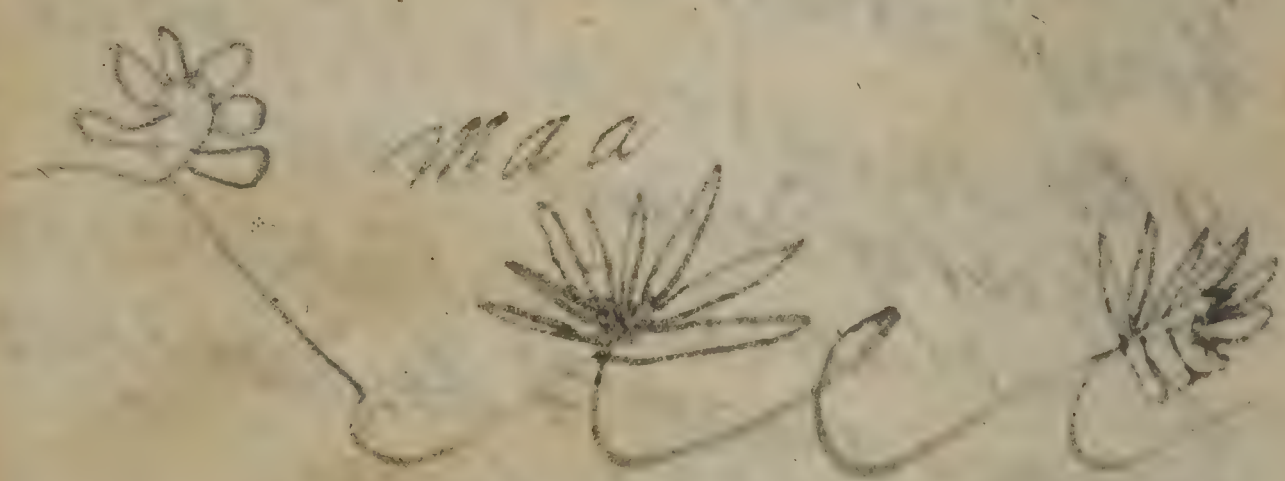
¡O admirable cielo! yo no te veré jamas, decia un famoso heresiarca en su última hora. ¡Qué espantoso es este pensamiento! ¡qué funesto y desesperado!

Un sentimiento bien diferente alienta y consuela mi alma; una cosa pedí al Señor, esta busqué, decia David, y fue el habitar en su casa para siempre. Esto es lo que hace ahora todo mi consuelo: la esperanza de entrar en el seno de mi Redentor, de ver mi Dios cara á cara, de unirme al celestial Esposo de mi alma para siempre. ¡O ciudad santa! ¡O celestial Jerusalen! Sed siempre el dichoso término de mis deseos, así como sois el dulce objeto de mis esperanzas. *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*



Don alexo es en deberme 23 rs
y de este año 45 arrs de bino
y ade mas una peseta de ymbes
que me debe bla 20 reales y me
trajo Vicente da quatro peseta
y llo Justina le de oo la
echura de un camison
y los volanes de dos armoadas
y cinco quar i llos de estopa
y una libra de lienzo
y la echura de una chajona





6743135
18 Acres